



LAS FIESTAS DE MI ESCUELITA

## DEL MISMO AUTOR:

|  |      |
|--|------|
| FABULAS EN ACCION (Teatro infantil)                | 1927 |
| PADRINO (y otros cuentos para niños)               | 1929 |
| EL ULTIMO CASTIGO (Cuentos para padres y maestros) | 1929 |
| JOYITAS (Recitados para los jardines de infantes). | 1930 |
| LAS FIESTAS DE MI ESCUELITA (Teatro infantil)      |      |
| 1a. Edición  | 1924 |
| 2a. »  | 1928 |
| 3a. »  | 1931 |

## EN PRENSA:

TEATRO HISTORICO INFANTIL.

## EN PREPARACION:

EL NIÑO ESTRELLA (Comedia para niños)

FABULARIO

GERMAN BERDIALES

---

*Supl.*

# LAS FIESTAS DE MI ESCUELITA

PARA LA ESCENA Y PARA EL AULA

---

COMEDIAS - DIALOGOS - MONOLOGOS Y DISCURSOS

---

TERCERA EDICION  
CORREGIDA Y AUMENTADA

Prólogo por VICTOR MERCANTE



---

A. CABAUT & Cía. - LIBRERIA DEL COLEGIO  
ALSINA Y BOLIVAR MCMXXXI BUENOS AIRES

Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

# I M P R E S I O N

**E**L autor de “Las Fiestas de mi Escuelita”, el señor Germán Berdiales, es un maestro; dirige el grado de una escuela de la Capital, aunque a través de las páginas del libro que prologo y de “Fábulas en Acción”, se descubre un escritor para quien el arte de escribir no tiene secretos; fácil, castizo, rico en expresiones, llano en el decir, posee el don maravilloso de adaptar sus comedias, diálogos y monólogos a la mentalidad infantil cuya psicología ha penetrado hasta la familiaridad, en sus aspectos más simpáticos y nobles. El señor Berdiales no revuelve en sus pequeñas comedias, el agua amarga de las pasiones; no están, felizmente, como en algunos libros de lectura, en pugna violenta el bien, el mal, el castigo y el premio creando en el niño lector situaciones de espí-

ritu que malogran el propósito animador que se persigue. Al final de cada cuento hay siempre un "príncipe feliz", porque el desarrollo es natural, sin artificios, explotando con singular acierto el pequeño detalle convertido en nota sentimental y estética gracias a su avisada pluma.

Solamente un autor que ha realizado su obra entre niños, amándolos con una sinceridad difícil para muchos maestros, ha podido escribir páginas tan llenas de sol, propias para una edad que no debe ser atormentada por el vocabulario de la envidia, del odio, de la ira, de la mentira, del chiste, tendencia de una literatura en la que anda todavía el Diabolo haciendo justicia, pues hay quien cree que pueden forjarse virtudes describiendo crudamente el mal y condenándolo, como en el cinematógrafo, con dos exclamaciones finales. Berdiales ha tenido, por otra parte, la feliz idea de adaptar algunas páginas maestras de autores como Víctor Hugo, Oscar Wilde, Ricardo Palma, Ada M. Elflein (1), Edmundo de Amicis, Clemente Onelli, a la comprensión y sentimentalidad del niño sin que la fábula perdiera el encanto originario. El diálogo del Gorrión y la Golondrina al pie de la estatua del Príncipe Feliz es de una belleza seductora; la emoción producida por "La cadenita de oro", "Margot", "El Zorro sin cola", "La Hache", no sacude ni deprime:

---

(1) Véase "TEATRO HISTORICO INFANTIL", un volumen; contiene veinte Leyendas Americanas originales de Ada M. Elflein, adaptadas para la escena por Germán Berdiales. Editores Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1931.

*eleva. Es la página delicada, luminosa y cálida que se impone al estilo grosero, frío y generalmente torpe de los que no son escritores y persiguen fines extraños al arte.*

*Germán Berdiales, ciertamente, no es un primerizo. Pero en "Las Fiestas de mi Escuelita" revela aptitudes excepcionales para la literatura infantil, si adquiridas en el contacto diario con el niño, vivificadas por su temperamento innegable de escritor. "Las Fiestas de mi Escuelita" es un libro que puede circular por todos los hogares y tal vez, de cuantos textos de lectura se han escrito para tercero y cuarto grado, el más indicado para ese fin, si bien el del autor es otro.*

*Son estas páginas, rosadas, sin dramas, sin sombras, dulces y emotivas que han de mantener en la niñez esa sinceridad que tanto anhelamos y tan necesaria nos parece a todos los actos.*

*Escribo con la palabra amor en mis oídos. La veo al final de cada página, con las alas con que el genio griego ha personificado el principio fecundo de Eros, insistiendo como un eco florido en el diálogo del Gorrión y la Golondrina, encanto de filosofía minúscula.*

*Complacido, saludo en el señor Germán Berdiales a un maestro de la literatura infantil.*

VÍCTOR MERCANTE.



## I.

# Corazón<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

|                    |                                    |
|--------------------|------------------------------------|
| GARRÓN.            | NOBIS, <i>hijo.</i>                |
| DEROSO.            | CORACI, « <i>el Cordobés</i> ».    |
| CORETA.            | RABUSCO, « <i>el albañilito</i> ». |
| ENRIQUE.           | FRANTI.                            |
| BETI, <i>hijo.</i> | EL SEÑOR PERBONO.                  |
| PRECUSA.           | EL SEÑOR NOBIS.                    |
| GAROFI.            | BETI, <i>el carbonero.</i>         |
| CROSI.             | VARIOS NIÑOS.                      |
| ESTARDO.           | EL PORTERO.                        |

DECORACIÓN: *Aula de una escuela porteña. Dos puertas y una ventana central al foro. Una veintena de bancos unitarios distribuidos en cuatro filas paralelas a las candilejas. Frente a los bancos el pupitre del maestro. En la ventana dos plantas. En las paredes ilustraciones didácticas y patrióticas.*

---

(1) Del libro de Edmundo de Amicis y en colaboración con Pedro A. Inchauspe.

*Al levantarse el telón faltan minutos para iniciarse las clases. Garrón y Estardo trabajan en sus bancos. Coreta junto a Deroso repasa la lección de Gramática. Enrique apoyado en la ventana mira a Precusa que, en el último banco, devora un mendrugo.*

CORETA: Llámanse accidentes del verbo... sus variaciones, según el número... según el número y la persona...

DEROSO: Según el tiempo...

CORETA: Según el tiempo a que se refiere la acción, según el... según el...

DEROSO: Según el modo en que la acción se enuncia...

CORETA: Según el modo... No acabo de metérmela en la cabeza ¡Uf!... Ayer fué un día de tanto trabajo, ¿verdad, Enrique?

ENRIQUE: ¿Partiste toda la leña?

CORETA: ¡Toda! Lo malo es que, después de esos trabajos, hago unas «tes» y unas «eles» que parecen serpientes, como dice el maestro. ¿Qué le vamos a hacer? Lo que importa es que mamá se sane...

DEROSO (*que se ha acercado al banco de Garrón*): ¿Lo terminarás, Garrón?

GARRÓN: ¡Aunque no duerma esta noche! Mañana es el santo.

DEROSO: ¿Te gusta, Enrique, el trabajo de Garrón para el santo de su mamá?

ENRIQUE: ¿Muy lindo, verdad?

CORETA: Según el modo... en que la acción se... ¡según el modo en que la acción se enuncia!

GAROFI (*entrando*): Buen día, muchachos...

TODOS: Buen día.

GAROFI: ¡Y, Garrón?

GARRÓN: ¡Trajiste aquello, Garofi?

GAROFI: ¡Y vos tenés ahí la estampilla?

GARRÓN: Aquí está.

GAROFI (*Buscando en los bolsillos de los que va extrayendo: cajas de fósforos, piolines, plumas, papeles, apuntes, bolitas, en cantidad*): ¡Dónde la habré metido? ¡Ah, aquí está! ¡No! ¡No es ésta! ¡Al fin! ¡Tomá! Venga la estampilla...

GARRÓN: ¡A mano!

GAROFI: ¡No es regalada, muchachos, una pluma como ésa, de acero superior, que dibuja solita, por una estampilla usada? ¡Usada, eh! (*Se agacha a recoger algo*).

DEROSO: Todo lo recogés: plumas gastadas, fósforos, alfileres...

GAROFI: Todo vale, che. Cuando salga de la escuela estableceré un comercio nuevo que he inventado.

ENRIQUE: ¡No será un cambalache?

CORETA: Llámanse accidente del verbo...

GAROFI: Eso no es nuevo, che...

DEROSO: El tuyo será un nuevo... cambalache y en él venderás tu famosa colección de estampillas...

CORETA (*recitando su lección*): Según el tiempo...

GAROFI (*escribiendo su lección en las uñas, recita*): Según el tiempo...

ENRIQUE: Y según el precio, decí... (*Risas*).

GAROFI: Dejé que estoy escribiendo la lección.

CORETA: Según el número y la persona.

GAROFI: Según el... (*Asomándose por la puerta*).  
¡Ah, ya vino el Cordobés; voy a cobrarle! (*Va a salir*).

DEROSO: ¡Y la lección, Garofi?

GAROFI: Vos la sabés y me «soplarás» ¿no? Mirá: ¡te regalaré dos billetes para mi nueva rifa de un corta-plumas con cinco sorpresas!

CORETA: Con seis, che, con seis.

GAROFI: No, no quiero engañarlos: con cinco.

CORETA: Con seis.

GAROFI: ¡No, no quiero engañarlos! Mirá: abrelatas, tijerita, navaja, sacacorchos y limpiaúñas... ¡Cinco sorpresas!

CORETA: Sexta sorpresa: ¡que está roto! (*Risas*).

GAROFI: Casi nada: ¡una rajadurita del nácar! (*Sale al patio*).

DEROSO: Garofi es como la urraca.

CORETA: No daría su colección de estampillas ni para salvar la vida de su madre.

ENRIQUE: El domingo estuvo en mi casa y mi padre me dijo: «Espera aún para juzgarle; tiene esa pasión, pero su corazón es bueno».

PRECUSA (*disponiéndose a salir*): Disculpá, Enrique.  
(*A Deroso*): Disculpá.

DEROSO (*detiene a Precusa*): ¡Y ese arañazo?

PRECUSA: ¡Nada! ¡No es nada!

ENRIQUE: ¡Tu padre te ha castigado otra vez?

PRECUSA: ¡No, no es verdad!

GARRÓN: Tu padre te lo ha hecho: ¡no podés negarlo!

CORETA: ¡Quejate al Director!

PRECUSA: ¡No, no es verdad... mi padre no me pega nunca!...

ENRIQUE: Mi hermanita Silvia te oyó gritar anoche...

PRECUSA: ¡No, Enrique, no!...

ENRIQUE: Tu padre, borracho como siempre...

PRECUSA: ¡No! ¡No! ¡No!

GARRÓN (*dando un puñetazo en el banco*): No mientas más.

DEROSO: Déjenlo... (*Precusa se va al patio*).

GARRÓN: ¡Pobre Precusa!

RABUSCO (*entrando*): Buen día.

TODOS: Buen día, Albañilito.

RABUSCO: ¡Por qué llora, Precusa?

GARRÓN: Por lo de siempre. Y todavía quiere negarlo.

RABUSCO: ¡Caramba con el herrero! ¡Se cree que el hijo es de hierro como el yunque! ¡En cambio mi papá, que es un gigante y apenas cabe por esa puerta, es tan bueno conmigo!

DEROSO: Porque se cree que sos de yeso como las mol-duras. (*Risas*).

CORETA (*viendo entrar a Nobis que no saluda y lleva la boca fruncida despreciativamente*): ¡Andá con Deroso para aprender a saludar como un caballero!...

NOBIS (*finge no oír y al pasar junto al Albañilito se limpia la manga con afectación*): ¡Psch!

RABUSCO: ¿Te he manchado acaso?

NOBIS: Como siempre llevás la ropa sucia de cal...

ENRIQUE: Se la ha enyesado el padre en los andamios...

NOBIS: Y bueno... ¡está sucia!

ENRIQUE: No está sucia, tiene las huellas del trabajo.

NOBIS: ¡Bah!... (*Lo mira con burla y sale*).

GARRÓN: Tiene una soberbia tan estúpida, que no me-rece ni mis coscorrones...

CORETA: Ayer se peleó con el pobre Beti.

DEROSO: ¿Le pegó?

CORETA: No se atrevió, pero le dijo, así como sólo él sabe decir los insultos: «Tu padre es un andrajoso»... Y eso porque su padre es un ricachón y el de Beti, carbonero...

GARRÓN (*Franti, el Cordobés y otros más irrumpen en el aula haciendo estruendo, silbando, gritando y golpeando bancos*). ¡Eh, esto no es pesebre!

FRANTI: Pero hay burros...

GARRÓN: Hasta que rebuznaste no lo creí...

ESTARDO: ¡Chiss! ¡Silencio!

FRANTI: Callate, adoquín. ¡Cabeza de hierro!

CORETA (*recitando siempre*): Según el número...

EL CORDOBÉS (*repasando la tabla*): Nueve por uno, nueve. Nueve por dos...

DEROSO (*ante el mapa de la República, con Enrique y cerrando los ojos*): Veo toda la República: los Andes que se prolongan hasta el Estrecho de Magallanes; los ríos que corren hacia el Atlántico, las ciudades, los golfos, los cabos, las islas.

CROSI (*entrando. Es pelirrojo y tiene un brazo inmóvil, pegado al cuerpo. Su madre es verdulera*): Buen día.

TODOS: Buen día, Crosi.

CROSI: Creí que llegaba tarde.

GARRÓN: Ya va a ser la hora.

FRANTI: ¡Eh, Crosi, Crosi! (*Tres alumnos más lo imitan en la parodia que éste hace de la desgracia física de Crosi*).

CROSI: ¡Por favor!...

VARIOS (*arrojándole cáscaras de fruta al rostro y haciéndole tiros de esgrima con las reglas hasta arrinconarlo en el banco*): ¡Abarajá ésa! ¡Con el otro brazo!... ¡Pará ésta! ¡Con el otro brazo, amigo! ¡Tocado! ¡Tomá! ¡Defendete, sonso!... ¡La estocada de Nevers!... ¡Ah, Tigre de la Malasia!... ¡Tomá mate! ¡Una! ¡Dos! ¡Tres! ¡A fondo! (*Estallan risas, pues las escena debe tener mucho de matachinesco*).

DEROSO (*indignado*): ¡Franti!

FRANTI: ¿Qué hay? ¡A ver si te hundo un clavo en el estómago!

GARRÓN (*con energía dominante*): ¡Basta! ¡Brutos! ¡Abusan porque tiene un brazo inútil! ¡Si les machacara los huesos estarían sumisos como perros! ¡Cuadrilla de cobardes! Al primero que mortifique a Crosi, ¡le romperé los dientes en la calle! ¡Lo juro! ¡Aunque sea en presencia de su padre!... (*Los cuatro atacantes se van retirando a sus bancos y se produce un gran silencio. Se abren libros, orden perfecto*).

FRANTI (*en falsete*): ¡Dentista ambulante! (*De pronto salta al frente del aula y encaderándose el canasto de los papeles, imita el andar de la madre de Crosi, entonando el pregón con voz gangosa*): ¡Ver...dura!... Ver...dura... fresca... a... a...! (*Estallan carcajadas y con un rápido movimiento Crosi arroja un tintero contra Franti, éste se agacha y el proyectil va a dar contra el maestro que entra en ese instante, seguido de los demás alumnos que se supone estaban en el patio. Se produce una pausa durante la cual se oye la campana y los niños toman sus puestos*).

SEÑOR PERBONO (*que ha permanecido de pie en la puerta, observando a la clase*): ¿Quién ha sido? (*Pausa*). ¿Quién? (*Pausa prolongada*).

GARRÓN (*de pie*): Yo he sido, señor.

SEÑOR PERBONO: No has sido tú. (*Pausa*). El culpable no será castigado. ¡Que se levante!

CROSI (*de pie, llorando*): Me pegaban, me insultaban, se burlaron de mi madre, yo perdí la cabeza y tiré...

SEÑOR PERBONO: ¡Siéntate! ¡Que se levanten los que lo han provocado! (*Se levantan cuatro alumnos, el último Franti*). Vosotros habéis insultado a un compañero que no os provocaba, os habéis reído de un desgraciado y habéis golpeado a un débil que no se podía defender. Habéis cometido una de las acciones más bajas y más vergonzosas, con que se puede manchar criatura humana. ¡Cobardes! (*Sale entre los bancos, toca la frente a Garrón*). ¡Tienes un alma noble, Garrón! (*Este murmura algo al oído del maestro, que asiente, y dirigiéndose a los culpables*): ¡Os perdono! ¡Sentaos! (*Toma asiento al frente*).

NOBIS: Señor, Coraci me ha golpeado con el pie.

S. PER.: ¡Lo has hecho de intento, Coraci?

EL CORDOBÉS: No, señor.

S. PER.: Eres demasiado quisquilloso, Nobis.

NOBIS: Se lo diré a mi padre.

S. PER. (*muy enérgico*): Tu padre no te hará caso, como ha sucedido otras veces. Además de que, en la escuela, el maestro es quien únicamente juzga y castiga. (*Dulce*): ¡Vamos, Nobis, cambia de maneras, sé bueno y cortés con tus compañeros!... Mira: hay hijos de obreros y de señores, de ricos y de pobres, todos se quieren bien y se tratan como hermanos. ¿Qué? ¿No tienes nada que contestarme?

NOBIS (*frío*): ¡No, señor!

S. PER.: Te compadezco. ¡Eres un muchacho sin corazón! (*Pausa*). Dime, Deroso: ¿Cuando estés en la Universidad, es posible que no vayas a buscar a Coreta y a Precusa?

DEROSO: Para mí serán siempre los mismos.

S. PER.: Y tú, Enrique, jura que si dentro de cuarenta años al pasar por una estación de ferrocarril, reconocieras bajo el traje de maquinista a tu viejo Garrón, con la cara negra... ¡Ah, no quiero que lo jures: estoy seguro que saltarás sobre la máquina y que le echarás los brazos al cuello, aun cuando seas senador nacional! (*Enrique alarga la mano para estrechar la de Garrón, su vecino de banco*). Nobis: mira esas manos juntas. ¿No tienes nada que decirme ahora?

NOBIS (*frío*): ¡No, señor!

S. PER.: ¡No tienes corazón!

EL PORTERO: Permiso, señor: El padre del alumno Beti que desea hablarle. (*Pasa el Carbonero con su hijo y el Portero se retira*).

EL CAR. (*entrando con su hijo de la mano*): Buen día, señor.

S. PER.: Pase, señor. Buen día.

EL CAR.: Ayer, señor, mi hijo se peleó con su compañero... ¿Cómo se llama, hijo?

BETI: Nobis, Carlos Nobis.

S. PER.: Pasa al frente, Nobis. (*Este obedece*).

EL CAR.: Y no sabiendo ya qué replicarle, porque no tenía razón, le dijo... le dijo... (*Se interrumpe*).

S. PER. (*a Beti*): Veamos: ¿qué te dijo Nobis?

BETI (*lloroso*): Que mi padre es un andrajoso...

EL CAR.: Eso es: «Tu padre es un andrajoso»...

S. NOBIS (*en la puerta*): Permiso, señor Perbono.

S. PER.: Pase, señor Nobis. (*Se estrechan la mano y el señor Nobis hace un saludo general*).

S. NOBIS: Esperando al señor Director en el vestíbulo, he oído pronunciar mi nombre y...

S. PER.: Es este señor... (*El S. Nobis se inclina saludando al Carbonero*) que ha venido a quejarse porque su hijo de usted, Carlos, ha dicho a su niño: « Tu padre es un andrajoso ».

S. NOBIS (*a su hijo*): ¿ Has dicho esa palabra? (*Silencio. Lo pone enfrente de Beti*). Pídele perdón.

EL CAR.: ¡ No! ¡ No!

S. NOBIS: ¡ Pídele perdón! Repite mis palabras...

EL CAR.: Pero... ¡ No, señor!

S. NOBIS: Dí. (*Su hijo repite las palabras sin alzar los ojos del suelo*). ¡ Yo te pido perdón... de la palabra injuriosa... insensata... innoble... que dije contra tu padre... al cual el mío... tiene mucho honor... en estrechar su mano! (*El señor Nobis estrecha la mano del Carbonero y éste, en un movimiento repentino echa a su hijo en brazos de Carlos Nobis*). Hágame el favor, señor maestro, de ponerlos juntos.

S. PER.: En adelante Estando se sentará en el lugar de Beti. (*Estando cambia de banco*). Beti, siéntate allí. Nobis, ve a tu banco. (*Los niños obedecen*).

S. NOBIS: Gracias, señor Perbono. (*Estrecha las manos del maestro y del Carbonero y saluda a la clase*). Buenos días. (*Sale. El Carbonero se acerca a Nobis, vacila, le toca la frente con sus toscos dedos, luego estrecha la mano del maestro y sale*).

S. PER.: Acordaos bien de lo que habéis visto: ésta es la mejor lección del año. (*Pausa*). Tú, Coraci, serás uno de los quince alumnos que en la fiesta del distrito harán la guardia a la bandera.

EL CORDOBÉS: Muy bien, señor.

S. PER.: La guardia estará así formada por un porteño y catorce provincianos: todos de distinta provincia. No costó hallar uno de cada una. Nosotros damos un cordobés, Coraci. Los quince se presentarán a la vez en el tablado, rodeando la enseña bicolor y Deroso recitará entonces la poesía «A mi Bandera» del poeta-soldado Juan Chassaing. Acogedlos con nutridos aplausos; demostrad que también vuestros corazones se exaltan ante la imagen de la patria. Por consiguiente, tú, Coraci, eres el diputado por Córdoba. (*Aplausos*). ¡Silencio! En la escuela no se aplaude. Ahora Deroso ensayará su recitación. ¿La has preparado?

DEROSO (*pasando al frente*): Sí, señor.

S. PER.: Atended con el mismo respeto que si oyerais el Himno Nacional; un silencio religioso. El que de pequeño respeta a la patria, sabrá defenderla cuando sea mayor. Empieza Deroso.

DEROSO (*en medio de un silencio soberano empieza a recitar conmovido*):

«Página eterna de argentina gloria,  
melancólica imagen de la patria,  
núcleo de inmenso amor desconocido,  
que en pos de ti me arrastras.  
¿Bajo qué cielo flameará tu paño,  
que no te siga sin cesar mi planta?»

« Cuando el rugido del cañón anuncia  
el día de la gloria en la batalla,  
tú, como el ángel de la inmensa muerte,  
te agitas y nos llamas.  
Allá voy, allá voy sobre las olas,  
allá voy, allá voy sobre... »

FRANTI: ¡Atajen! ¡Atajen! (*Toda la clase arrancada al encanto del verso, se pone en pie y Franti ríe. Todo es instantáneo con el grito del maestro*).

S. PER.: ¡Franti!... ¡Fuera de la clase!

FRANTI (*se ríe*): ¡Yo no he sido!

S. PER.: ¡Fuera he dicho!

FRANTI (*provocativo*): ¡No me muevo!

S. PER.: ¡Fuera! ¡Fuera! (*Lo arroja a empellones y desaparece con él por el foro*).

GARRÓN: ¡Es un canalla!

ENRIQUE: ¡Sólo él podía reírse!

CORETA: Está matando a disgustos a su madre...

RABUSCO: ¡Pobre maestro!

DEROSO: Esta vez no lo admiten más.

ENRIQUE: Ya ha sido expulsado de otra escuela.

CORETA: Siempre que lo suspenden está escondido porque si el padre lo ve, lo mata.

GARRÓN: Cuando vino la madre, el otro día a pedir que lo admitieran otra vez, el Director le dijo: « Franti, estás matando a tu madre » y el muy infame se sonreía.

DEROSO: ¡Silencio! ¡Ahí está el maestro!

S. PER. (*entra lentamente. Se sienta a su mesa preocupado, con tal expresión de cansancio y aflicción, que da lástima verle. Menea tristemente la cabeza*): ¡Después de treinta años de enseñanza! (*Nadie tiene alientos ni para respirar*).

DEROSO: Señor maestro, no se aflija; nosotros lo queremos mucho.

S. PER. (*serenándose algo*): Hijos, volvamos al trabajo. Empieza, Deroso.

DEROSO (*el silencio es solemne y el recitado es interrumpido por la caída del telón*):

« Página eterna de argentina gloria,  
melancólica imagen de la patria... »

TELON

## II.

# La botella que todo lo consume<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

EL PADRE.

LA MAMITA.

LA HIJITA, *niña de 8 años.*

DECORACIÓN: *La escena en un modestísimo comedor.*

HIJITA (*cuando la mamita que aparece con ella, va a calzarla*): Mamita, ¿cuándo me va a comprar otros zapatitos?

MAMITA: ¿Y éstos no los quiere más, mi hijita?

HIJITA: Están muy viejos y se han puesto feos.

MAMITA: Y cuando su mamita sea vieja y se ponga fea, ¿también la va a querer cambiar?

HIJITA: ¡Ah, no...!

MAMITA: Bueno; entonces, no sea ingrata con sus zapatitos. ¿No ve qué simpáticos son? (*Mostrándole las puntas rotas*): Mire cómo se ríen solos.

---

(1) De un apólogo de León Tolstoi.

HIJITA (*casi llorando*): Yo quiero unos zapatitos nuevos...

MAMITA: Fíjese cómo hacen pucheritos, igual que la dueña. Por hoy póngase éstos, que su papá le traerá otros.

HIJITA: ¿Seguro?

MAMITA: Seguro. Los va a traer dentro de una botella. (*Entristecida*): Adentro de las botellas de papá están nuestros zapatos, nuestros vestidos y nuestro pan...

HIJITA: ¿Adentro de las botellas?

MAMITA: Sí, mi hijita.

HIJITA: Entonces mis zapatitos se van a manchar de vino...

MAMITA: Pero ningún calzado le va a quedar tan lindo como estos pobres zapatitos rotos. ¡Mire qué ricos...! (*Se los va poniendo*). ¡Cómo dejan ver esos tiernos deditos para que mamita pueda besarlos!

HIJITA: ¡Ay, mamita, que me hace cosquillas...!

MAMITA (*separándole los dedos del pie*): Este se encontró un huevito, éste lo rompió, éste lo calentó, éste le echó la sal y este gordito pícaro se lo comió.

HIJITA: ¡Mire... mire...! Viene papá.

PADRE (*entra trayendo dos botellas con vino*): ¡La vida es vida...!

HIJITA (*corriendo hacia el padre*): Papá, ¿en qué botella trae mis zapatitos nuevos?

PADRE (*bebiendo de una de las botellas*): ¡Cállese la boca...!

HIJITA: ¡Papá...!

PADRE: ¡Cállese, le digo...!

MAMITA: Venga, mi hija...

PADRE: No me la mime usted. (*Bebe otra vez*). ¡A ver, mi tabaco...!

MAMITA: Ya va... (*Busca el paquete en un mueble y se lo alcanza*).

HIJITA (*se apodera de la botella vacía*): Aquí deben estar mis zapatitos nuevos. ¡A ver...! (*La da contra el suelo haciéndola pedazos*). ¡No hay nada...!

PADRE: ¿Qué ha hecho, mi hija...?

MAMITA (*acudiendo a levantar los añicos*): ¡Ay, no se vaya a cortar...!

HIJITA: ¡No estaban los zapatitos, mamita...!

MAMITA: ¡Cállese, mi hija...!

PADRE: ¿Y por qué ha roto usted la botella?

HIJITA: Yo quería ver si había adentro un par de zapatitos nuevos...

PADRE: ¿Cómo has pensado eso?

HIJITA: Mamá me ha dicho que mis zapatos y mis vestidos y el pan y muchas otras cosas, están en el fondo de sus botellas...

PADRE (*pensativo*): En el fondo de mis botellas...

HIJITA: ¿No estarán en esa otra botella mis zapatitos?

PADRE: ¿Los zapatitos adentro de las botellas...?  
(*Pausa. Luego, dándose una palmada en la frente*):  
¡Ah...! ¡He comprendido...!

HIJITA: Rómpala, papito; puede ser que estén en ésa...

PADRE (*destroza la botella*): ¿No están, mi hijita?

HIJITA (*desencantada*): ¡No hay nada...!

PADRE: No importa; yo encontraré tus zapatitos, ángel mío... (*La besa y se va corriendo*).

MAMITA (*llorando de felicidad abraza a su hija*): ¡Mi vida! ¡Tesoro mío...!

HIJITA (*desatándose los zapatos*): No llore, mamita... Si no los voy a tirar mis zapatitos. ¿Los guardaremos para siempre, quiere? Uno para usted y otro para papá.

PADRE (*volviendo con un par de zapatos en la mano*): Tome, mi hija.

HIJITA: ¡Zapatos nuevos, zapatos nuevos! ¿Estaban en una botella, papito querido?

PADRE: No, hija mía; pero tu mamá tenía razón: todas las cosas iban antes a perderse en el fondo de las botellas; las que he echado ya no es fácil sacarlas de allí, pero no volveré a echar ya ninguna más. (*Arrodillándose para calzarla*): A ver, deme esos piecitos mimosos.

HIJITA: Uno para usted y otro para mamá.

MAMITA (*arrodillándose también*): ¡Sí, querida!

PADRE (*mientras la nena les rodea las cabezas acercándolas a su pecho*): En las botellas, que todo lo consumen, están los zapatitos de los hijos...

MAMITA: Y en los zapatitos de los hijos, está toda la dicha del hogar...

TELON

### III.

# El ingenio de Juan Carlos<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

JUAN CARLOS, *niño de 6 años.*

LA MADRE.

EL ABUELO.

DECORACIÓN: *En un tranquilo jardín. Algunas sillas y una mesa.*

JUAN CARLOS: Dime, abuelito, ¿cuántos días debe uno ser bueno, para que los Reyes Magos le dejen muchos y lindos juguetes?

EL ABUELO: Pues... debe ser bueno todos los días y todas las noches, desde el primero hasta el último del año...

JUAN CARLOS: ¡Qué lástima!... Porque, si es así, los Reyes no van a llegar esta vez hasta nuestra casa...

EL ABUELO: ¿Tan malo eres?

JUAN CARLOS: No... Tan malo no soy, pero es que, eso de ser bueno todos los días del año, sin faltar uno, ni uno solito, es muy dificultoso, ¡yo te lo aseguro!

EL ABUELO: Pues yo creo que tú de malo no tienes más que la fama... Y si no, dime: ¿no quieres mucho, pero mucho, a tu mamá?

---

(1) De un cuento de Rafael Ruiz López.

JUAN CARLOS: ¡Ah!, y ¿quién no la quiere? ¡Si es la bondad misma, como dice papá!... ¡Ella sí que es buena! Si yo pudiera ser así, no me preocuparían tanto los Reyes Magos, no...

EL ABUELO: Y ¿por qué no pruebas? Querer es poder...

JUAN CARLOS: Es que a mí me pasan cosas que... Mira, ¿te acuerdas de aquel asunto del libro?

EL ABUELO: ¡No me he de acordar!

JUAN CARLOS: ¿Quieres que te explique cómo pasó aquello?

EL ABUELO: Bueno, cuenta...

JUAN CARLOS: Fué así: yo había entrado al despacho de papá, a buscar no sé qué, pero había tantas cosas revueltas sobre su mesa, que traté de ponerlas en orden, acordándome de que, papá, anda diciendo siempre que hay que ser ordenado, que los desordenados esto y aquello y lo de más allá. Bueno, pues, todo iba a las mil maravillas, cuando... ¡zas!, se dió vuelta el tintero y...

LA MADRE (*apareciendo con el guardapolvo de Juan Carlos*): ¿No me oías?

JUAN CARLOS: No, mamita. Estaba conversando con el abuelito...

LA MADRE (*después de ponerle el guardapolvo*): Y ahora, ¡cuidado con mancharlo!...

JUAN CARLOS: Oye, mamita, ¿tú crees que los Reyes me traerán los juguetes que les he pedido?

LA MADRE: Si continúas portándote como ayer y hoy, creo que sí.

JUAN CARLOS: ¿Y tú crees, como el abuelito, que los Reyes pueden saber si los zapatos son de personas buenas o de personas malas?

LA MADRE: Eso no tiene duda, hijito. Los Reyes pueden saber eso y muchas otras cosas más.

JUAN CARLOS: Entonces, mamá, tú, que eres tan buena y me quieres tanto, me harás un favor, ¿verdad?

LA MADRE: Lo que tú quieras, hijo.

JUAN CARLOS: Mira que es un favor muy grande, pero muy grande, ¿eh?

LA MADRE: Si está en mis manos...

JUAN CARLOS: No, mamita, no está en tus manos, pero está en tus pies... ¿No adivinas?

LA MADRE: No...

JUAN CARLOS: Préstame tus zapatos, mamá... Como tú eres tan buena, los Reyes los llenarán de juguetes en seguida...

LA MADRE: ¡Vaya una ocurrencia!

EL ABUELO: ¡Ah, pícaro, pícaro!

LA MADRE: Pero, hijo, ¿no comprendes que un engaño tan burdo como ése, tiene que disgustarles a los Reyes?

JUAN CARLOS: ¡Ay, abuelito, dile que me los preste!

EL ABUELO: Préstaselos, hija. Yo estoy seguro de que los Reyes Magos, al ver tus zapatos en lugar de los de nuestro diablito, sonreirán complacidos, diciéndose en voz baja: «He aquí un niño que adora a su madre y toma ejemplo de su bondad».

TELON

Signos de puntuación<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL JUEZ.

EL MENDIGO.

EL MAESTRO.

EL HERMANO.

EL SASTRE.

EL SOBRINO.

DECORACIÓN: *Una sala. Los personajes aparecen sentados delante de una mesa. Habrá un pizarrón colocado frente al público.*

EL JUEZ: Supongo, señores, que, de acuerdo con mis instrucciones, ya traerán el caso resuelto, según cada uno de ustedes lo interpreta. (*A la señal afirmativa de todos*). Muy bien. Entonces, a fin de que esto se haga de acuerdo a lo que la Ley establece, y para que todos puedan apreciar, por igual y sin dificultad, la interpretación que da cada uno al testamento que motiva este pleito, vamos a copiarlo en ese pizarrón, sin alterar, en lo más mínimo, la forma en que lo dejó escrito el señor Laurent. (*Al maestro*). Hágame el favor de copiarlo usted, señor maestro, que sabe usar la tiza con más soltura que cualquiera de nosotros...

---

(1) De una parábola de M. Toledo y Benito.

EL MAESTRO: Permítame el original, señor juez.

EL JUEZ (*entregándoselo*): Sírvase.

EL HERMANO (*mientras el maestro copia en el pizarrón el testamento que dice: «Dejo mis bienes a mi sobrino no a mi hermano tampoco se pagará la cuenta del sastrer nunca de ningún modo para los mendigos todo lo dicho es mi deseo yo Federico Laurent»*): Señor juez, yo, en mi calidad de hermano del testador, quisiera hacer una declaración previa.

EL JUEZ: Puede hacerla, señor.

EL HERMANO: La declaración a que me refiero, señor juez, es la siguiente: En verdad que el testamento carece de todo signo de puntuación, pero yo creo que ése no es motivo suficiente para que se desconozca la voluntad de mi... (*finge un sollozo*) de mi hermano, y que no puede haber sido otra que la de favorecerme a mí, porque...

EL JUEZ: Su declaración, señor mío, no corresponde en este momento. Ya tenemos copiado el testamento y con muy buena letra, por cierto...

EL MAESTRO: Mi letra no es tan buena como mi voluntad, señor juez.

EL JUEZ: Lo reconozco, señor maestro, y cuento con su colaboración, inteligente y honesta, para asegurar la equidad de mi fallo en este difícil asunto... (*Pausa*). Pongamos, pues, manos a la obra. (*Al hermano*). A usted, señor, como pariente más próximo del testador, otorgo la preferencia y lo invito a puntuar el testamento en la forma que, según su manera de pensar, debió hacerlo su desaparecido hermano.

EL HERMANO (*puntúa el testamento y lo lee en la siguiente forma*): « ¿Dejo mis bienes a mi sobrino? No: a mi hermano. Tampoco jamás se pagará la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los mendigos. Todo lo dicho es mi deseo. Yo, Federico Laurent ». (*Hablado*). Esta es la única y verdadera intención con que mi hermano redactó su testamento, si bien, desdichadamente, no supo puntuarlo, dando así lugar a estos trastornos...

EL SOBRINO: Está equivocado, completamente equivocado, señor juez. Yo no creo que mi difunto tío, que en gloria esté, haya querido favorecer a su hermano, aquí presente. Su verdadera y única intención fué otra, como en seguida voy a tener ocasión de demostrarlo, si el señor juez me da su venia.

EL JUEZ: Concedida.

EL SOBRINO (*puntúa y lee el testamento en la forma que sigue*): « Dejo mis bienes a mi sobrino, no a mi hermano. Tampoco jamás se pagará la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los mendigos. Todo lo dicho es mi deseo. Yo, Federico Laurent ». (*Hablado*): No puede haber mayor claridad, ¿no es eso?

EL SASTRE: Sí que puede haberla, amiguito, y ya se lo demostraré a usted cuando el señor juez me dé su permiso.

EL JUEZ: Ya lo tiene usted.

EL SASTRE (*puntúa el testamento y lo lee de esta manera*): « ¿Dejo mis bienes a mi sobrino? No. ¿A mi hermano? Tampoco, jamás. Se pagará la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los mendigos. Todo lo dicho

es mi deseo. Yo, Federico Laurent ». (*Hablado*): No creo que se pueda dudar ya, de que ésta, y no otra, ha sido la intención que guió la pluma de mi extinto cliente...

EL MENDIGO: Usted, como buen sastre, ha hecho una puntuación a la medida de sus intereses, pero, la que verdaderamente debió llevar este documento, es la que yo voy a ponerle en cuanto me llegue el turno.

EL JUEZ: Ya le ha llegado, señor. Así es que, si gusta, puede empezar...

EL MENDIGO: De mil amores, señor juez. (*Puntúa y lee el testamento así*): « ¿Dejo mis bienes a mi sobrino? No. ¿A mi hermano? Tampoco, jamás. ¿Se pagará la cuenta del sastre? Nunca, de ninguno modo. Para los mendigos todo. Lo dicho es mi deseo. Yo, Federico Laurent ». (*Hablado*): Esto y nada más es lo que quiso mandar el señor Laurent, ténganlo por seguro.

EL MAESTRO: Yo no lo creo. Y rechazo ésta y cuantas interpretaciones acaban de hacerse. Entiendo que el señor Federico Laurent, aunque carecía de instrucción, como lo demuestra este galimatías, era un hombre que conocía bien a sus semejantes. El no supo puntuar su testamento, pero no hubiera quedado desconforme si yo le hubiese indicado que lo puntuase así. (*Lo hace y lee el testamento en esta forma*): « ¿Dejo mis bienes a mi sobrino? No. ¿A mi hermano? Tampoco. Jamás se pagará la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los mendigos. Todo lo dicho es mi deseo. Yo, Federico Laurent ».

EL SASTRE: En esa forma el señor Laurent no habría dejado herederos.

EL HERMANO: Y el Estado vendría a incautarse de la herencia.

EL SOBRINO: ¡Claro, porque se trataría de una herencia vacante!

EL MAESTRO: Como lo es en realidad, ya que de este testamento no resultan herederos.

EL JUEZ: Así es, en efecto, y, visto y considerando que esta última interpretación se ajusta más que ninguna otra al espíritu de las leyes, declaro terminado el juicio, incautándome de esta herencia en nombre del Estado.

TELON

Solidaridad<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

UN ANCIANO.

UNA MUJER.

UN PANADERO.

UN MOLINERO.

UN LABRIEGO.

DECORACIÓN: *Un camino bordeado de árboles.*

UN ANCIANO: Ahora que, con el pan que me diste, he reparado mis fuerzas, escúchame...

UNÁ MUJER: Te escucho, buen hombre.

UN ANCIANO: Cuando tú llegaste en mi auxilio, hacía ya mucho tiempo que el hambre me martirizaba y tenía el corazón lleno de odio hacia el enemigo que está destruyendo nuestros sembrados y nuestras ciudades... Era tan grande mi desesperación y tan grande mi abatimiento, que grité: «¡Maldito sea aquel que causó tanta desgracia! ¡Maldito sea!» Pero, apenas tal cosa dije, me pareció que mi necia maldición recaía contra el mismo Dios, que había permitido la guerra...

---

(1) De un apólogo de Selma Lagerlof.

UNA MUJER: ¡Insensato!

UN ANCIANO: Eso mismo me dije y, para que Dios perdonara mi horrendo pecado, le hice un ruego y una promesa...

UNA MUJER: ¿Qué le rogaste?

UN ANCIANO: Que me mandara ese pedazo de pan con que tú acabas de salvarme la vida...

UNA MUJER: ¿Y qué le prometiste?

UN ANCIANO: Agradecértelo a ti y, agradecerse también, a cada uno de cuantos hubiesen contribuido a formar...

UNA MUJER: Pues, ya puedes dar por cumplida buena parte de tu promesa, porque aquí veo llegar al panadero que me lo proporcionó...

UN ANCIANO (*al panadero que, lo mismo que el molinero y el labriego, llevará ropas que denuncien su profesión*): Gracias, panadero, por haber tomado parte en la producción del pan que me salvó la vida...

UN PANADERO: Aunque llevo muchos años en mi oficio, nadie me lo ha agradecido hasta ahora... ¿Es, acaso ésta, una nueva costumbre?

UN ANCIANO: Yo he prometido a Dios agradecerlos a cada uno de los que contribuísteis a formar el pedazo de pan con que acabo de reconfortarme...

UN PANADERO: Entonces, amigo mío, tendrás que visitar al maestro albañil que construyó mi horno y al maestro carpintero que hizo mis bateas y mis palas, sin contar a los leñadores que me vendieron el combustible...

Pero, aquí tienes a mi compadre el molinero, que me molió el trigo, pues, sin su harina, no hubiera yo podido hacer el pan...

UN ANCIANO: ¡Gracias, gracias, molinero!, que con tu esfuerzo ayudaste a formar el pan que me salvó la vida...

UN MOLINERO: ¡Vaya una idea, camarada! Si te pones tan fino tendrás que pasártelo haciéndoles reverencias al constructor de mi molino, al artesano que pulió las piedras y a los peones que se fatigaron llevando las bolsas, pues todos merecen tu gratitud... Mas, como en vano tratarás de cumplir con todos, te aconsejo que saludes a éste, que bien puede ser su representante, y que no es otro que mi antiguo vecino, el labriego. El me vendió el trigo sin el cual nunca hubiera dado harina mi molino...

UN ANCIANO: Gracias, labriego, por la participación que tuviste en la producción del pan que me salvó la vida...

UN LABRIEGO: ¿No se te ocurre que, si yo merezco tu gratitud sólo porque sembré y recogí ese puñado de trigo, la merecen, en mayor medida, los anónimos mineros que arrancaron de la tierra el hierro con que anónimos artesanos hicieron en las fábricas las máquinas agrícolas? Y ¿no la merecen tanto o más los ingenieros que las inventaron, y los bravos marinos que las condujeron a través de los mares, y los ferroviarios que las trajeron a través de las pampas?

UN ANCIANO: ¡Es verdad! ¡Es verdad!

UN LABRIEGO: Como ves, buen hombre, lo que tú te has propuesto, es muy hermoso, pero irrealizable.

UN ANCIANO: Comprendo: Jamás podría cumplir mi promesa en toda su grandiosa amplitud, pero, gracias a ella, ahora sé que nadie lleva sobre sí y por sí mismo, la responsabilidad o el honor de los hechos humanos, aunque sólo se trate de algo tan sencillo como lo es, en apariencia, el hecho de producir pan. ¡Benditos sean aquellos que trabajan! ¡Benditos sean porque su esfuerzo solidario, hace que no nos falte jamás el pan de cada día!

TELON

## VI.

La Hache<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

LA HACHE.

LA A.

LA BE.

LA E.

LA GE.

LA I.

LA JOTA.

LA KA.

LA O.

LA EME.

LA ENE.

LA CU.

LA ERRE.

LA ESE.

LA TE.

LA U.

LA EKIS.

LA ZETA.

DECORACIÓN: *Un telón de fondo que representa una doble plana donde una mano infantil ha trazado a capricho desiguales letras. Aparecen en escena dieciocho niños que lucen pintorescos vestidos sobre los cuales llevarán estampada la letra que cada uno representa. Al levantarse el telón todos corren y gritan como energúmenos.*

LA E (*esforzándose en imponer silencio*): Basta de riñas y sepamos lo que ha sucedido.

LA A (*que se halla en un grupo con las otras Vocales*): ¡A ver si os calláis todas, Consonantes del diablo! (*Obe-*

(1) De un cuento de Miguel Ramos Carrión.

*deciendo a esta voz callan y forman a su alrededor todas las letras*). ¡En cuanto yo y mis cuatro hermanas os dejamos solas armáis una batahola inaguantable! ¡Esto no ha de continuar así!

LA I: Que nos refieran lo sucedido...

LA ENE: ¡Yo he de decíroslo!

LA ZETA: ¡Yo!... ¡Yo lo explicaré todo!

LA A: ¡Callad! ¡Que hable la Be, por ser la primera de todas vosotras!

LA BE: Señoras Vocales: Ante todo debo manifestaros que lo sucedido entre nosotras no tiene ninguna gravedad...

LA U: Eso ya lo veremos nosotras.

LA A: Redúzcase a exponer lo que haya visto u oído.

LA BE: La Che, hija de la Ce y de la Hache...

LA A: Déjese de pormenores: ¡todos sabemos quiénes son los padres de esa letra!

LA BE: La Che, digo, salió a la defensa de su señora mamá, la Hache, al oír que la K decía que la Hache era una inútil y que, si no se hubiera casado con la Ce, no serviría absolutamente para nada.

LA KA: ¡Mentira! ¡Mentira!

LA EKIS: ¡Sí, eso dijo! ¡Yo le oí!

LA TE: ¡Y lo niega! ¡Qué atrevimiento! ¡Qué descaro!

LA A: ¡Silencio! ¡Silencio, digo!

LA CU: Parece mentira que sea tan insolente una letra que vale menos que yo...

LA KA: ¡Cállate, envidiosa, cállate!

LA A: ¡Silencio! ¡Silencio, señoras! (*Cuando lo consigue*). Continúe la Be su exposición.

LA BE: La Hache, que oyó hablar de su inutilidad, se defendió y, sin querer, molestó a otras compañeras...

LA EME: La Hache no sirve más que para estorbo...

LA ZETA: Con ella o sin ella lo mismo se puede escribir todo...

LA HACHE (*lloriqueando*): ¡Ay... para qué habré nacido!...

LA A: ¡Basta! ¡Basta!

LA EME: Cuando se quiere significar que alguna cosa no tiene importancia, se dice: « Llámeme usted hache... »

LA HACHE: ¡Hágalas callar, señora A!... ¡Hágalas callar o me volverán loca!

LA A: ¡Basta! Prosiga la Be su informe.

LA BE: Yo creo que la Hache debería darnos una explicación, pues nos mandó a todas al diablo...

LA A: No, la Hache pudo excederse, pero yo la disculpo. Y ahora atended todas: Es un error suponer que la Hache no sirve para nada. Es decir, si ella no sirve para nada, tampoco vosotras servís para mucho.

TODAS LAS CONSONANTES: ¡Oh!

LAS OTRAS CUATRO VOCALES (*riendo*): ¡Qué bien!

LA A (*muy ufana*): Ninguna de vosotras sirve absolutamente para nada si no está unida a alguna Vocal. Así que todas debéis ser más humildes de hoy en adelante. (*Las Consonantes doblan la cabeza*). Más aún: la Hache es la única de todas vosotras a quien se le puede consentir que tenga un poco de vanidad.

LA HACHE (*muy orgullosa*): ¿Han visto?

LA A: Un poco de vanidad, pero muy poco, ¿eh?... La Hache es la letra que pone de manifiesto la educación, la cultura. Ella demuestra si la persona que escribe es o no instruída. ¡Cómo os reís todas al ver, por ejemplo, « ombre » escrito así, sin Hache, sin la lètra que consideraríais inútil!...

LA ERRE: Con Hache o sin Hache siempre será un hombre.

LA A: Pero será un hombre sin educación. ¡Basta, pues! ¡Que no se repitan estas lamentables escenas!

LA ERRE: Pues tendrá mucha razón, señora A, pero a mí no me convence...

LA A: ¿Y quién te convencería? Es natural que tú estés siempre erre que erre... Ahora, amigas mías, para celebrar la amistosa solución de vuestro pleito, os invito a bailar. ¡A ver: una jota!

LA JOTA: ¡Presente, señora!

LA A: No, hija, he querido decir que todas juntas bailéis la jota...

TELON

## VII.

# El Príncipe Feliz<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

LA ESTATUA DEL PRÍNCIPE FELIZ.

LA GOLONDRINA.

EL GORRIÓN.

EL ALCALDE.

CONCEJAL 1º.

CONCEJAL 2º.

EL ANGEL.

DIOS.

DECORACIÓN: *La escena representa una plaza. Dominando la ciudad, sobre una alta columna, se eleva la estatua del Príncipe Feliz. La Golondrina y el Gorrión, llegan al pie de la estatua. La Golondrina lleva un ligero ropaje de suaves matices, rico, pero ya desgarrado. El Gorrión viste de riquerosa etiqueta, aunque con cierta despreocupación de muy buen gusto. Conviene que las cabezas de estos dos personajes estén discretamente animalizadas.*

GORRIÓN: Aquí tienes, amiga Golondrina, la estatua que es el orgullo de mi ciudad.

GOLONDRINA: Es bella vuestra estatua. Pero, dime; ¿Es toda de oro fino?

---

(1) De un cuento de Oscar Wilde.

GORRIÓN: Del oro más fino: Tiene por ojos, dos brillantes zafiros, y un gran rubí rojo centellea en el puño de su espada. ¡Míralo!

GOLONDRINA: Es tan hermoso como una veleta.

GORRIÓN: ¡Psch!... Pero no es tan útil. Veo que eres una criatura sentimental y por lo tanto te agradará saber que ésta es la estatua del Príncipe Feliz. Figúrate que cuando un niño llora pidiendo la luna, se le suele decir: « ¡Por qué no eres como el Príncipe Feliz? Al Príncipe Feliz nunca se le ocurre llorar por nada ».

GOLONDRINA: Me alegro de que haya alguien en el mundo completamente feliz. (*Contemplando la estatua, enternecida*): ¡Tiene todo el aspecto de un ángel...!

GORRIÓN: ¡En qué lo conoces? Nunca viste ninguno.

GOLONDRINA: ¡Oh, los he visto en sueños!

GORRIÓN: Puedes hacer lo que te acomode, pero soñar me parece poco serio. Eres una pobre golondrina romántica... ¡Si te perdono tu romanticismo me disculparás una indiscreción?... (*Al gesto afirmativo*): Eres muy amable... Pues bien, dime, pequeña golondrina: Hace ya seis semanas que tus amigas han partido para Egipto, ¿cómo estás tú aún aquí?

GOLONDRINA: Me quedé, ¡oh, indiscreto!, porque estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontré al comienzo de la primavera, mientras revoloteaba sobre el río en pos de una gran mariposa amarilla: y su talle esbelto me sedujo de tal modo, que me detuve para hablarle... « ¡Te amaré! », le dije, pues no me gusta andar con rodeos. Y el junco me hizo una gran reverencia.

Entonces, jugueteé a su alrededor, rozando el agua con las alas y trazando en ella surcos de plata. Y así pasó todo el verano...

GORRIÓN: ¡Pero, era una constancia ridícula la tuya!...

GOLONDRINA: ¡Ay, yo no lo creía así!...

GORRIÓN: Además el junco no tiene un céntimo... y, en cambio, tiene demasiada familia.

GOLONDRINA: Parecidas razones me daban los míos que, al llegar el otoño, emprendieron el vuelo. Entonces me sentí muy sola y empecé a cansarme de mi novio.

GORRIÓN: ¡Claro, si ni tiene conversación el pobre!...

GOLONDRINA: Además, siempre estaba coqueteando con la brisa, multiplicando para ella sus más graciosas cortesías. Es demasiado sedentario y a mí me gusta viajar. Por eso quien me quiera debe amar también los viajes. « ¡Quieres seguirme? », le pregunté por fin. Pero el junco sacudió la cabeza.

GORRIÓN: Le tiene mucho apego al hogar.

GOLONDRINA: « ¡Has estado jugando conmigo! — exclamé. — Me voy a las Pirámides. ¡Adiós! » — Y levanté el vuelo.

GORRIÓN: ¡Pobrecita!

GOLONDRINA: He volado todo el día y estoy rendida.

GORRIÓN: No te ofrezco mi nido, querida mía, porque tu gentil presencia podría alterar la paz conyugal que me es tan cara...

GOLONDRINA: ¡Oh, no faltaba más!...

GORRIÓN: Pero a una criatura tan romántica como tú le conviene, sin duda, alojarse en un aposento bonito y bien aireado como éste. Sube... Por aquí... ¿Te agrada? (*Ascienden casi hasta el plano de la estatua*).

GOLONDRINA: ¡Oh, es espléndido! Tus atenciones me conmueven. ¡Gracias! Con tu permiso: voy a recostarme... Tengo, pues, una alcoba dorada.

GORRIÓN (*le cae encima una gran gota de agua*): ¡Qué cosa tan rara! No hay una nube en todo el cielo, las estrellas están claras y brillantes, y, sin embargo, llueve. Realmente este clima del norte de Europa es espantoso.

GOLONDRINA: Al junco le gustaba la lluvia; pero era puro egoísmo.

GORRIÓN (*cáele otra gota*): ¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? Ven buscaremos una buena chimenea...

GOLONDRINA: Perdona que no te acompañe: estoy cansada y me guareceré aquí: ¡soy tan pequeña!...

GORRIÓN: Perdóname también: tendría gusto en quedarme, pero ni siquiera he traído el impermeable. Hasta mañana.

GOLONDRINA: Hasta mañana.

GORRIÓN (*saliendo de escena*): Arrecia el chubasco.

GOLONDRINA: Ciertamente... (*Mirando hacia arriba*). ¿Ah, qué veo? Los ojos de la estatua están llenos de lágrimas y lágrimas corren por sus doradas mejillas. (*A la estatua*). ¿Quién sois?

PRÍNCIPE: Te lo ha dicho tu compañero: Soy el Príncipe Feliz.

GOLONDRINA: Entonces, ¿por qué lloráis? Casi me habéis empapado...

PRÍNCIPE: Cuando estaba en la vida y tenía un corazón de hombre, yo no sabía lo que eran las lágrimas, pues vivía en el Palacio de la Despreocupación, donde no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín, y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se elevaba un altísimo muro; pero jamás sentí curiosidad por conocer lo que había tras él; ¡tan hermoso era cuanto me rodeaba! Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y feliz era en verdad, si el placer es la dicha. Así viví y así morí... Y ahora que estoy muerto, me han puesto tan alto, que puedo ver todas las fealdades y toda la miseria de mi ciudad, y, aunque mi corazón sea de plomo, no tengo más remedio que llorar...

GOLONDRINA (*aparte*): ¿Cómo? Un personaje como éste no tiene un corazón de oro de ley?

PRÍNCIPE: Allá abajo, allá abajo, en una callejuela, hay una casuca miserable. Una de las ventanas está abierta, y, a través de ella, veo una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está demacrado y marchito y sus manos, ásperas y rojizas, están llenas de pinchazos, pues es costurera. Borda pasionarias en un traje de seda que debe lucir en el próximo baile de Palacio la más bella de las damas de la Reina. Sobre una cama, en un rincón del aposento, yace su hijito enfermo. El niño tiene fiebre y pide naranjas, su madre sólo puede darle agua del río:

así, que el pobrecito llora. Golondrina, Golondrinita, ¿querrías llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están clavados en este pedestal y no puedo moverme.

GOLONDRINA: Me esperan en Egipto. Mis amigas revolotean a estas horas sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir a la tumba del gran Rey. En ella está el Rey, en su pintado ataúd, envuelto en lienzo amarillo y embalsamado con especias. Alrededor del cuello tiene una cadena de jade verde pálido, y sus manos son como hojas secas.

PRÍNCIPE: Golondrina, Golondrina, Golondrinita, ¿no te quedarás conmigo una noche y serás mi mensajera? ¡El niño tiene tanta sed, y la madre está tan triste!

GOLONDRINA: No creo que me gusten los niños. El verano pasado, cuando vivía a orillas del río, había dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, que no cesaban de tirarme piedras. ¡Claro que no me tocaron nunca! Nosotras las Golondrinas, volamos demasiado bien; y además, yo soy de una familia célebre por la ligereza; pero, de todos modos, era una falta de respeto.

PRÍNCIPE: ¡Golondrina!...

GOLONDRINA (*conmovida por el lamento del Príncipe*): Hace mucho frío aquí pero me quedaré una noche con vos, y seré vuestra mensajera.

PRÍNCIPE: Gracias, Golondrinita. Haz, pues, lo que te pido.

GOLONDRINA: Ya que os empeñáis. (*Arranca el gran rubí de la espada*).

PRÍNCIPE: Llévaselo al niño que llora.

GOLONDRINA (*desapareciendo*): Obedezco.

PRÍNCIPE (*siguiéndola con la vista*): Pasa junto a la torre de la catedral, que tiene ángeles esculpidos en mármol blanco. Pasa junto al palacio. Pasa sobre el río y sobre las linternas colgadas de los mástiles de los navíos. Pasa sobre la Judería y sobre los mercaderes que urden negocios y pesan monedas en balanzas de cobre. Al fin llega a la pobre casuca, y mira. ¡Ya salta adentro!... Ahora vuélvese hacia mí... ¡Oh, Golondrina mía!... (*Pausa breve; viendo llegar a Golondrina*). ¡Oh, Golondrina mía, qué pura felicidad la que ahora siento!...

GOLONDRINA: Es curioso, Príncipe amado; pero ahora casi tengo calor, y, sin embargo, hace mucho frío.

PRÍNCIPE: Es porque has hecho una buena acción.

GOLONDRINA: Pasando junto al palacio oí música de danza y una preciosa muchacha salió al balcón con su novio. «¡Qué hermosas son las estrellas — dijo él — y cuán maravilloso es el poder del amor!» — Y replicó ella: «Espero que mi traje estará listo para el baile de gala. He mandado bordar en él pasionarias. ¡Pero las costureras son tan holgazanas!» Oyendo esto apresuré el vuelo.

PRÍNCIPE: El egoísmo de la juventud es muy grande...

GOLONDRINA: Volando sobre el río quise tomar un baño y un profesor de ornitología que pasaba por el puente, exclamó: «¡Qué extraordinario fenómeno: Una Golondrina en invierno!»

PRÍNCIPE: Mañana publicará una larguísima carta y todo el mundo hablará de ella porque contendrá palabras que no se entenderán...

GOLONDRINA: ¡Ah, pero los Gorriones han sido muy galantes conmigo! Se decían unos a otros: « ¡Qué extranjera tan distinguida! »

PRÍNCIPE: ¡Es la verdad!

GOLONDRINA: Sois muy amable, Príncipe.

PRÍNCIPE: ¿Y el niño enfermo?

GOLONDRINA: Perdón, lo había olvidado. Llegada a la casita, miré por la ventana: el niño se agitaba febrilmente en su lecho, y la madre se había dormido de cansancio. Entonces salté al cuarto y deposité el gran rubí encima de la mesa, junto al dedal de la costurera. Luego revoloteé dulcemente alrededor de la cama, abanicando con mis alas la frente del niño. « ¡Qué fresco tan agradable! — dijo el enfermito — ¡Debo estar mejor! » Y cayó en un delicioso sueño.

PRÍNCIPE: ¡Dios sea loado!

GOLONDRINA: ¿Tenéis algunos encargos que darme para Egipto? Voy a partir.

PRÍNCIPE: Golondrina, Golondrinita: ¿no te quedarás conmigo hasta la aurora?

GOLONDRINA: Me esperan en Egipto. Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Entre las cañas, duerme allí el hipopótamo, y sobre un gran trono de granito se yergue un dios que pasa toda la noche acechando las estrellas, y cuando brilla la estrella matutina, lanza un grito de alegría, y queda silencioso. A mediodía, los leones bajan a beber a la orilla del río. Tienen ojos verdes como berilos, y sus rugidos son más sonoros que los rugidos de la catarata.

PRÍNCIPE: Golondrina, Golondrina, Golondrinita: allá abajo al otro lado de la ciudad, veo a un joven en un desván. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles, y en un vaso, a su lado, se marchita un ramo de violetas. Sus cabellos son castaños y rizados, sus labios rojos como granos de granada, y sus ojos anchos y soñadores. Se esfuerza en acabar una obra para el director del teatro; pero tiene demasiado frío para seguir escribiendo. No hay fuego en la chimenea, y el hambre le ha extenuado.

GOLONDRINA: Me quedaré otra hora con vos. ¿Hay que llevarle otro rubí?

PRÍNCIPE: ¡Ay, no tengo más rubíes! Me quedan únicamente los ojos. Son dos rarísimos zafiros, traídos de la India hace mil años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, comprará pan y leña, y acabará su obra.

GOLONDRINA: ¡Querido Príncipe, yo no puedo hacer eso! (*Llora*).

PRÍNCIPE: Golondrina, Golondrina, Golondrinita, haz lo que te pido.

GOLONDRINA: Vos lo mandáis. (*Arranca uno de los ojos del Príncipe y parte*).

PRÍNCIPE (*siguiéndola con la vista*): ¡Bendita sea! Veloz como una flecha va hacia el desván del estudiante. No le será difícil entrar en él, pues hay un agujero en el techo. Mi deseo está cumplido. ¡Oh, Golondrina mía...!  
(*Pausa*).

GOLONDRINA (*volviendo*): Príncipe amado: Entré en el aposento adonde me enviasteis: Tenía el joven la cabeza hundida entre las manos; así que no oyó el rumor de mis alas. Puse el hermoso zafiro encima de las violetas marchitas y esperé oculta. Cuando, al fin, levantó los ojos, exclamó al ver la piedra preciosa: «Empiezo a ser estimado. Esto debe provenir de algún rico admirador. ¡Ya puedo acabar mi obra!» Y parecía completamente dichoso.

PRÍNCIPE: Yo también lo soy gracias a ti.

GOLONDRINA: No exageréis. Bien... debo deciros adiós.

PRÍNCIPE: Golondrina, Golondrina, Golondrinita: ¿no te quedarás otra hora conmigo?

GOLONDRINA: Es invierno y pronto llegará la nieve helada. En Egipto, el Sol calienta sobre las palmeras verdes, y los cocodrilos, echados entre el fango miran indolentemente en torno suyo. Mis compañeras construyen sus nidos en el templo de Baalbec, y las palomas, rosadas y blancas, las siguen con los ojos, y se arrullan entre sí. ¡Querido Príncipe, tengo que dejaros; pero nunca os olvidaré; y la próxima primavera os traeré de allí dos piedras bellísimas para reemplazar las que disteis! El rubí será más rojo que una rosa roja, y el zafiro tan azul como el gran mar.

PRÍNCIPE: Oye aún, Golondrina: allí abajo en la plaza, hay una niña que vende fósforos, y se le ha caído su mercancía en el barro, echándose a perder. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y por eso llora. Arranca mi otro ojo, dáselo, y su padre no le pegará.

GOLONDRINA: Pasaré otra hora más con vos, pero no puedo arrancaros el otro ojo. Os quedaréis ciego del todo.

PRÍNCIPE: Golondrina, Golondrina, Golondrinita, haz lo que te pido.

GOLONDRINA (*arranca el otro ojo*): ¡Vos lo queréis! (*Desaparece nuevamente*).

PRÍNCIPE (*como soñando*): Se posará sobre el hombro de la niña y deslizará la piedra en sus manos. La pequeña correrá hacia su casa riendo y gritando: « ¡Qué trozo de cristal tan bonito! » (*Pausa*).

GOLONDRINA (*volviendo*): Ahora que estáis ciego, me quedaré a vuestro lado para siempre.

PRÍNCIPE: No, Golondrinita, tienes que ir a Egipto.

GOLONDRINA: Me quedaré a vuestro lado para siempre. (*Se reclina a los pies del Príncipe y habla adormeciéndose*): Os contaré lo que he visto en países extraños: Os hablaré de los ibis rojos, que se colocan en largas filas a orillas del Nilo; de la Esfinge, tan vieja como el mundo, que vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que caminan lentamente junto a sus camellos y llevan en la mano rosarios de ámbar...

PRÍNCIPE: Querida Golondrinita: me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso es todavía lo que sufren los hombres. No hay misterio tan grande como la miseria. Vuela por mi ciudad, Golondrinita, y cuéntame lo que veas.

GOLONDRINA: Soy vuestra esclava... (*Desaparece*).

PRÍNCIPE (*pensativo*): Dios la guiará a través de la noche... (*Pausa, durante la cual empieza a lloviznar*).

GOLONDRINA (*volviendo*): ¡Oh, mi Príncipe: volé sobre la gran ciudad y vi a los ricos que se regocijan en sus palacios soberbios, mientras los mendigos están sentados a sus puertas! Volé por las callejuelas sombrías, y vi los rostros pálidos de los niños que mueren de hambre, mientras miran con indiferencia las calles negras. Bajo los arcos de un puente había dos chiquillos acostados, uno en brazos del otro para darse calor. « ¡Qué hambre tenemos! » — decían. — « Largo de aquí! », les gritó alguien; y tuvieron que alejarse bajo la lluvia.

PRÍNCIPE: Estoy cubierto de oro fino, despréndelo hoja a hoja, y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede darles la dicha.

GOLONDRINA: Sois mi amo y cumplo obedeciéndoos. (*Hoja a hoja arranca el oro fino, hasta que el Príncipe no tiene brillo ni belleza*). ¡Voy a distribuirlo entre los pobres!... (*Desaparece*).

PRÍNCIPE (*monologando*): Los rostros de los niños se pondrán sonrosados. Los niños reirán y jugarán por las calles.

GOLONDRINA (*volviendo*): « ¡Ya tenemos pan! » — gritan los niños de la ciudad... (*Empiezan a caer finísimos copos de nieve*). ¡Oh, Príncipe mío: ya viene la nieve, y después de la nieve, llegará el hielo! Las calles parecen de plata de tal modo brillan. Carámbanos largos como puñales cuelgan de los aleros de las casas... ¡Tengo frío!...

PRÍNCIPE: ¡Vete a Egipto, mi buena amiga!...

GOLONDRINA: No puedo abandonaros ya, ¡os amo demasiado!... ¡Adiós, querido Príncipe!... ¡Me permitís que os bese la mano? (*Ya va desfalleciendo agonizante*).

PRÍNCIPE: Me alegro de que al fin te vayas a Egipto, Golondrinita. Demasiado tiempo has estado aquí. Pero bésame en los labios, porque te amo.

GOLONDRINA: No es a Egipto adonde voy. Voy a casa de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad? (*Besa al Príncipe en los labios y cae muerta a sus pies. La estatua hace un movimiento casi imperceptible, llevándose las manos al corazón y vuelve a quedar rígida. Pausa*).

ALCALDE (*apareciendo casi de inmediato, acompañado por los dos Concejales*): Indudablemente hace un frío terrible. ¡Caramba! ¡Qué aspecto tan desharrapado tiene el Príncipe Feliz!

CONCEJALES (*simultáneamente siempre*): ¡Completamente desharrapado!

ALCALDE: El rubí de la espada se ha caído, los ojos desaparecieron y ya no es dorado. En una palabra: ¡un pordiosero!

CONCEJALES: ¡Un pordiosero!

ALCALDE: ¡Y a sus pies hay un pájaro muerto! ¡Será preciso promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que vengan a morir aquí!

CONCEJALES (*anotándola en una libreta*): ¡Hay que tomar nota de esa brillante idea!

ALCALDE: Mandaré, pues, derribar la estatua del Príncipe Feliz.

CONCEJALES: Como ya no es bella, para nada sirve.

ALCALDE: En efecto. Fundiremos la estatua y ya decidiremos lo que se hará con el metal.

CONCEJALES: Podemos hacer otra estatua.

ALCALDE: ¡La mía, por ejemplo!

CONCEJAL 1º: ¡O la mía!...

CONCEJAL 2º: ¡O la mía!...

ALCALDE: No discutáis en vano... (*Desapareciendo los tres*). ¡El Municipio decidirá!... (*Hay una breve pausa. En la claridad lechosa del alba, emergen en último plano, las figuras clásicas de Dios y un Angel*).

DIOS: Muéstrame las dos cosas más preciosas de la ciudad...

ANGEL (*avanza hacia la estatua, recoge suavísimamente los despojos de la Golondrina, abrazándola así como al Príncipe Feliz, en el más tierno y artístico de los abrazos, y como ofreciéndolos a Dios*): ¡He aquí, Señor, las dos cosas más preciosas de la ciudad!...

DIOS: Has elegido bien, pues en mi jardín del Paraíso, esta avecilla cantará eternamente y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

TELON

## VIII.

# La lección del Pibe<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

EL NIÑO.

OBRERO 1º.

OBRERO 2º.

DECORACIÓN: *Un camino. Es de noche.*

OBRERO 1º (*que aparece por derecha con Obrero 2º*):  
Poca alegría deja en nosotros la jornada, compañero...

OBRERO 2º: Es cansador y mareante hacer siempre lo mismo, como si uno fuera la ruedecilla de una máquina.

OBRERO 1º: Es que trabajamos sin ilusión... Debiéramos animarnos con la idea de que la labor más humilde puede ser siempre bella y útil... Pero, ¿qué es eso?

OBRERO 2º: ¡Escucha!

OBRERO 1º: ¡Ah! ¡Es una voz de niño! ¡Qué bien canta!

OBRERO 2º: ¡Qué bien suena en el silencio augusto de la noche!...

OBRERO 1º (*que ha levantado la cabeza para escuchar*):  
¡Quieres callarte!

---

(1) De un apólogo de Rafael Ruiz López.

LA VOZ DEL NIÑO (*canta acercándose*):

Los consejos de mi madre  
son como soles,  
que alumbrando mi camino  
quitan todos los dolores... (*Aparece por derecha*).  
¡Buenas noches!...

OBrero 1º: Dios te guarde, pequeño... ¿Vas muy contento?

EL NIÑO: Voy cantando nomás, señor.

OBrero 1º: Y, ¿por qué cantas, si no estás contento?

EL NIÑO: Canto por tres cosas, señor: la noche está oscura; yo voy solito y mi corazón tiembla de miedo en la soledad. Mi voz, vibrando en el aire, repitiéndose en los ecos, me hace sentir la ilusión de que alguien me acompaña, de que ya no voy tan solo...

OBrero 1º: Y, ¿por qué más cantas?

EL NIÑO: Las piernas se animan con la música, señor, se mueven a compás, y así se anda antes el camino y se llega más pronto.

OBrero 2º: ¡Es verdad! ¡Es verdad!

OBrero 1º: Me dijiste que cantabas por tres cosas. ¿Cuál es la tercera?

EL NIÑO: Esta: mi madre me espera en casa, siempre temblorosa ante la idea de que pueda ocurrirme algo. Desde que anochece, anda la pobre con el oído alerta a todos los ruidos. Cuando oye mi voz, su corazón se tranquiliza y dice: «¡Ya está ahí mi diablito! ¡Viene contento!» y sale a recibirme alborozada como el que espera un tesoro...

OBRERO 2º: ¡Y lo eres! ¡Vaya si lo eres! ¡Un hijo como tú es un tesoro! ¡Más que un tesoro! (*El niño estalla en risas*).

OBRERO 1º (*a Obrero 2º*): Este chiquillo nos ha dado una excelente lección, camarada. ¡Es bueno esto de seguir el camino cantando! El que canta va menos solo y la música de la canción anima las piernas... Luego es una alegría muy grande eso de llegar a casa antes de llegar... A más, el que va cantando anima al que va triste y, por un momento, le hace olvidar su tristeza...

OBRERO 2º: ¡Bendita, bendita mil veces la boca que canta!

OBRERO 1º: ¡Sí, bendita sea! ¡Anda muchacho, vamos a cantar! ¡Enséñanos una canción!...

OBRERO 2º: Esa que cantabas...

EL NIÑO (*marchando con ellos, mientras cae el telón*):

Los consejos de mi madre  
son como soles,  
que alumbrando mi camino  
quitan todos los dolores...

OBREROS 1º Y 2º (*coreando*):

Que alumbrando mi camino  
quitan todos los dolores...

TELON

## IX.

# La familia<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

LA MADRE.

EL PADRE.

LA HIJA, *niña de 12 años.*

EL HIJO, *niño de 13 años.*

DECORACIÓN: *La escena en el modesto comedor de la familia.*

LA MADRE (*que aparece en escena con la hija, tejiendo. Esta escribe*): Casi no se ve ya...

LA HIJA: ¿Por qué no deja su tejido, mamá? Sus ojos ya no dan para tanto.

LA MADRE: Tú si que debes cerrar ya tu cuaderno; la vista se esfuerza mucho más para escribir que para tejer.

LA HIJA: Dõs palabras más y termino. (*Pausa*).

LA MADRE: ¿Todavía no están esas dos palabras? ¡Eres porfiada, hija...!

LA HIJA: Y usted que no deja su labor es otra porfiada...

---

(1) De un apólogo anónimo.

LA MADRE: Yo tengo que aprovechar todo mi tiempo, pero a ti te sobra.

LA HIJA: Ya está, mamita: ahora quedo libre como yo quería.

LA MADRE: ¿Y para qué quieres estar libre?

LA HIJA: Para darme un gusto muy grande.

LA MADRE: ¿Y, cuál es ese gusto tan grande?

LA HIJA: El de quitarla a usted de la piletta y lavarle los platos esta noche.

LA MADRE: Entonces yo también voy a darme un gusto muy grande.

LA HIJA: ¿Sí?

LA MADRE: Sí: voy a darme el gusto de regalarte esta hermosa pera. (*Ha sacado la fruta del aparador*).

LA HIJA: ¿Para mí, mamá?

LA MADRE: Para ti, porque eres tan buena.

EL HIJO (*entra corriendo en escena. Besa a la madre diciendo*): Buenas tardes.

LA MADRE: Cuidado con mi tejido, muchacho.

EL HIJO (*inclinándose graciosamente*): Perdón, señora.

LA MADRE: ¡Vamos, exagerado...!

EL HIJO: ¿Enciendo luz, mamá?

LA MADRE: Sí, hijo. Y tú, Alicia, pon orden aquí mientras yo preparo la cena. (*Desaparece de escena; los niños encienden la lámpara y colocan en orden diversos objetos*).

EL HIJO: ¿Hiciste los deberes, Alicia?

LA HIJA: Todos.

EL HIJO: ¿Y la composición sobre la familia?

LA HIJA: También.

EL HIJO: ¿Linda?

LA HIJA: ¡Así, así...! Ahí está el cuaderno. (*Va disponiendo la mesa para la cena*).

EL HIJO (*leyendo en el cuaderno*): «La familia es la base de la sociedad. La madre es la base de la familia». (*Hablando*). No se puede negar que tu composición tiene bases. (*Leyendo*). «El padre es el jefe de la familia y con la madre colabora en el hogar». (*Hablando*). ¿Que la madre y el padre colaboran en «El Hogar»? Pues es la primera noticia que tengo, hermanita.

LA HIJA: ¡Malo...! No te rías de mí: ya sé que soy una tonta...

EL HIJO: Perdón.

LA HIJA: Te perdonaré si... ¿Lo digo?

EL HIJO: Sí.

LA HIJA: Si me ayudas a devanar esta madeja para mamá.

EL HIJO: ¡De mil amores! Venga la madeja.

LA HIJA: Estira los brazos: las manos más separadas y balancéalas así. (*Realiza la operación; al terminar la madeja, dice*): Ahora, hermanito querido, premiaré tu descendencia con aquella hermosa pera... (*La señala*).

EL HIJO: ¿Es tuya?

LA HIJA: Me la dió mamá, pero es para ti.

EL HIJO: Se me hace agua la boca... Debe ser deliciosa. (*Tomando la fruta*). ¡Qué aroma...! Es un presente de los dioses. (*Cuando va a morderla vuelve a dejarla sobre la mesa*). ¿Sabes qué pienso?

LA HIJA: Dejarla para los postres.

EL HIJO: No es eso: pienso que debemos reservar esta fruta para papá.

LA HIJA: Sí, guárdasela: él sí que sabrá apreciarla. Comiéndola recordará su país, pues muchas veces ha dicho que allí se producen las peras más sabrosas del mundo...

EL HIJO: Tienes razón.

LA HIJA: Así que tu sacrificio...

EL HIJO: No digas tonterías: sacrificio es el que hacen papá y mamá trabajando y viviendo para nosotros. (*Pausa*).

EL PADRE (*entrando lentamente y abandonando el sombrero sobre la silla*): Buenas noches.

LOS HIJOS: Buenas noches, papá.

EL PADRE: Mis zapatillas, Alicia.

LA HIJA: En seguida, papá. (*Las trae y poniéndoselas*): Papá, Roberto te ha preparado una sorpresa...

EL PADRE: ¡Ah, sí?

EL HIJO: No, papá; es esto nomás. (*Le entrega la fruta*).

EL PADRE: Te la agradezco tanto como vale (*La huele*). Es muy buena. Iguales a ésta tuve muchas de niño, allá en mi tierra, pero aquí, en Buenos Aires, es difícil conseguirlas, quiero decir, que es difícil para los pobres como nosotros... Porque con dinero todo es fácil lograrlo.

LA MADRE (*entrando con un repasador en la mano*):  
¿Ah, ya estabas aquí?

EL PADRE: Así parece... Oye, deseo hacerte un obsequio.

LA MADRE: ¿Un obsequio?

EL PADRE: Sí, mujer.

LA MADRE: Venga el obsequio en buena hora.

EL PADRE: Cierra los ojos.

LA MADRE: ¡Vamos... no me entretengas, que...!

EL PADRE: Cierra los ojos que no te pesará... (*La madre cierra los ojos sonriendo y enfrentándole la fruta*):  
No mires, ¿eh?

LA MADRE: No.

EL PADRE: Huele ahora... ¿Te gusta?

LA MADRE: ¡Si es mi pera...! Hoy se la di a Alicia.

LA HIJA: Y yo a Roberto.

EL PADRE: Y Roberto a mí, y ahora vuelve a tus manos.

EL HIJO: ¡Es maravilloso...!

EL PADRE: Es maravilloso y es sencillo como todos los símbolos: éste es el símbolo del amor familiar que todo lo da y todo lo conserva.

TELON

Los infelices<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL POETA.

MARCOS, *el pescador.*JUANA, *esposa de Marcos.*

VARIOS NIÑOS.

## PROLOGO

DECORACIÓN: *Playa. — Al fondo, izquierda, una mísera y oscura cabaña. Frente a ésta, otra no menos mísera, pero cuyas bajas ventanas están iluminadas, permitiendo ver lo que indica el recitado.*

EL POETA (*que aparece en escena vistiendo como los bohemios que describe Murger*):

Es noche oscura; la cabaña humilde del rudo pescador duerme en silencio; colgados de los muros, como chispas, lucen entre las redes los anzuelos; pobre y velado por cortinas viejas, hay en el fondo de la estancia un lecho, y ante él descansan en jergón mezquino cinco niñitos, ángeles risueños.

---

(1) De una composición de Víctor Hugo.

En el hogar, la llama temblorosa  
vela alumbrando con fulgor postrero  
a una mujer que llora acongojada  
y eleva a Dios su fervoroso ruego...  
¡Es la madre! La madre, sola y triste,  
que escucha con terror el grito horrendo  
del ronco mar que se revuelve y salta,  
y, de espumas magníficas cubierto,  
lanza sollozo lúgubre y gigante  
a la noche, a las rocas y a los vientos.  
Su esposo está en el mar. Desde muy joven  
supo luchar cual rudo marinero  
contra el empuje de las bravas olas  
para ganar el pan de sus pequeños.

JUANA (*que ha tomado un capote y un farol, sale de su choza y se dirige a la choza de la izquierda*):

Ya no pensaba en la infeliz viuda  
que enferma y sola vive con sus huérfanos...

Voy a ver cómo está... (*Llama*). ¡Pobres chiquillos,  
sin padre, sin abrigo, sin sustento!... (*Llama otra vez,  
se decide a entrar, desaparece*).

EL POETA: ¡Qué hace Juana en la choza?

(*Juana aparece llevando dos niños arropados y se dirige a su choza*):

¡Qué se lleva  
bajo los pliegues del abrigo recio?...

¡Por qué tiembla y vacila? ¡Por qué corre?

¡Por qué vuelve a su choza sin aliento?

¡Qué ha robado? ¡Qué guarda en su vivienda?

¡Qué esconde entre las sábanas del lecho?

TELON

## ACTO UNICO

DECORACIÓN: *Interior de la cabaña de Juana tal cual se ha visto durante el recitado del prólogo.*

JUANA: *(Es la primera hora del día).*

¡No lo he debido hacer! Cuando él regrese tendrá razón para enojarse... ¡Cielos!...

Ya llega... ¡No! No es él. ¡Aún es temprano!

¿Qué dirá mi marido? ¡Dios! ¿Qué he hecho?...

¡Es verdad que nosotros somos pobres,  
es verdad que tenemos cinco hijuelos,  
es verdad que su padre aunque se afana  
apenas si consigue mantenerlos!...

¡En sus rudas jornadas lucha solo!

¡Nadie le presta ayuda con su esfuerzo!

¡Si fueran mayorcitos estos niños!

¡Ay, pobre corazón, te compadezco!...

Cuando los niños crezcan y se embarquen  
y al lado de su padre corran riesgos,  
exclamarás llorando como ahora:

«¡Ay, si fueran mis hijos más pequeños!...»

Ya despiertan las aves graznadoras,  
brilla el sol en el alto firmamento...

Ya no puede tardar... Por allí viene...

¡Oh Marcos mío!... ¡Dios ha sido bueno!...

MARCOS *(entra y arroja las redes que trae al hombro)*: Aquí me tienes ya...

JUANA:

¿Cómo te ha ido?

MARCOS: El mar es un ladrón: cobarde y fiero;  
me ha robado una noche de trabajo,  
y a poco más me roba el barquichuelo  
y esta vida que tanto necesito  
para veros seguros y contentos.  
Pero... ¿qué tienes? Dime: estás llorosa...  
¿Has velado esta noche?

JUANA: Sí, cosiendo  
estuve largo rato...

MARCOS: ¿Y has tenido  
algo desagradable?

JUANA: Tuve miedo  
al sentir la borrasca...

MARCOS: Para el pobre,  
si Dios no lo remedia, aqúeste invierno  
va a ser duro y terrible... Mas, ¿qué tienes?...

JUANA (*llorando*):

Tengo una pena... La vecina ha muerto;  
esta noche murió: deja dos niños:  
uno, Magdalenita; otro, Guillermo;  
él no anda aún y la chiquilla apenas  
empieza a hablar... ¡Desventurados huérfanos!...

MARCOS (*sacándose el gorro*):

¡No hay que pensar en ello!... Si con cinco  
ayunamos más veces que comemos,  
¿qué le vamos a hacer? Dios lo dispone  
y hay que acatar la voluntad del cielo...

JUANA: Lo malo es que Guillermo y Magdalena  
son tan débiles, ¡ay! y tan pequeños... (*Pausa*).

MARCOS: ¡Corre! ¡Corre a buscarlos! ¡Tráelos pronto!...

Alguien sabrá esta acción agradecernos...

Traigamos a los pobres chiquitines  
para reunirlos con los hijos nuestros;  
yo no probaré el vino; tú en la noche  
velarás algo más, y así, sufriendo  
y trabajando, viviremos siempre,  
y el Señor que nos mira desde el cielo  
hará que los productos de la pesca  
nos basten para todo... Mas, ¿qué veo?...  
¿No los vas a buscar? ¿Por qué te afliges?  
¿Acaso te disgusta mi proyecto?  
Corre, mujer, que acaso lloran, corre...

JUANA (*llorando dulces lágrimas ha levantado las cortinas del lecho y le muestra a las dos criaturas que allí duermen*):

¡Aquí los tienes ya!... ¡Dales un beso!

TELON

## XI.

# Cuestión aritmética<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

MANUEL, *niño de 14 años.*

TOMÁS, *niño de 12 años.*

LUISITO, *niño de 12 años.*

ENRIQUE, *niño de 11 años:*

DECORACIÓN: *Una sala. Un pizarrón frente al público.*

MANUEL: ¡Queréis que os regale estas once bolitas? Algunas están cascadas, pero...

TOMÁS: ¡No hemos de querer!

LUISITO (*al mismo tiempo*): ¡Claro que las queremos!

ENRIQUE (*ídem*): ¡Vengan ya!

MANUEL: Mirad que ha de ser con una difícil condición...

TOMÁS: ¡Con la que se te ocurra!

LUISITO (*al mismo tiempo*): ¡Dila!

ENRIQUE (*ídem*): ¡A ver!

MANUEL: No habléis todos a un tiempo; la condición, que yo os pienso poner, exige mucha tranquilidad...

---

(1) De una parábola anónima.

TOMÁS: Te escuchamos...

LUISITO (*al mismo tiempo*): ¡Soy todo oídos!

ENRIQUE (*ídem*): ¡Expíciate!

MANUEL: Atención, pues. Aquí están las once bolitas ofrecidas. Ahora, escuchad la condición que deseo imponeros...

TOMÁS: ¡Concluye, hombre!

LUISITO (*al mismo tiempo*): ¡Nos tienes sobre ascuas!

ENRIQUE (*ídem*): ¡Habla, por favor!

MANUEL: Os repartiréis las once bolitas, de tal manera que a ti, Tomás, te corresponda la mitad de ellas; a tí, Luisito, la cuarta parte, y a tí, Enrique, la sexta...

TOMÁS: ¡Dijiste que a mí la mitad, a Luisito la cuarta parte y a Enrique la sexta?

MANUEL: Eso dije...

TOMÁS: La mitad de once es igual a cinco y medio, por lo tanto, me corresponden cinco bolitas y media. Pero como las bolitas no pueden partirse, me conformaré con cinco y, ¡santas pascuas!, como dice el abuelito... ¡Ven-ga mi parte!

MANUEL: Un momento. Esperemos a que Luisito y Enrique resuelvan sus problemas respectivos.

LUISITO (*operando en el pizarrón*): Para mí la cuestión es más peliaguda y necesito recurrir a la tiza, para resolverla con exactitud... Once sobre uno multiplicado por un cuarto; once, por uno, once; y, uno, por cuatro, cuatro; once cuartos igual a dos enteros y tres cuartos. Esa es mi parte. Pero, ya que no pueden partirse las bolitas, dame dos y, ¡listo!

MANUEL: Aguarda, que falta aún Enrique.

ENRIQUE (*resolviendo la operación en el encerado*): La sexta parte de once es igual a once sextos, o, lo que es lo mismo, un entero y cinco sextos. Dada la imposibilidad de partir la segunda bolita, dame una sola.

MANUEL: ¡Malos matemáticos sois, amiguitos!...

TOMÁS: ¡Eh!, ¿por qué?

LUISITO (*al mismo tiempo*): ¿Acaso no hemos resuelto nuestro respectivo problema?

ENRIQUE (*ídem*): ¿Qué dices?

MANUEL: Que si, de acuerdo con los resultados que obtuvisteis, doy a Tomás cinco bolitas, dos a Luisito y una a Enrique, habré repartido ocho bolitas solamente... Y sobrarán tres, de las once que ofrecí...

TOMÁS: Tienes razón...

LUISITO (*al mismo tiempo*): ¡Cómo puede ser!

ENRIQUE (*ídem*): Sin embargo, las cuentas estaban bien hechas...

MANUEL: Como vosotros habéis fracasado, voy a hacer el reparto yo mismo.

TOMÁS: Muy bien. Empieza.

MANUEL: ¿Ponéis algún inconveniente a que agregue una bolita suplementaria? ¿Una bolita que volveré a guardar luego, con las mías?

TOMÁS: ¡Qué inconveniente vamos a poner, hombre!

LUISITO (*al mismo tiempo*): No nos oponemos... ¡Pon todas las que gustes!

ENRIQUE: Agrégala...

MANUEL: Bien. Ahora tenemos doce bolitas, de las cuales una, está bien entendido, seguirá perteneciéndome después de hecho el reparto...

TOMÁS: Entendido...

LUISITO (*al mismo tiempo*): Sí, hombre, sí...

MANUEL: Empiezo el reparto declarando, desde ya, que todos saldréis beneficiados, pues os daré, no la mitad, la cuarta y la sexta parte de once, sino la mitad, la cuarta y la sexta parte de doce...

TOMÁS: En ese caso, perderás la duodécima bolita...

MANUEL: No, amiguito, no la perderé. Atención al milagro: Para Tomás aparto seis, o sea la mitad de doce; para Luisito tres, esto es, la cuarta parte, y, para Enrique dos, es decir, la sexta parte. Como seis más tres y más dos, hacen once, queda hecho el reparto, y yo me guardo la bolita que agregué. ¿Estamos?

TOMÁS: Pues si todos los repartos fueran tan sabiamente resueltos, por cierto que no habría tantos pleitos en el mundo...

TELON

El buen caballero<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL REY.

EL CABALLERO.

EL NIÑO.

DECORACIÓN: *Un camino.*

EL CABALLERO: ¿Por qué lloras, pequeño?

EL NIÑO: ¡Oh, señor, soy muy desdichado! Esta bolsa vacía y estos rotos vestidos que me cubren, es cuanto me queda de los bienes que heredé de mis padres... El Rey, nuestro amo y señor, me ha arrebatado mi escasa fortuna...

EL CABALLERO: ¿Qué bienes perdiste?

EL NIÑO: Perdí, señor, esta modesta granja que vengo a contemplar todos los días, desde que fuí arrojado de ella por orden de nuestro soberano... Aquí nací y aquí viví feliz muchos años, hasta la muerte de mis padres...

EL CABALLERO: ¿Y por qué te ha privado el Rey de esta propiedad?

EL NIÑO: Porque desea construir aquí una casa de campo...

---

(1) De una parábola anónima.

EL CABALLERO: ¡Cómo es posible!... ¿Acaso no tiene ya palacios y quintas de recreo en las más hermosas regiones del país?

EL NIÑO: Sí, señor; las tiene, y, sin embargo, no ha querido escuchar mis súplicas...

EL CABALLERO: Pero, ¿te habrá hecho pagar el valor de la propiedad?

EL NIÑO: Nada de eso, aunque, al principio, me hizo ofrecer algún dinero...

EL CABALLERO: ¿Y por qué no te pagó luego?

EL NIÑO: Porque yo me negué a vender mi casita... Disgustado, por lo que él llamaba mi desobediencia, se apoderó de la granja por la fuerza, e hizo que me arrojasen al camino.

EL CABALLERO: Pero, ¿estás seguro de que el Rey conoce tu situación?

EL NIÑO: Sí, señor; yo he regado sus pies con mis lágrimas.

EL CABALLERO: ¿Y tus súplicas, no produjeron efecto en el ánimo del Rey?

EL NIÑO: Ninguno. Con terrible dureza me ordenó que me retirase de su presencia, si no quería pasarlo mal...

EL CABALLERO (*viendo llegar al Rey*): Mira, por allí viene el Rey. Dame tu bolsa y espera, que a mí me ha de escuchar, pues me ha distinguido siempre entre los caballeros de la corte.

EL REY: ¡Hola!, por fin, he tenido la dicha de encontrarte...

EL CABALLERO: Yo sí que puedo llamar dichoso y hasta providencial este encuentro, Majestad, pues iba en vuestra busca, para interceder ante vos en favor de este pobre niño que aquí veis...

EL REY (*con violencia*): No debo ni quiero escucharte una palabra más... ¿Es que no sabes, por ventura, que yo puedo disponer a capricho, de las vidas y haciendas de todos mis súbditos?

EL CABALLERO: ¡No he de saberlo! Vuestro poder sobre la tierra y cuantos en ella habitamos, es ilimitado, Majestad; pero... este pobre niño, señor, no reclama su antigua propiedad, sino, que tan sólo, viene a pedirnos que le permitáis llevarse, en esta bolsa, un poco de esta tierra, que le es tan querida, y que desea conservar como recuerdo de días más dichosos... Eso es lo que os pide...

EL REY: ¡Ah, si no es más que eso, no me opongo!... (*El caballero se pone a llenar la bolsa*). De aquí a poco, amigo mío, ya nadie podrá reconocer estos parajes, pues he de levantar en ellos un magnífico palacio y se instalarán en toda su extensión espléndidos juegos de agua...

EL CABALLERO: Celebro vuestros grandiosos proyectos, Majestad... (*Pausa*). Bien, ya tiene el huérfano su bolsa llena de tierra... ¿Querriáis, ahora, concederme una segunda gracia, tan insignificante como la primera?

EL REY: Concedida...

EL CABALLERO: ¡Ah, Dios os premie tanta bondad, señor! Deseaba, solamente, que me ayudaseis a cargar en mis hombros esta bolsa...

EL REY: Para labores tan ruines se han hecho las manos de los esclavos, no las de los Reyes.

EL CABALLERO: Sin embargo, señor, los Reyes no pueden faltar a su palabra, y yo tengo la vuestra.

EL REY: Insensato... ¿no comprendes que yo no estoy habituado a soportar esas fatigas? Una carga como ésa, es demasiado pesada para mis fuerzas...

EL CABALLERO: ¿Demasiado pesada una simple bolsa de tierra? ¡Oh, señor!, ¿y no pensáis en el día en que os tocará presentaros ante Dios llevando, sobre vuestro espíritu, cargas mucho mayores que ésta? Aquí abajo, vos sois dueño absoluto; la vida de vuestros súbditos está en vuestras manos; con sólo una palabra precipitáis en la ruina y en la muerte, a millares de hombres, pero, un día, seréis llamado por Dios, y él os pedirá cuenta de vuestros caprichos, de vuestras injusticias, de vuestras maldades...

EL REY: ¡Calla! ¡Calla! Te doy las gracias por haberme hecho comprender mi verdadera misión en la tierra... Dile a ese niño que vuelve a ser dueño de cuanto, en mala hora y cegado por mi soberbia, le arrebaté. Y, en cuanto a ti, óyeme: Quiero recompensarte generosamente. De hoy en adelante, serás mi consejero.

EL CABALLERO: ¡Oh, señor, vuestra generosidad me abruma!...

EL REY: Los Reyes necesitamos tener a nuestro lado, hombres como tú, que con su leal consejo nos guíen siempre por el recto camino de la justicia.

TELON

# Promesa cumplida<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL PADRE.

ALEJANDRO, *niño de 12 años.*

NICOLÁS, *niño de 10 años.*

LEÓN, *niño de 8 años.*

DECORACIÓN: *Una sala modestamente amueblada.*

NICOLÁS: León, porque es más chico, y Alejandro, porque es mayor, siempre tienen más suerte que yo...

EL PADRE: No, hijo. No es que tengan más suerte, sino que, como proceden con más calma que tú... (*El niño hace un gesto de impaciencia*). Vamos, reprime esos arrebatos, Nicolás. Tú obras casi siempre sin reflexionar suficientemente y, el que procede así, por fuerza tiene que hacerlo todo con torpeza... ¿Por qué no obras como tus hermanos?... Si todo lo echas a rodar, es natural que fracases. Prométeme que tratarás de enmendarte...

NICOLÁS: Sí, papá, te lo prometo...

EL PADRE: Bien... Ahora, haz pasar a tus hermanos. (*Nicolás abre la puerta y deja pasar a Alejandro y León*).

---

(1) De una parábola anónima.

ALEJANDRO y LEÓN: Buenas tardes, papá.

EL PADRE: Buenas tardes, hijos. Os he reunido a los tres aquí, para que me digáis qué suerte han corrido los carozos de damasco que os entregué ayer.

ALEJANDRO: Yo planté el mío en la huerta y gracias a mis cuidados, el humilde carozo llegará a convertirse en espléndido árbol.

EL PADRE: Si siempre obras con tanta previsión como en este caso, llegarás, sin duda, a ser hombre de fortuna... Y tú, León, ¿qué has hecho con el tuyo?

LEÓN: Yo lo partí, para ver qué tenía adentro...

EL PADRE: Tú eres amigo de investigarlo todo y, si persistes en ello cuando seas hombre, quizá consigas descubrir alguno de los secretos que la ciencia busca... Y tú, Nicolás, ¿qué hiciste con tu carozo?

NICOLÁS: Lo perdí, papá...

EL PADRE: ¿Lo perdiste o lo tiraste?

NICOLÁS: Sí, lo tiré...

EL PADRE: ¿No acabas de prometerme que tratarás de enmendarte?

NICOLÁS: ¿Me perdonas, papá?

EL PADRE: Sí, te perdono... (*Pausa*). Ahora tomad estas peras. He traído una para cada uno de vosotros.

ALEJANDRO: Gracias, papá; yo vendré a buscarla más tarde porque en este momento no me apetece. Estoy satisfecho.

EL PADRE: Una vez más has demostrado que eres previsor, Alejandro.

LEÓN: Yo, papá, tendré gusto en compartirla contigo y, al ir cortándola, te diré cómo están constituídos los frutos, pues me lo acaban de enseñar en la escuela...

EL PADRE: Tu corazón, hijo mío, vale tanto como tu cerebro... Y tú, Nicolás, ¿qué piensas hacer con tu pera?

NICOLÁS: Yo, papá, si tú me lo permites, iré a llevársela a nuestro vecino, que está enfermo...

EL PADRE: ¡Cuánto me complace oírte, Nicolás! Veo que has sabido escucharme y que empiezas a cumplir tu promesa... (*Lo abraza*).

NICOLÁS: ¡Ah, papá, qué feliz soy, ahora que me quieres tanto como a mis hermanos!...

TELON

# Los tres viajeros<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

VIAJERO 1º.

VIAJERO 2º.

VIAJERO 3º.

DECORACIÓN: *Un camino sin árboles.*

VIAJERO 1º (*viendo aparecer a Viajero 2º, quien trae una vasija*): El cielo te envía en mi ayuda... Préstame esa vasija, buen hombre, para que pueda cocer este puñado de arroz.

VIAJERO 2º: También Dios se ha compadecido de mí haciendo que te encuentre cuando estaba a punto de arrojar este cacharro, pues ayer agoté mis últimas provisiones.

VIAJERO 1º: ¿Consientes en prestarme tu vasija para que pueda cocer mi arroz?

VIAJERO 2º: Sí, te la presto y, si quieres, iré hasta aquel manantial a buscar el agua que necesitas para cocerlo.

VIAJERO 1º: ¡Ya que eres tan amable, acepto tu nuevo servicio! Ve y, entre tanto, yo buscaré leña para encender el fuego.

---

(1) De una parábola anónima.

VIAJERO 2º: Al momento. (*Desaparece en busca del agua, mientras el Viajero 1º procura algunas pajuelas único e insuficiente combustible que tiene a mano*).

VIAJERO 1º (*viendo reaparecer al Viajero 2º*): Mira, éste es todo el combustible que he podido hallar y con él no me será posible cocer el arroz...

VIAJERO 2º: No te aflijas, que aquí trae este amigo leña suficiente...

VIAJERO 1º (*a Viajero 3º que llega trayendo un haz de leña*): ¡Dios no abandona jamás a sus criaturas!...

VIAJERO 3º: Muchas veces estuve tentado de dejar caer en la arena esta pesada e inútil carga, però al llegar al manantial, este hombre me indicó que a ti te hacía falta...

VIAJERO 1º: ¡Me la cedés?

VIAJERO 3º: Te la cedo y te la partiré.

VIAJERO 2º: Yo prepararé el fuego y tú ve disponiendo el arroz.

VIAJERO 1º: Mirad, ¡qué arroz! El mercader que me lo vendió decía de estos granos de arroz que más bien parecían menudas perlas.

VIAJERO 2º: Felizmente para nosotros, no son preciosas y duras perlas sino tiernos y sabrosos granos de arroz...

VIAJERO 3º: ¡Delicioso manjar!

VIAJERO 2º: ¡Exquisito! ¡Exquisito!

VIAJERO 3º: Echaré un buen sueño, luego que haya comido la parte que me corresponde en el reparto...

VIAJERO 2º: Lo mismo estaba pensando...

VIAJERO 1º: Pues pensabais muy mal, porque el arroz es mío y no recuerdo que os haya invitado a participar de él.

VIAJERO 2º: No niego que el arroz es de tu propiedad, pero como yo te he prestado la vasija para cocerlo, creo que...

VIAJERO 1º: La cacerola es tuya, no lo niego, y he de devolvértela en cuanto el arroz se haya cocido.

VIAJERO 3º: Su cacerola podrás devolvérsela en cuanto la desocupes, pero, ¿cómo te las arreglarás para devolverme mi leña?

VIAJERO 1º: Tú mismo te libraste de ella y me la cediste, diciendo que estabas cansado de llevar tanta carga inútil. Además, si las quieres, podrás llevarte las cenizas.

VIAJERO 3º: Mi leña no se convertirá en cenizas solamente, sino también en el apetitoso olorcillo que exhalará el arroz al cocerse.

VIAJERO 1º: Pues, si no quieres perderlo, abre bien las narices mientras se cuece...

VIAJERO 2º: Devuélveme mi vasija...

VIAJERO 1º: Te he dicho que te la devolveré cuando esté lista mi comida...

VIAJERO 3º: Escucha: Tú tienes derechos sobre el arroz, este amigo los tiene sobre la vasija y yo sobre la leña, pero olvidamos a otro que también tiene derechos y muy importantes, los más importantes quizás...

VIAJERO 1º: ¿Quién es ése?

VIAJERO 3º: Dios, que nos dió el agua del manantial, sin la cual no podrías cocer tu arroz, ¡ni aunque contaras con todas las vasijas y toda la leña del mundo!...

VIAJERO 1º: Es verdad...

VIAJERO 3º: Ya ves... Sin embargo, Dios no reclama ninguna parte de tu mísero puñado de arroz...

VIAJERO 2º: Repartámoslo amigablemente, ya que todos hemos contribuído a cocerlo...

VIAJERO 1º: Perdonadme, hermanos...

VIAJERO 2º: ¡Bah, no hablemos más de eso!

VIAJERO 3º: ¡No digas tonterías!

VIAJERO 1º: Digo, que me perdonéis si el arroz resulta desabrido...

VIAJERO 2º: ¿Qué, no has traído sal? (*A la señal negativa del Viajero 1º*). ¡Qué lastima!

VIAJERO 3º: Lo comeremos sin sal... Y apresurémonos, no sea que aparezca por estas soledades algún nuevo viajero trayendo la sal que nos falta...

VIAJERO 1º: ¡Ojalá!

VIAJERO 3º: ¡Insensato!, ¿no comprendes que, entonces, nos tocaría menos arroz a cada uno? (*Risas*).

TELON



INÉS: Papá: sólo quiero una  
cuna, un armario de luna  
y una alfombra...

JUAN (*irónico*): ¡O dos...!

LEONOR (*lo mismo*): ¡O tres! (*Risas*).

JUAN: Pues yo, papito, yo quiero:  
sólo un fusil, un cañón,  
una pistola, un bastón,  
un sable, un cinto de cuero,  
una lanza, una bandera,  
una coraza, una gola,  
alguna caramañola,  
un kepí, una cartuchera...

INÉS: ¡Nada pide!...

PADRE: ¡No está mal!...

INÉS: Tú te asustabas de mí  
y has pedido para ti  
casi todo un arsenal!

PADRE: ¡Y, tú, querida Leonor?

LEONOR: Pues yo quiero, únicamente,  
una lámpara, una fuente,  
muebles para el comedor,  
dos cuadros, cuatro cortinas,  
dos sartenes, un brasero,  
dos candiles, un plumero,  
y un gallo con sus gallinas.  
Un ratón de cuerda, un gato,  
un...

PADRE: ¡Basta ya! ¡Y Margarita?  
¡Por qué callas, mi chiquita?

INÉS: Déjala que piense un rato...

JUAN: ¡Bah, si de todas maneras  
no va a saber qué pedir!...

LEONOR: ¡Es incapaz de elegir!...

MARGARITA: Yo papá, lo que tú quieras...

PADRE: ¡Pide también, alma mía,  
que yo llenaré tus manos!...

MARGARITA: Ya pidieron mis hermanos  
toda una juguetería.

PADRE: ¡Y no quieres nada?

MARGARITA: ¡No!

PADRE: Algo pide.

MARGARITA: Y, si estás pobre,  
lo que dejen, lo que sobre:  
¡eso me lo llevo yo!

PADRE: ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!  
Sé siempre así Margarita;  
bondadosa, resignada;  
ninguna ambición alientes:  
acepta pobres presentes,  
pero, ¡nunca pidas nada!

TELON

## XVI.

# El zorro sin cola<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

EL ZORRITO.

EL ZORRO SIN COLA.

EL GUARDIÁN DEL JARDÍN ZOOLOGICO.

### PROLOGO

DECORACIÓN: *Telón corto en primer término, con puerta al foro y echado sobre ésta un tapiz incaico.*

EL GUARDIÁN (*apareciendo por la puerta indicada*): Señores: Encerrado en un estrecho cajón nos llegó un día de regalo un Zorro. Desclavada la tapa de su encierro, lo soltamos en la jaula donde tenemos a los de su raza en el Zoo. Todos lo vieron y los otros Zorros también: al recién llegado le faltaba la cola. Los niños se reían, gritando: ¡Un Zorro sin cola!... ¡Un Zorro sin cola!... Y los Zorros, por su parte, después de haberlo olfateado un rato con el hocico en el aire, lo dejaron solo en un rincón de la jaula. Claro, lo despreciaron: Un Zorro puede perder el pelo, puede perder la vergüenza, pero no puede ni debe perder la cola... En ese día el pobre forastero no probó ni agua; pero, al día siguiente,

---

(1) De una fábula de Clemente Onelli.

un alegre Zorrito se le acercó y jugando lo llevó hasta el bebedero. ¡Qué sed tenía! ¡Y qué hambre también! ¡Pero, al fin, el pobre Zorro sin cola había encontrado un amigo! Y ahora el cachorro y el rabón son inseparables, tan inseparables, que, cuando el señor Onelli me dijo que trajera hasta aquí el Zorro sin cola, para que ustedes lo conocieran, tuve que cargar con el Zorrito también. Antes de retirarme debo advertirles que, como los animales del tiempo de Esopo, estos dos pensionistas del Jardín Zoológico, tienen el don de la palabra y en seguida van a hacer uso de ella con más gracia que yo seguramente. He dicho. (*Desaparece por donde vino*).

## MUTACION

*Una jaula del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Se ve al Zorro sin cola y a su «colega» a través de un alambre tejido de ancha trama.*

ZORRITO: Pero, ¿cómo usted tan grandote y tan fuerte, ha caído en manos del hombre?

RABÓN: Pues más o menos como habrá caído usted, compadre.

ZORRITO: Yo no he caído; ¿no ve que yo me desperté un día dentro de esta jaula? Por consiguiente no conozco la vida del campo. ¿Por qué no me cuenta su historia?

RABÓN: ¡Quizá no tenga interés!

ZORRITO: ¡Cómo no, amigo! Empiece que ya me muerdo de curiosidad...

RABÓN: Ahí va, pues: Yo tenía un hermanito bastante parecido a usted. Entonces vivíamos en una casa muy linda y profunda en la base de un ombú. Un día que mi madre había salido a cazar, nos dimos una vueltita alrededor de la casa, y en cuanto ella volvió, tomándonos en la boca nos metió en seguida en cama. Pero una semana después ella misma nos hizo salir afuera para que retozásemos a nuestro gusto. El ombú tenía sobre el suelo unas montañas...

ZORRITO: Serían las raíces...

RABÓN: Serían o no serían: la verdad es que nosotros nos trepábamos a esas montañas...

ZORRITO (*corrigiendo*): Raíces...

RABÓN: Bueno... a esas raíces, y jugando caíamos al suelo hasta cerca de nuestra madre que, echada, miraba a todas partes. Pero, de pronto nos hizo esconder corriendo. Al rato oímos raspar la tierra y después en la misma puerta de nuestra casita, resonó un fuerte olfateo y estallaron unos gritos terribles.

ZORRITO: ¿Y qué era?

RABÓN: Madre nos dijo que era un perro...

ZORRITO: ¿Y entró?

RABÓN: ¿Cómo iba a entrar? La puerta era muy chiquita: como que estaba hecha expresamente para que no pudieran entrar los perros que, aunque son nuestros parientes, hace tiempo que se han vendido a los hombres. En fin... Madre salió una mañana y no volvió nunca más. La llamamos largo rato pero no contestó a nuestros gritos. A la mañana siguiente salimos a cazar y tras de una mata de pasto mi hermano encontró...

ZORRITO: ¡El cadáver de su mamá?

RABÓN: No, amigo: mi hermano encontró una torcaz...

ZORRITO (*decepcionado*): ¡Ah!

RABÓN: La cazó y como no me la quiso dar se la quité, nos peleamos y esa noche ya no volvimos al ombú. Caminé toda la noche y cuando quise almorzar no encontré más que una osamenta vieja y reseca, perdida en medio del campo. Me encaramé sobre ella para tratar de orientarme: el ombú ni se veía... Muy lejos divisé un bulto alrededor del cual se reunían los caranchos y ya ha de saber usted que estos pájaros son amigos nuestros y enseñan donde hay comida. Ya enderezaba para allí cuando oí temblar el suelo por efecto de un galope...

ZORRITO: No ganaba para sustos, compadre...

RABÓN: Apenas tuve tiempo de esconderme en una vizcachera... Dos perros que me habían visto entrar vinieron a desafiarme para que saliese.

ZORRITO: ¡La gracia: dos contra uno!

RABÓN: Pero, felizmente, el patrón los llamó y hasta creo que oí el chasquido del cabestro con que los castigaba. A la noche, cuando todo era silencio, me dirigí adonde viera a los caranchos...

ZORRITO: ¡Y ahí fué la suya?...

RABÓN: ¡Qué había de ser!... Aquellos buenos amigos se lo habían comido todo. Me hubiera muerto de hambre quizás si unos teros que me oyeron venir no hubieran gritado. ¡Y, qué ricos son los huevos de tero! Usted nunca los probó, así que no sabe lo que es bueno...

Me comí cuatro que había y me hice cama mullida desparramando las pajas de ese nido.

ZORRITO: ¡Alguna vez en la vida!...

RABÓN: Una noche llegué a un arroyuelo: enfrente brillaban alguna luces. Era una casa del hombre, como diría mi madre, en donde hay mucha comida pero muchísimo peligro. Olfateé largo rato; allí sólo había un perro que gritaba. Cuando todo fué silencio, me acerqué con prudencia y el perro que me oyó, se desgañitó ladrando pero no se movió... Estaba con cadena.

ZORRITO: ¡Qué suerte!...

RABÓN: Di una vuelta larga para que no me viera y entré sigilosamente en una pieza muy tibia y de donde salía un olor apetitoso...

ZORRITO: ¿Y? ¿Se hartó?

RABÓN: ¿De qué? Allí sólo había el olor... Encontré un hueso grande, blanco, desnudo, duro y desabrido como una piedra. Salí tristón pero recordé al punto que en la puerta había despreciado cierto bulto que ahora fui a hurguetear impaciente: era un recado y del bozal, muy duro y reseco, colgaba una magnífica manea fresquita y recién sobada...

ZORRITO: ¿Qué bocado, eh?

RABÓN: ¿Qué bocado? ¿No le estoy diciendo que era una manea?

ZORRITO: Quise decir: ¡Qué cenita!

RABÓN: Disculpe: no le había entendido. Efectivamente fué la pobre cena de esa noche; pero había sido tan dura, que no conseguí comerla toda y volví a la no-

che siguiente... Mientras trabajaba en ablandar el botón, resonó detrás de mí un ruido seco y me encontré con la cola prendida entre unos dientes de fierro...

ZORRITO: ¿Entre unos dientes de perro?

RABÓN: ¡Entre unos dientes de fierro, señor: unos dientes de fierro!...

ZORRITO: ¡No le había oído bien!...

RABÓN: ¡Qué angustias, amiguito! ¡Y qué dolores! Pasé horas infernales y ya se aclaraba el cielo... sin que yo pudiera largarme. Mi linda cola, que yo tanto pensaba lucir, me martirizaba y me detenía como una cadena. No había tiempo que perder, rápidamente me di vuelta, mordí con rabia mi cola y quedé libre...

ZORRITO: ¿Usted mismo la cortó?

RABÓN: ¡Pero amigo, sabe que había sido flojo! ¡No hay que ponerse pálido por eso!...

ZORRITO (*disimulando su horror*): ¡Si no es que me ponga pálido!... Usted, a lo que parece, no se ha fijado todavía que yo soy Zorro plateado...

RABÓN: Si lo he ofendido disculpe...

ZORRITO: No hay de qué... ¿Sabe que debe ser terrible despojarse de la cola? Yo sentiría mucho perderla...

RABÓN: Pues yo no sólo perdí la cola sino también mucha sangre hasta encontrar una cueva para esconderme, pero, ¡figúrese!, no les fué difícil dar conmigo: y allí vinieron a sacarme con palas y picos. Yo me les hice el muerto, pues madre decía que con esa estratagema muchos de los nuestros han conseguido escaparse, pero a mí

no me valió. Por ahí salió un comedido diciendo: « No se descuiden, que Don Juan se les hace el muerto y no lo está ». Después me encerraron en un cajón que despedía un olor horrible: el mismo de ciertas luces que usan los hombres. Estuve allí adentro largas horas; oí silbidos, bufidos, ruido de hierros, hasta que, por fin, me encontré aquí junto a tantos compañeros de desgracia.

ZORRITO: ¿Sabe que es triste su historia?

RABÓN: Y mi vida actual todavía es más triste...

ZORRITO: Claro, para el que gozó de la libertad es triste estar encerrado.

RABÓN: No es el encierro lo que me entristece más, sin embargo...

ZORRITO: ¿Cuál es entonces la causa de su tristeza, compadre?

RABÓN: Que mis compañeros me miren en menos porque no tengo cola... ¡Vaya una situación para hacerse los orgullosos...!

TELON

Los diamantes<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL REY.

EL MINISTRO.

SABIO 1º.

SABIO 2º.

SABIO 3º.

SABIO 4º.

DECORACIÓN: *Una sala. El rey en su trono.*

EL MINISTRO: Majestad: Estos, que veis aquí, son los cuatro sabios más ilustres del reino.

EL REY: Os he reunido a los cuatro para que me digáis, con ruda franqueza, cuál es la opinión que os merecen mi poder y mi gloria. Si como espero, vuestras respuestas me satisfacen, mandaré que os entreguen un magnífico diamante a cada uno.

EL MINISTRO (*a Sabio 1º*): Hablad...

SABIO 1º: Yo, señor, me reputo feliz por el sólo hecho de vivir bajo vuestro reinado, y os anuncio que estoy escribiendo la crónica de vuestra vida para que los futuros historiadores puedan documentarse con exactitud sobre vuestra actuación.

---

(1) De una parábola anónima.

EL REY (*al ministro*): Entrégale su diamante.

SABIO 1º (*recibiéndolo*): ¡Oh, gracias, señor!...

EL MINISTRO (*a Sabio 2º*): Ha llegado vuestro turno.

SABIO 2º: Por mi parte, Majestad, he dedicado mi vida a demostrar, por medio de minuciosas estadísticas, que el alto grado de progreso alcanzado por nuestro pueblo, se os debe a vos exclusivamente, pues veláis por su felicidad como un padre vela por la de sus hijos...

EL REY (*al ministro*): Dale su recompensa...

SABIO 2º (*recibiendo el diamante*): ¡Señor, no encuentro palabras para expresaros mi profunda gratitud!

EL MINISTRO (*a Sabio 3º*): Ahora, hablad vos.

SABIO 3º: Estoy anonadado ante vos, señor, tanta grandeza hay en vuestra personalidad; aunque conozco hasta en sus menores detalles la vida y las obras de vuestros antecesores, no he hallado uno sólo entre los antiguos monarcas, que pueda igualaros. En vos están resumidas las virtudes de todos y, además, estáis libre de cuantos defectos tuvieron ellos.

EL REY (*al ministro*): Hazle entrega del diamante que le corresponde.

SABIO 3º (*recibiéndolo*): Eternamente os estaré agradecido, Majestad.

EL MINISTRO (*al Sabio 4º que permanece en silencio y algo retirado*): ¡Y vos? ¡No sabéis que el Rey no está habituado a aguardar?

EL REY: Dime ya qué piensas de mi poder y de mi gloria...

SABIO 4º: Yo, señor, pienso que, como ese poder os ha sido confiado por Dios para que aseguréis la felicidad de vuestros súbditos, él os castigará si no supieseis cumplir con vuestro deber. Y, en cuanto a vuestra gloria, pienso que será efímera si creéis que ella consiste en el brillo de vuestros vestidos, de vuestras mansiones o de vuestros ejércitos, pues la gloria efectiva no es nada más que la confirmación pública de nuestros méritos.

EL REY: La valiente sinceridad con que me has hablado merece más alta recompensa que un diamante, así, pues, te daré algo que vale más que todos los diamantes de mi reino: mi confianza y mi amistad. De hoy en adelante, vivirás en palacio y serás mi consejero. (*A los Sabios 1º, 2º y 3º*). Y vosotros, que me habéis adulado innoblemente, retiraos. (*Viendo que los Sabios 1º, 2º y 3º, intentan devolver al ministro los diamantes respectivos*). No, no... Podéis llevaros los diamantes, pues son falsos.

SABIOS 1º, 2º y 3º: ¿Falsos?

EL REY: Sí, tan falsos como vosotros.

TELON

Andresito<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

LA MADRE.

ANDRESITO, *niño de 7 años.*ADOLFO, *niño de 9 años.*GUILLERMO, *niño de 11 años.*DECORACIÓN: *La escena en un comedor bien amueblado.*

LA MADRE (*sirviendo el desayuno a sus tres hijos que engullen en silencio*): ¿Tiene bastante azúcar, Andresito?

ANDRESITO: Sí, mamá. ¡Está más rico hoy el café con leche!

ADOLFO (*a Andresito*): ¿Todavía no te has lustrado los zapatos?... ¡Otra vez vamos a llegar tarde por tu culpa!

GUILLERMO: Yo no lo esperaré...

LA MADRE: Vamos, Guillermo, ¿por qué no has de esperar a tu hermanito?

GUILLERMO: ¿Pero, no ves? Si no piensa concluir nunca... Y después se pasará media hora lustrándose los botines...

---

(1) De un cuento de Rafael Ruiz López.

ADOLFO (*que ya prepara sus útiles*): ¡Apúrate, Andresito...!

ANDRESITO (*con mucha cachaza, echándose más sopas en la taza*): ¡Déjame tranquilo...!

GUILLERMO: Más sopas todavía... ¡Yo me voy! (*Dispone sus útiles*).

ANDRESITO (*que ya no puede tragar más*): ¡Ya me han hecho doler la cabeza, también...!

LA MADRE: Bueno, come, hijo mío, come: No es cosa de enfermarte por tan poco...

ANDRESITO: Si es que me aturden, mamá: No me siento bien esta mañana...

LA MADRE: ¿Pero, no estabas tan contento recién?

ANDRESITO: Sí, sí... pero ahora estos dos...

ADOLFO: ¡Cállate: lo que tú necesitabas era un pretexto para no ir a la escuela y ya lo has encontrado!

ANDRESITO (*fingiendo pucheros*): ¡Ay, mamita, mamita...!

GUILLERMO: Si no tiene nada: ¡Ni lágrimas, siquiera...!

ADOLFO: No quiere ir a la escuela porque no ha hecho los deberes...

LA MADRE: ¡Cállense ustedes! Ven aquí, Andresito. Te pondré el termómetro y... (*Lo busca en un cajón*).

GUILLERMO: Pero, mamá: ¡que se hace tarde...!

ANDRESITO (*enérgico*): Y, bueno... ¡Váyanse!

ADOLFO: Mírenlo al enfermo... ¡Qué gritos da!

GUILLERMO: Está tan sano como nosotros. No te asustes, mamita. Hace un momento deseaba que lloviera pero, desgraciadamente, para que se descomponga un día tan lindo se necesitaría que Dios hiciera un milagro muy grande, y Dios no puede hacer milagros para complacer a los Andresitos que no quieren ir a la escuela.

LA MADRE: ¡Cállate, charlatán, pareces un abogado...! ¿No ves que tiene carita de enfermo...?

ADOLFO: Lo que tiene es carita de rabonero...

LA MADRE: ¡Pero, dónde he puesto el termómetro?

ADOLFO (*sorprendiendo a Andresito que hace muecas de alegría*): ¡Míralo, míralo cómo se ríe a tus espaldas...!

ANDRESITO: Pero, ¡qué mentira más grande, mamita: para reírme estoy yo...!

ADOLFO: Si lo vas a mandar, mándalo ya mamá: se hace muy tarde...

LA MADRE: Bien; idos vosotros: Decid al maestro de mi parte, que Andresito no va esta mañana porque está un poco enfermo...

ADOLFO: ¡Y si pregunta qué tiene?

LA MADRE: ¡Pero, chico...! Que Dios quiera que no sea nada, pero que le duele la cabeza...

ANDRESITO: Mucho, mamita, mucho...

GUILLERMO Y ADOLFO (*besando a la madre*): Hasta luego, mamita.

LA MADRE: Que seáis buenos, ¿eh?

ADOLFO: ¡Que te mejores, rabonerito...! (*Desaparece*).

GUILLERMO (*siguiéndole*): Adiós... enfermo imaginario...

ANDRESITO: Míralos, mamita...

LA MADRE: ¡Ah, cachafaces...! ¿Y se siente mal todavía mi hijito?

ANDRESITO (*acariciándose la frente*): ¡Aquí sigue el dolor!

LA MADRE: Con un poquito de descanso pasará, ¿eh? Quédese echadito aquí, a ver si se le pasa, mi hijito, que creo que está llorando la nena. (*La madre desaparece, Andresito la espía y luego vuelve al centro de la escena y baila de contento para adoptar su actitud compungida de hace poco en cuanto la madre se presenta*).

ANDRESITO (*tocándose la frente*): ¡Ah!...

LA MADRE: ¿Cómo te sientes, querido?

ANDRESITO: Algo mejor, mamá.

LA MADRE (*sonriendo*): ¿Y ahora no deseas que llueva?

ANDRESITO: Y, ahora ¿para qué va a llover?

LA MADRE: ¡Ah, pícaro, pícaro...! En fin, aunque mi niño pierda la escuela yo soy feliz viéndolo sanito y alegre...

ANDRESITO: Todavía no estoy bien del todo, mamá.

LA MADRE: Pero te vas a componer en seguida, ¿verdad?

ANDRESITO: Creo que sí. Los chicos ya habrán entrado a clase, ¿no?

LA MADRE: Sí, ya no te recibirían en clase.

ANDRESITO (*palmorea*): ¡Ah!

LA MADRE: ¿Qué es eso, Andresito?

ANDRESITO: Nada, mamita: hice así (*palmorea*) para espantar una mosca...

LA MADRE: ¡Ah, yo había creído otra cosa!... ¿Y, ahora vas a ser muy bueno, muy bueno?... ¿Vas a entretenerme a la nena mientras yo arreglo la casa?...

ANDRESITO (*con un gran suspiro*): Ay, mamita: ¡qué bien estaríamos si no tuviésemos esa mocosa!

LA MADRE: ¿Cómo?... ¿Así tratas a tu hermanita?

ANDRESITO: Es que yo no comprendo por qué has de querer tanto a esa nena que no habla, ni anda, ni sabe hacer nada ni sirve más que para estorbar...

LA MADRE: ¿Que estorba, dices?

ANDRESITO: Y mucho, mamá: a lo mejor tú me estás contando uno de esos lindos cuentos que sabes, y en lo más interesante, tu niña empieza a lloriquear y tú por atenderla me dejas a mí con la boca abierta...

LA MADRE: ¿Será por eso, entonces, que cuando está sola contigo siempre tiene que llorar?

ANDRESITO: Pero no, mamita, ¡no! Si yo nunca le hago nada. Es que es tonta, rematadamente tonta. Por ejemplo: Yo le tiro la pelota con mucho cuidado pero ella se asusta y, en vez de recogerla, grita como si fuesen a matarla. ¡Yo no sé por qué has traído una niña tan torpe que ni sabe jugar!...

LA MADRE: Es que tú no sabes enseñarle...

ANDRESITO (*algo impaciente*): Y ¡dale! Pero, ¡señor! Si esa criatura no comprende nada. ¿Ayer no le rompíó la cabeza a la muñeca? Yo la reté. ¿Cómo no la iba a retar? ¡Romper una muñeca tan linda!... La reté diciéndole que había hecho una picardía y la mocosa no hacía más que reírse y reírse como si aquello tuviese mucha gracia...

LA MADRE: ¡Vamos, Andresito, no te enfades!... ¿Qué sabe la pobre? ¡Es tan chiquita!...

ANDRESITO: ¿Qué sabe, dices? ¡Ya se lo diría yo! Si le dieras unos azotes bien dados, ya sabría para otra vez...

LA MADRE: ¿Quieres que le dé unos azotes? ¡Pobrecita mía!...

ANDRESITO: ¡Ay, mamá! ¡Cómo te engañaron cuando te vendieron esa niña! ¡Llora cuando debe reírse y ríe cuando debe llorar!... Es torpe y tonta, enteramente tonta. (*Le falta poco para llorar*). Y no sé por qué la quieres tanto y la tienes horas y horas en brazos y la acuestas siempre contigo y a mí me dejas solo en mi camita... (*Se ha ido acurrucando en el regazo de la madre*).

LA MADRE: ¡Pobre Andresito! ¿Estás celoso de la nena que ha venido a robarte mimos y cuidados? Tienes que quererla mucho; es tu hermanita. Ya verás como pronto no será tan torpe y te querrá con delirio y jugará a todo y será tu mejor compañera...

ANDRESITO: Y dormiré en su camita aparte, ¿verdad?

LIA MADRE: Y ¡claro! Y esta noche, cuando esté dormidita, yo iré y me acostaré en tu cama y te tendré así acurrucadito, como antes. ¡Pero, señor, si yo quiero a mi Andresito más que a todo en el mundo! Y cuando mi niña sea grande, pronto, muy pronto, lo voy a tener siempre en brazos y va a dormir conmigo en la cama grande todas las noches, ¡todas las noches! ¡Así! ¡Así! (*Y lo acuna en sus brazos*).

ANDRESITO (*sintiendo una felicidad que no es de este mundo y en un suspiro infinito también*): ¡Ay, mamá, mamá! ¡Dime otra vez todo eso!

TELON

Los trabajadores<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

LA REINA.

EL LABRIEGO.

EL HERRERO.

EL PESCADOR.

EL MINERO.

DECORACIÓN: *Una montaña que se yergue a la orilla del mar. En la ladera un viñedo; en la base la boca de la mina. Al foro una barca. En primer término varias chozas, en una de las cuales arde la fragua.*

*Al levantarse el telón están en escena el Herrero moldeando un hierro, el Labriego afilando su azada, el Pescador pintando su vieja barca y el Minero disponiendo su linterna para entrar en la mina.*

LA REINA (*entrando en escena y deteniéndose ante el Herrero que, al ser interpelado, abandona su tarea, como lo harán a su tiempo el Labriego, el Pescador y el Minero*):

¡Oh, Vulcano de brazos nervudos!,  
que sin tregua el martillo blandiendo,  
arrancas escalas y arrancas estrellas,  
a candentes barrotes de hierro:  
¿Qué trabajas con larga paciencia?  
¿Qué forjas con larga paciencia, maestro?

(1) De una composición de Carmen Sylva.

EL HERRERO: Este hierro será la tizona  
del hidalgo que manda al plebeyo;  
este hierro será la cuchilla  
que fulmine en combate soberbio;  
este hierro será de venganzas  
verdugo implacable, tenaz instrumento.

LA REINA: ¡Dios maldiga las armas que forjas!...  
pues ya es tiempo que sepas, Herrero,  
que en la entraña escondida del monte  
Dios quiso brindarnos tesoros de hierro  
para hacer a la tierra fecunda  
y ayudar nuestros rudos esfuerzos.

*(El Herrero quiebra el hierro y desaparece en el interior de la fragua. La Reina se adelanta hasta el Labriego):*

La sonrisa del justo en tu rostro  
resplandece, incansable Labriego,  
como brillan en tus herramientas  
desgastadas, los limpios aceros.  
¿Qué trabajas blandiendo la azada?

EL LABRIEGO *(señalándolo)*:

Cultivo las galas del rico viñedo  
y las vides me brindan su fruto  
que en licor espumante convierto,  
en licor que enloquece a los hombres,  
en licor que trastorna el cerebro,  
¡en licor que disipa las penas  
y engendra el olvido y ahuyenta el recuerdo!

LA REINA: ¡Viñador, abandona tus vides,  
deja ya ese maldito viñedo  
y cultiva otras vides que brinden

el vinillo que entona los cuerpos,  
el vinillo que da a los ancianos  
la fuerza que es vida y es don de los cielos!

*(El Labriego desaparece por el sendero de la montaña  
y a poco se ve incendiarse el viñedo. La Reina se dirige  
al Pescador):*

Contemplando tu barca vetusta,  
Pescador, me pregunto, y no acierto:  
¿De los dos quién será el más caduco,  
más pobre y más viejo, la barca o el dueño?  
¿Qué te impulsa a luchar con las olas,  
a ser el juguete del mar ancho y fiero?

EL PESCADOR: En mi barca, luchando sin tregua,  
yo domino los mares y el viento,  
y a las olas les robo las perlas  
y conquisto corales bermejos  
para gala y orgullo de hermosas  
que en flores y adornos compendian su anhelo.

LA REINA: ¡Oh, qué pena me inspiras, anciano,  
yo maldigo tus vanos empeños!  
Nunca busques corales ni perlas,  
busca peces del mar en el seno...  
¡Dios ha dado en los mares al hombre  
caudal soberano de vida y sustento!

*(El Pescador sale y la Reina habla al minero):*

De la mina en la boca del pozo,  
vengo a ti, ¡oh, esforzado Minero!,  
deseando saber por qué luchas...

EL MINERO: Yo, señora, trabajo y padezco  
porque tengan calor, luz y fuerza  
los seres felices que explotan mi cuerpo...

LA REINA: Ya comprendo que sientes cansancio  
trabajando en la mina, y comprendo  
que el rencor y la envidia te turban  
los ojos y el alma, la vida y el sueño...

EL MINERO: Te equivocas: pasmado y absorto  
tus palabras escucho... No siento  
ni rencores ni envidias, señora.  
Yo sé bien que, magnates y siervos,  
entre sombra, ignorancia y olvido,  
trabajamos tenaces y ciegos,  
sin saber el final de la lucha,  
sin saber del trabajo el objeto...  
Y así yo, al empuñar la herramienta  
y al romper el carbón duro y negro,  
como sé que mi esfuerzo es honrado  
no me aflijo al mirarme pequeño;  
cada golpe que doy a la mina  
en calor, luz y vida convierto;  
y por mí se destierran las sombras  
y la noche desgarrar sus velos.

LA REINA: Dices bien: el honesto trabajo,  
es sol de justicia que brilla en lo eterno.  
¡Nada hay grande ni bueno en la vida  
que no nazca en lo humilde y pequeño!  
Gota a gota se forman los mares,  
frase a frase se escriben los versos,  
grano a grano se yerguen los montes,  
copo a copo fabricase el lienzo  
que surgió fibra a fibra del tallo  
de un lino más rubio que el sol de los cielos.

De la débil semilla que el surco  
guarda avaro en los meses de invierno,  
brota luego la planta florida  
cual fragante y gentil pebetero,  
y la flor se hace fruto en verano  
y el fruto en otoño nos brinda sustento.  
Nada hay grande ni bueno en la vida  
que no nazca en lo humilde y pequeño;  
¡pero es triste mirar que la fuerza  
se revuelve cual potro sin freno,  
si la mano del bien no le indica  
la luz que en las sombras enciende lo eterno!

## TELON

Un ladrón<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

LA MADRE.

DON PEDRO.

LUIS, niño de 11 años.

## CUADRO PRIMERO

DECORACIÓN: *Una mísera habitación. Puerta única al foro. Dos camas, una mesa, una máquina de coser, sillas; sobre los muebles profusión de costuras. Es de noche.*

LUIS (*que sigilosamente entra en escena, al distinguir a su madre en la cama*): ¡Qué suerte! Mamá duerme... (*Va hacia la máquina, tira del cajoncito*).

LA MADRE (*que saltó del lecho, le aferra la mano*): ¡Por fin!

LUIS (*desesperado*): ¡Mamá!

LA MADRE (*cruelmente*): Así quería pescarte, ¡ladrón! (*Pausa*). ¡Ladrón! ¡Miserable! ¡Robar así a tu madre! ¡A tu madre que tanto se sacrifica por ti y por tus her-

---

(1) Original.

manitos! ¡Suelta ese dinero, canalla! (*Tintinean las moneditas al dar en el suelo*). ¡Con razón no alcanza para nada lo poco que yo gano matándome en la máquina de coser! ¡Al «señor» no le basta con matarme a disgustos faltando a la escuela, correteando el día entero por la calle y destrozándose la ropa! ¡No! ¡Además tiene que robarme! ¡Pero yo no soy tonta y te he pescado, canalla! (*El niño suspira*). Sí, eso es, hipócrita, ¡suspira! ¡No creas que vas a engañarme, ladronzuelo! ¡Robas el pan de tus hermanos, la sangre de tu madre! «Alguien se lleva el dinero», me decía yo y no me equivocaba. Era el «señor» el que me robaba... ¡Ladrón!

LUIS (*que no puede soportar más*): No, mamá, no, ladrón, ¡no!

LA MADRE (*fuera de sí, lo atrapa, lo castiga bárbaramente, y lo arroja en tierra*): ¡Calla, maldito, calla que te mato!

UNA VOZ A TRAVÉS DE LAS PAREDES: Eh, ¿qué pasa?

LA MADRE: ¡Nada! ¡Nada! ¡Qué ha de pasar!

LA VOZ: ¡A ver si dejan dormir, entonces!

LA MADRE: ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué habré hecho yo para merecer este castigo!

TELON

## CUADRO SEGUNDO

DECORACIÓN: *La misma. Es de noche.*

LA MADRE (*que trabaja en su máquina*): Hoy sí que no se presenta aquí hasta medianoche. Y eso, ¡si vuelve! Sí, porque un día de éstos no volverá más... ¡Irá a parar a la cárcel! Ahora ya ni se preocupa de hacerme creer que va a la escuela... ¿Para qué?... Andará por esas calles enredado con otros facinerosos... ¡Ah! si su madre viviera, muy otra cosa hubiera sido, sí... ¡Dios mío! ¿por qué dejas sin padres a los niños? (*Pausa*).

DON PEDRO (*apareciendo en el foro*): Buenas Noches.

LA MADRE: ¡Oh, Don Pedro, buenas noches!...

DON PEDRO: Disculpe que haya venido a esta hora, pero como no la encontré esta tarde...

LA MADRE: ¡Valiente! Es que hoy fuí al registro a entregar las costuras...

DON PEDRO: ¿Ya no las lleva Luis?

LA MADRE: ¡Qué esperanza!

DON PEDRO: ¿Con que sigue haciendo de las suyas, ese diablo?

LA MADRE: ¡Ay, señor, si ya no sé qué hacer con él! (*Pausa*). Me trae usted el recibo, ¿no es eso?

DON PEDRO: Sí, señora: aquí está.

LA MADRE: Tendrá usted que esperar que reuna el dinero, pues por temor a que me lo robe Luis, lo escondo en todos los rincones. Se ríe usted de mis escondrijos, ¿eh? Pues sí, cuando se ha criado un mal hijo hay que cuidar el dinero para no llevarse un triste chasco...

DON PEDRO: ¿También detrás de los cuadros guarda usted sus fondos?

LA MADRE: ¡También! Bueno: aquí tiene usted lo suyo.

DON PEDRO: Gracias. Y hasta mañana, señora. (*Desaparece*).

LA MADRE: Hasta mañana... (*Pausa*). ¡Caramba: no creía que hubiera tanto dinero en casa!... Claro: una trabaja y guarda algo... Gracias a que ese granuja de Luis no da con mis escondrijos, que si no, ¡pobre de mí!... ¡Todo me lo llevaría!... ¡Vaya! ¿Pues no se me ha roto la aguja? ¿Y ahora dónde encuentro yo una aguja? (*Saca el cajón de la máquina y lo vuelca*). Veamos en el alfilerero... ¡Ni una! Y ¿este papel metido aquí? ¡Toma! ¡Si es un billete de diez pesos! ¿Cómo he podido olvidar este dinero? ¡Qué raro es esto! ¿Cuándo he dispuesto yo de tanto? ¡Esto me pasa por no llevar cuenta de lo que guardo! ¿Y las agujas? ¿Dónde se habrán metido las endemoniadas agujas? ¡Ah!, aquí está una. ¡Buen pinchazo me ha dado la pícara! Pero, ¿qué es esto? ¿Pues no está prendida en un billete de cinco pesos? ¿De dónde puede provenir tanto dinero? Porque yo no los he puesto aquí estos cinco pesos!... ¿Alguien habrá querido darme esta grata sorpresa? Alguien, sí, ¿pero quién? ¿Alguna vecina?... Las vecinas entran aquí pero ninguna está en condiciones de hacer limosnas tan dispendiosas... ¡Pues no me da esto poco que pensar!... Y el caso es que en estos tiempos no me he visto tan apurada como de costumbre... El dinero ha sido suficiente para nuestras necesidades... No, no, aquí hay un misterio y yo tengo que aclararlo... ¿Quién puede traer dinero a esta casa? Pensaría en Luis si fuera un buen

hijo como lo era en vida de su padre, pero, ahora, ¡no hay ni qué pensarlo! Ese se lleva todo lo que puede y no piensa en ayudarme. Como que se presenta después de medianoche para sorprenderme durmiendo y tratar de robarme durante mi sueño. Ya se rompió también esta aguja. Apagaré la luz. *(Lo hace)*. Y esperaré vestida la vuelta de ese gandul... ¡Ya no puede tardar! Le echaré una reprimenda aunque bien sé que mis reproches no hacen mella en él... Aquí llega. *(Se ha acostado en su cama y finge dormir)*.

LUIS *(por el foro)*: ¡Mamá duerme!... *(Se dirige a la máquina y sin darle tiempo a abrir el cajón la madre que le ha visto sacar algo del bolsillo comprende)*.

LA MADRE: ¡Entrégame eso, Luis!

LUIS: ¡Mamá!

LA MADRE: ¿Cómo consigues tanto dinero, Luis?

LUIS: Trabajando, mamá: soy mensajero. Me dan muchas propinas... ¡No me obligues a volver a la escuela, mamá! ¡Yo quiero ayudarte!... ¡Siempre te he ayudado!...

LA MADRE: ¡Y yo te castigaba y te insultaba!...

LUIS: ¿Pero, me dejarás trabajar, mamá?

LA MADRE: Siempre, hijo mío, ¡trabajaremos juntos!

LUIS: ¡Qué buena eres mamá!

LA MADRE: Tú sí que eres bueno. ¡Mi hijo es un santo! ¡Es un santo, es un santo!

TELON

Velorio del Viejo Vizcacha<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL HIJO MAYOR DE MARTÍN FIERRO.

EL ALCALDE.

VECINO 1º.

VECINO 2º.

VECINO 3º.

VECINO 4º.

DECORACIÓN: *En último término « un rancho medio deshecho y una carreta podrida ». Algunos árboles.*

FIERRO (*que aparece en escena tomando mate en compañía del Alcalde y los cuatro vecinos*):

Cuando el viejo cayó enfermo  
viendo yo que se empiraba,  
y que esperanza no daba  
de mejorarse siquiera,  
le truje una culandrerera  
a ver si lo mejoraba.

En cuanto lo vió me dijo:  
« Este no aguanta el sogazo.  
Muy poco le doy de plazo,

(1) Del poema "Martín Fierro" por José Hernández.

nos va a dar un espectáculo  
porque debajo del brazo  
le ha salido un tabernáculo... »

VECINO 1º: ¡Tabernáculo!... ¡Qué bruto!  
Un tubérculo, dirás.

VECINO 2º: Estuvo oportuno el hombre.

VECINO 4º: Le pegó el grito hay nomás.

FIERRO: No sé si se dice así  
o de alguna otra manera...  
¡Tabernáculo, señor,  
le decía la culandrerita!

VECINO 1º: Allá va un nuevo bolazo,  
copo y se la gano en puerta:  
¡a las mujeres que curan  
se les llama curanderas!

ALCALDE: De nuevo se le apuntó  
dándole otro chaguarazo...

FIERRO: No es bueno, dice el refrán,  
muchas manos en un plato  
pero jamás me creí  
que estaba entre literatos.

VECINO 2º: Seguí, muchacho, contando  
la historia de tu tutor...

VECINO 3º: Sí, y pedile a este dotor  
que en tu concencia te deje  
pues siempre encuentra el que teje  
otro mejor tejedor.

FIERRO: Seguía enfermo, como digo,  
cada vez más emperrao.  
Yo estaba ya acobardao  
y lo espiaba dende lejos:  
era la boca del viejo  
la boca de un condenao...  
Nunca me le puse a tiro  
pues era de mala entraña,  
y viendo herejía tamaña,  
si alguna cosa le daba  
de lejos se la alcanzaba  
en la punta de una caña.  
Cuando ya no pudo hablar  
le até en la mano un cencerro...  
y al ver cercano su entierro  
arañando las paredes  
espiró allí entre los perros  
y este servidor de ustedes. (*Pausa*).

VECINO 2º: Dejaba ver por la facha  
que era medio cimarrón...

VECINO 4º: Y renegao...

VECINO 1º: Y ladrón...

VECINO 2º: Viejo lleno de camándulas  
con un empaque a lo toro...

ALCALDE: Andaba siempre en un moro  
metido no sé en qué enriedos...  
con las patas como loro  
de estribar entre los dedos...

FIERRO: Andaba rodiao de perros  
que era todo su placer,  
jamás dejó de tener  
menos de media docena.  
Mataba vacas ajenas  
para darles de comer.  
Carniábamos noche a noche  
alguna res en el pago;  
y dejando allí el resago  
alzaba en ancas el cuero,  
que se lo vendía al pulpero  
por yerba, tabaco y trago.

ALCALDE: ¡Ah, viejo más comerciante  
en mi vida no he encontrao!...

FIERRO: Con ese cuero robao  
él arreglaba el pastel,  
y allí entre el pulpero y él  
se estendía el certificaio...

VECINO 3º: La echaba de comedido;  
en las trasquilas, lo viera,  
se ponía como fiera  
si cortaban una oveja;  
pero de alzarse no deja  
un vellón o unas tijeras...

FIERRO: Una vez me dió una soba  
que me hizo pedir socorro  
porque lastimé a un cachorro,  
en el rancho de unas vascas...  
y al irse se alzó unas guascas...

ALCALDE: Para eso era como zorro.

FIERRO: ¡Ay, juna, dije entre mí,  
me has dao esa pesadumbre,  
ya verás cuando vislumbre  
una ocasión medio güena,  
te he de quitar la costumbre  
de cerdiar yeguas ajenas!  
Una tarde halló una punta  
de yeguas medio vichocas,  
después que voltió unas pocas  
las cerdiaba con empeño.  
Yo vide venir al dueño  
pero me callé la boca... (*Risas*).  
El hombre venía jurioso  
y nos cayó como un rayo.  
Se descolgó del caballo  
revoliando el arriador  
y lo cruzó de un lazazo  
hay nomás a mi tutor.

VECINO 1º: ¿Y atinaba don Vizcacha  
a qué lado disparar?

FIERRO: No, pero logró montar  
y de miedo del chicote  
se lo apretó hasta el cogote  
sin pararse a contestar.

VECINO 3º: Y, decí, ¿desde esa vez  
el viejo se curaría?...

FIERRO: No, señores: lo que hacía  
con más cuidao dende entonces,  
era maniarlas de día  
para cerdiarlas de noche... (*Pausa*).

Porque maté una vizcacha  
otra vez me reprendió.  
Se lo vine a contar yo  
y no bien se lo hube dicho:  
«Ni me nuembres ese dicho»  
me dijo, y se me enojó.  
Al verlo tan irritao  
hallé prudente callar.  
Este me va a castigar,  
dije entre mí, si se agravía.  
Ya vi que les tenía rabia  
y no las volví a nombrar.

VECINO 1º: ¿Y cómo fué que el juez  
nombró al viejo tu tutor?

FIERRO: Me dijo que era un señor  
el que me debía cuidar,  
enseñarme a trabajar  
y darme la educación.

ALCALDE: Pero, ¿qué ibas a aprender  
al lao de ese viejo paco,  
que vivía como un chuncaco,  
en los baños como un tero?

VECINO 2º: Un haragán...

VECINO 4º: Un ratero...

VECINO 1º: Y más chillón que un barraco...

VECINO 3º: Siempre anduvo en mal camino  
y todo este vecindario  
sabe que era un perdulario  
insufrible de dañino.

VECINO 1º: Hay que registrar el rancho...

ALCALDE: ¡Claro, que hay que registrar!...

FIERRO: Siempre quise averiguar  
lo que tuviera escondido  
pero jamás he podido  
pues no me dejaba entrar... *(El Alcalde y  
Vecino 1º han entrado al rancho).*

VECINO 4º: Cuando mozo fué casao,  
aunque yo lo desconfío.  
Y decía un amigo mío,  
que de arrebatado y malo,  
mató a su mujer de un palo  
porque le dió un mate frío...

FIERRO: Soñaba siempre con ella,  
sin duda, por su delito,  
y decía el viejo maldito  
el tiempo que estuvo enfermo,  
que ella dende el mismo infierno  
lo estaba llamando a gritos...  
Me parece que lo veo  
con su poncho calamaco,  
después de echar un buen taco  
así principiaba a hablar:  
«Jamás llegués a parar  
ande veas perros flacos». *(Aquí pueden in-  
tercalarse algunos o todos los llamados conse-  
jos del Viejo Vizcacha).*

ALCALDE *(apareciendo en la puerta del rancho):*

Acérquense pues, amigos,  
y echen aquí una mirada:

la guarida está atascada :  
de guascas y trapos viejos  
e infinidá de trebejos  
que no sirven para nada.  
Vayan sacando esos lazos,  
coyundas y maniadores,  
esa punta de arriadores ;  
cinchones, manecas, torzales,  
y esa porción de bozales,  
cabrestos y tiradores... *(Los vecinos han ido  
entrando al rancho uno tras otro y sacando  
todo lo que se indica. Eligen de lo mejor al  
ir diciendo su parte y ya acomodan todo lo  
que van a llevarse).*

VECINOS 1º: Pero señor, si son míos  
estos estribos quebraos...

VECINO 2º: Y mío es este recaó  
y esta pava y esas ollas...

VECINO 3º: Mías son estas argollas  
de cinchas que me han faltao...

VECINO 4º: Míos son estos cencerros...

VECINO 2º: Y aquí encuentro mi cuchillo...

ALCALDE: ¡Miren cuántos cojinillos,  
cuantísimas jergas viejas,  
cuántas botas desaparejas  
y qué infinidá de anillos!...  
Estas latas de sardinas  
y estos cueros de venao  
me los tiene reclamaos  
hace meses el pulpero...

VECINO 4º: Señor: aquí está el tintero  
que se perdió en el jusciao...

ALCALDE: Es poco cuanto se diga,  
había sido como hormiga...  
He de dar parte al juez  
y que me venga después  
con que no se los persiga...  
Y aunque tu padre no era  
el dueño de este hormiguero  
en tu bien arreglar quiero  
las cosas del mejor modo. (*Palmeando a  
Fierro*): Vos serás el heredero  
y te harás cargo de todo.  
Se ha de arreglar este asunto  
como es preciso que sea:  
voy a nombrar albacea  
uno de los circunstantes.

VECINO 1º: Las cosas no son como antes  
tan enredadas y feas...

VECINO 4º (*preparándose a desaparecer con los demás,  
llevando lo que han reclamado por suyo*):

Que Dios lo haya perdonao  
es todo cuanto deseo:  
Le conocí un pastoreo  
de terneritos robaos...

ALCALDE: Con eso empezó a poblar...  
Yo nunca podré olvidar  
las travesuras que hizo;  
hasta que al fin fué preciso  
privarle de carnear...

VECINO 2º: Se llevaba mal con todos;  
era su costumbre vieja  
el mesturar las ovejas,  
pues al hacer el aparte  
sacaba la mejor parte  
y después venía con quejas...

VECINO 4º: Siempre robaba carneros,  
en eso tenía destreza;  
enterraba las cabezas  
y después vendía los cueros.

VECINO 1º: Y qué costumbre tenía  
cuando en el fogón estaba;  
con el mate se agarraba,  
estando los peones juntos.  
«Yo tayo», decía, «y apunto»  
y a ninguno convidaba.

VECINO 2º: Y si ensartaba un asao,  
pobre, ¡cómo si lo viese!  
Poco antes de que estuviese,  
primero lo maldecía,  
luego después lo escupía  
para que naides comiese.

VECINO 1º: Vámonos, ya no tenemos  
rincón ande registrar...

VECINO 2º: Cansao estoy de huroniar  
y de trabajar de balde...

VECINO 3º: Vámonos, señor Alcalde...

ALCALDE: Mañana lo haré enterrar...

(A Fierro). Y vos andate a dormir  
a la casa de las vascas  
que sino vas a soñar  
con viejos, perros y guascas. (*Todos van sa-  
liendo*).

FIERRO: No, señor: yo he de velarlo  
como si fuera mi padre,  
besando este escapulario  
que es recuerdo de mi madre,  
pues aunque era un perdulario  
el pobre ni está enterrao...

ALCALDE: ¿Qué más rosario querés  
que el que ya le hemos rezao? (*Grandes risas*).

TELON



I.

Por teléfono<sup>(1)</sup>

PERSONAJES

ROBERTO, *niño de 11 años.*

EL INGENIERO BLANES, *su padre.*

DECORACIÓN: *Un despacho sobriamente amueblado. Puertas laterales. Al levantarse el telón, el ingeniero Blanes abandona la pluma con que escribía, y tomando un libro, va a sentarse en un gran sillón, debiendo este mueble estar colocado de manera que el personaje quede por completo oculto a las miradas del público y de Roberto, a quien se ve aparecer poco después por lateral derecha.*

ROBERTO (*entrando en escena después de asegurarse, equivocadamente, de que es dueño del campo*): ¡Zas! Tengo que reconocer que soy un diablo con suerte, como dice abuelita. ¡Bueno!, la verdad es que no soy el único

---

(1) Original.

que tiene suerte en esta casa. Sin ir más lejos, ahí está mi papá... (*El ingeniero Blanes se asoma disimuladamente para cerciorarse de si su presencia ha sido o no advertida*). Ahí está mi papá, digo, que también es un diablo con suerte. El, que no sale nunca por la tarde... ¡Cuando es tan lindo, pero, tan lindo, salir de tarde!... Pues bien, aunque él no sale nunca por la tarde, salió hoy en seguida de almorzar como si una buena hada le hubiera avisado que no le convenía quedarse. Porque si se hubiera quedado, no quieran ustedes saber el mal rato que iba a pasar... ¡Qué padre no pasa un mal rato si los profesores de su hijo le comunican que su niño se porta mal en la escuela, verdad? ¡Ya ven si no es un hombre de suerte mi papá!... Y de muchísima suerte, porque el director es hombre de palabra, y esta mañana al salir, me dijo (*con irónica solemnidad*): « Amiguito, de esta tarde no pasa. ¡Hablaré por teléfono con su papá! » Y lo hace, ¡vaya si lo hace! Ahora debe estar ya en su despacho buscando en la guía el número de nuestro aparato. ¡Y lo hallará! ¡Y lo pedirá! ¡Y hablará! ¡Como si lo viera! ¡Ah, yo no sé qué satisfacción encuentran los maestros en amargarles la vida a los padres de sus alumnos! ¡No les basta con amargárnosla a nosotros durante las horas de clase? (*Repica el timbre del aparato telefónico*). ¡Eh? ¡Qué dije? ¡Y con qué energía llama! Por hoy, señor mío, todo ese desgaste de fuerzas será inútil. Llame nomás todo el tiempo que guste! ¡Y si yo mismo lo atendiera?... ¡Qué magnífica ocurrencia! (*Descuelga el auricular haciendo muecas y desfigurando la voz cuanto puede*). ¡Hola!... ¡Cómo?... ¡Sí, señor, sí! ¡Que sí!... ¡Ah?... No, señor, no está... ¡Eh? ¡Quién es

usted? ¡Ah, muy buenas tardes, señor!... No, el niño Roberto no está... ¿Cómo? ¿Con la señora? ¡Ah, muy bien!... Un momento... (*Al público*). ¿Qué haré? Ahora quiere hablar con mi mamita. ¿La llamaré? No, no me conviene, después se lo contaría todo a mi papá. Además lo que tendría que escuchar ahora no le haría muy buen efecto a la pobre. Lo mejor será que cuelgue el tubo... (*Lo hace*). ¡Que espere sentado!... ¡Qué satisfacción se experimenta después de realizar una buena acción! A fin de cuentas le he ahorrado un disgusto tremendo a mi buena mamá. (*Vuelve a oírse el timbre*). ¡Epa!, amigo, ¡cómo llama! Está impaciente porque corté la comunicación. (*Atendiendo el teléfono*). ¡Hola!... ¡Hola!... ¡Hola!... ¿Con quién? (*Fingiendo voz femenina*). ¡Ah! Sí, señor, sí, precisamente me disponía a pedir comunicación con usted. (*Aparte*). Hay que darle el gusto de hablar con mamá... (*Sigue hablando por teléfono*). ¡No me diga! ¡Ah, si es terrible!... ¿En casa? En casa también es insoportable. Pero, sí, señor, yo le ruego que considere a una madre que sabrá agradecerle... (*Al público*). ¿Eh, qué tal? ¿Cómo va esto? (*Por teléfono*). Sí, señor, sí, castíguelo usted ahí... ¿Mi esposo? El pobre está siempre tan ocupado... ¿Eh?... ¡Ay, vea qué casualidad, en este momento acaba de llegar!... ¡Cómo no!... ¡Cómo no!... (*Al público*). Se empeña en hablar con papá y voy a tener que complacerlo. ¡Qué vamos a hacer!... Yo soy así, no puedo menos de ser amable hasta con mis maestros... (*Por teléfono y fingiendo la voz viril*). Buenas tardes, señor Lillo. ¿Cómo está usted? ¡Muy bien!... ¡Muy bien! ¡Gracias! ¿Qué ocurre, señor Lillo, con Roberto?

EL INGENIERO BLANES (*acercándose sin que Roberto lo advierta, le quita el auricular y poniéndose en su sitio continúa hablando por teléfono mientras Roberto cae abatido en un sillón*): Ah, mucho lamento, señor Lillo, que mi chico dé tanto que hacer... ¡Ja... ja... ja!... Bueno, pero no me negará usted que eso tiene algo de gracia, ¿eh?... Sí, sí... Es demasiado movedizo... ¡Eh! ¡y algo impertinente? ¡Sí! ¡Ah, no, eso no! Por lo menos no lo creo capaz de tanto... ¡Eh? ¡Cómo?... Sí, ¡claro! Pero, como es un chico inteligente y de buen corazón, terminará por moderarse... Así me lo promete, señor. (*A Roberto*): ¡Verdad? (*Por teléfono, al gesto afirmativo del niño*). Ya tenemos su promesa, señor Lillo... ¡Eh? Sí, señor, entréguele las notas a él mismo, sí, porque mi hijo tiene y espero que siempre la merecerá, toda mi confianza... (*A Roberto*). ¡Verdad? (*Por teléfono, al gesto afirmativo del niño*). ¡Muy bien! No faltaba más, señor Lillo, usted es el que tiene que disculpar. ¡Gracias! ¡Gracias! Buenas tardes. (*Pausa*). ¡No tienes nada que decirme, Roberto?

ROBERTO (*echándose en sus brazos*): ¡Muchas cosas! ¡Muchas cosas! ¡Tú sí que eres bueno, papá!... (*Pausa*). ¡Ah, si los maestros fueran como tú!...

EL INGENIERO BLANES: ¡Qué?

ROBERTO: Los respetaría y los querría tanto como a ti....

TELON

## II.

# El Granadero de San Martín<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

CABO DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.

CABO DEL REGIMIENTO DE GRANADEROS.

DECORACIÓN: *La escena en una abrupta montaña.*

ESPAÑOL: ¡Cabo, quién eres?

GRANADERO: Soy un soldado  
que busca tierra donde morir.  
¡Soy argentino, del Regimiento  
de Granaderos de San Martín!

ESPAÑOL: ¡Temes la muerte?

GRANADERO: Yo nada temo;  
en mí no cabe miedo tan vil,  
¡que no hay coraje como el coraje  
del Granadero de San Martín!...

ESPAÑOL: De tus bravatas, mi prisionero,  
pronto la pena vas a sufrir...

GRANADERO: ¡Verás si saben morir con gloria  
los Granaderos de San Martín!...

ESPAÑOL: ¡Morir no sientes?

---

(1) De una composición de Nicasio Comas.

GRANADERO: Jamás sintieron  
perder la vida por combatir  
los que formaron el Regimiento  
de Granaderos de San Martín.  
No busco lauros para mi frente,  
yo sólo ansío libre vivir  
y orgullo siento siempre que digo:  
¡soy Granadero de San Martín!

ESPAÑOL: ¡Noble es tu sangre, mi prisionero,  
grande en la lucha, grande al morir;  
tu alma es inmensa como las selvas  
y cual los ríos de tu país!...

GRANADERO: Tuya es mi vida; soy prisionero;  
perdí a mi patria, quiero morir;  
sólo te pido que mi cruz diga:  
« ¡Fué Granadero de San Martín! »

ESPAÑOL: ¡Vuelve a tu patria, lucha por ella  
y dile a todos en tu país  
cómo respetan los españoles  
al Granadero de San Martín!...

GRANADERO: ¡Ven a mis brazos, noble español!

ESPAÑOL: ¡Ven a los míos, criollo adalid!  
¡Soy descendiente de Hernán Cortés!

GRANADERO: ¡Soy Granadero de San Martín!

TELON

### III.

# Padre e hijo<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL PADRE.

EL HIJO.

DECORACIÓN: *Delante de la puerta de un rancho.*

EL HIJO: Como tú me lo mandaste, así lo hice todo...

EL PADRE: Y si todo lo hiciste de acuerdo a mis órdenes, ¿cómo es que no veo aquí el carro, ni nada de cuanto te mandé que comprases?

EL HIJO: Compré el carro, la yunta, las provisiones, todo, pero...

EL PADRE: Pero... llegas con las manos vacías...

EL HIJO: Sí, padre, pero te ruego que me escuches...

EL PADRE: Habla...

EL HIJO: Regresaba muy satisfecho, pues no sólo traía cuanto me habías indicado: tu poncho, un riquísimo poncho de vicuña, el sillón de mimbre para mamá, la jaula y los canarios para mi hermano, la caja de dulces para mi hermanita, y las provisiones necesarias para nuestro hogar, cuando, ya al salir del pueblo, me detuve a considerar una escena tristísima...

---

(1) De una parábola de Constancio C. Vigil.

EL PADRE: ¿Qué ocurría?

EL HIJO: A la puerta de una choza lloraba una mujer que abrazada a sus criaturas, miraba cómo se llevaban a su marido muerto... Sin pensarlo mucho, le arrojé a la infeliz el resto del dinero y seguí mi camino... Más adelante, hallé un mendigo que temblaba de frío, y le di tu poncho para que se abrigara... Después les regalé la caja de dulces a unos muchachos descalzos, que me la pidieron... ¿Me escuchas?

EL PADRE: Sí, te escucho. Continúa.

EL HIJO: Al pasar por el monte, los pájaros piaron desesperadamente y, comprendiendo que me rogaban que los libertase, les abrí la puerta de la jaula... Y, a lo largo del camino, fuí dejando todo cuanto traía... El sillón se lo di a un inválido, el perro a un ciego, las provisiones de boca a los hambrientos... Y el carro, ya vacío, a Juan, nuestro vecino, que todos los días ha de llevar los productos de su huerta, sobre sus viejas espaldas... Ya ves, te he arruinado para aliviar en algo las miserias y los dolores que iba encontrando a mi paso...

EL PADRE: Hijo mío, me has privado de muchas cosas, pero me has dado una, que vale más que todas ellas juntas: la seguridad de que tienes un corazón magnánimo...

TELON

## IV.

# Una joya única<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

ADOLFO, niño de 10 años.

EMILIO, niño de 12 años.

DECORACIÓN: *Un jardín florido.*

*Adolfo es una bella criatura: lleva un elegante traje-cito, buen calzado y linda gorra. Juega distraídamente con su bastón cuyo puño es de plata y brillan en sus dedos los anillos y en su pecho la cadena de oro de su reloj. Emilio es un niño robusto. Va descalzo, el pantalón y la camisa remendados, roto el sombrero. Mientras habla descortezaba una vara.*

EMILIO (*antes de aparecer en escena, en la cual ya se ve a Adolfo sentado, grita*): ¡Adolfo, Adolfo, Adolfo...! (*Apareciendo y al ver a su amigo*). ¿No sabes contestar?

ADOLFO: ¡Déjame tranquilo!...

EMILIO: ¿Qué tienes?

ADOLFO: ¡Déjame tranquilo, te digo...!

---

(1) De un apólogo anónimo.

EMILIO: ¡Amigo...! ¡Qué víbora te ha picado?

ADOLFO (*levantando su bastón*): ¡Eso es...! ¡Ríete de mí ahora!...

EMILIO (*defendiéndose con su vara*): ¡Eh, cuidado!

ADOLFO: ¡Bueno, bueno!...

EMILIO: Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás enojado conmigo?

ADOLFO: Contigo no.

EMILIO: ¿Con quién, entonces?

ADOLFO: Conmigo mismo.

EMILIO: ¡Bah! Eso se arregla pronto. Mira te das la mano, así (*Se estrecha ambas manos*). ¡Y ya está!

ADOLFO: La verdad, Emilio, es que no estoy enojado sino triste.

EMILIO: ¿Triste, tú?

ADOLFO: Sí, Emilio, y muy triste.

EMILIO: Me estás asustando. ¿Qué te sucede?

ADOLFO: Acabo de perder la más preciosa de las joyas.

EMILIO: ¿Quieres que yo te ayude a buscarla?

ADOLFO: Sería inútil. No la encontraré más.

EMILIO: La pérdida de una joya, por valiosa que sea, no significa nada para ti; te quedan tus anillos, tu reloj, tu cadena, tu bastón. Además, tu papá que es tan rico y te quiere tanto, pagará una buena gratificación al que te la devuelva o te comprará otra igual.

ADOLFO: ¡Ay, qué chico más tonto! ¿No comprendes que no alcanzaría toda la fortuna de papá ni todo el dinero del mundo para recobrar o rehacer la joya que he perdido?

EMILIO: ¿Qué joya era, pues?

ADOLFO: Mira: era una joya como no volverá a hacerse otra: estaba adornada con veinticuatro brillantes en torno de los cuales se agrupaban sesenta más pequeños; era hecha en el taller del Tiempo y tallada en un pedazo de la Vida.

EMILIO: Por cierto que tu joya debía de ser preciosa. Sin embargo, yo creo que con mucho dinero podría hacerse otra igual.

ADOLFO: No, por desgracia, amigo mío: ¡La joya perdida era un día y un día que se pierde no se recobra jamás!...

TELON

Sueños de niños<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

MÁXIMA, *niña de 12 años.*

GUILLERMO, *niño de 10 años.*

DECORACIÓN: *La escena en un jardín.*

GUILLERMO: He soñado, hermanita, el otro día,  
teñidos por la sangre los rastros,  
manchado el cielo de vapores rojos  
e incendiadas las casas...

MÁXIMA: ¿Qué ocurría?

GUILLERMO: ¡La guerra que en el mundo se extendía!  
Yo era un soldado; cuanto ven tus ojos,  
no eran parvas de trigo, eran despojos  
de una batalla en la que yo vencía...

MÁXIMA: Pero... ¿y yo?...

GUILLERMO: Deja; espera... Ebrio de gloria  
yo volvía después de la victoria,  
y a ti, que eras la reina, te buscaba...

MÁXIMA: ¡No, no!... ¡La reina es poca cosa!... ¡Yo era  
de la Cruz Roja, era enfermera  
y tú estabas herido y te curaba!...

## TELON

---

(1) De una composición de Eduardo Marquina.

Economía<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL LIBRERO.

EL ESTUDIANTE.

DECORACIÓN: *El despacho de una librería.*

EL ESTUDIANTE: Buenos días, señor librero.

EL LIBRERO: Buenos días, señor estudiante.

EL ESTUDIANTE: ¿Tiene usted algún Tratado de Economía?

EL LIBRERO: Sí, tengo varios Tratados de Economía. Vea este hermoso ejemplar, lujosamente encuadernado.

EL ESTUDIANTE: ¿Cuánto vale?

EL LIBRERO: Por ser para usted, se lo daré en veinte pesos.

EL ESTUDIANTE: Es hermoso, pero resulta caro para mi bolsillo. Si tuviera usted otro más barato...

EL LIBRERO: ¡Cómo no he de tener!... Vea éste en pasta española...

EL ESTUDIANTE: ¿Es nuevo?

EL LIBRERO: Nuevecito.

---

(1) De un cuento de Eusebio Blasco.

EL ESTUDIANTE: ¿Y vale?

EL LIBRERO: Doce pesos.

EL ESTUDIANTE: Es barato, pero es el caso que yo no puedo gastar tanto.

EL LIBRERO: ¡Hubiera empezado por ahí, hombre de Dios! Lo que a usted le conviene es un ejemplar a la rústica, ¿no es eso? (*A la señal afirmativa*). Aquí tiene usted uno, al precio corriente de cinco pesos con cincuenta centavos.

EL ESTUDIANTE: ¿Y no me hará el descuento de costumbre?

EL LIBRERO: Sí, hombre. Así le saldrá en algo menos de cinco pesos. ¿Se lo envuelvo?

EL ESTUDIANTE: Este... ¿Y no podría venderme un ejemplar usado?

EL LIBRERO: Precisamente creo que, por ahí, tengo uno que puedo dejárselo en dos pesos redondos... ¡Véalo!

EL ESTUDIANTE: ¿No le falta nada?

EL LIBRERO: Absolutamente nada...

EL ESTUDIANTE: Así que, ¿dos pesos?

EL ESTUDIANTE: Pero, dígame, ¿no tendría otro un

EL LIBRERO: ¡Ah, sí! Ni cinco centavos menos. poco más barato? Aunque le faltasen las cubiertas no me importaría...

EL LIBRERO (*fuera de sí*): ¿Y usted cree que necesita estudiar economía? No, amiguito, no; preséntese a examen ahora mismo, porque economía ya sabe bastante...

TELON

## VII.

# Un tuerto más<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

DON JOSÉ.

DON JUAN.

DECORACIÓN: *Un paseo de pueblo.*

DON JUAN: Escucha, José, dirás  
que yo soy un meterete,  
pero imagino que estás  
cansado a no poder más  
de la vida de Alderete.  
Y... es natural que así sea,  
¿a qué te entierras aquí?  
Ha sido una mala idea,  
pues esta vida de aldea  
sólo es buena para mí...  
Me dijiste hace dos días  
que tú de renta reunías  
treinta mil pesos...

DON JOSÉ:

Sí, tal

---

(1) De una composición de Vital Aza.

DON JUAN: Pues tú con eso podrías  
vivir en la Capital.  
Yo no comprendo tu empeño  
de enterrarte en Alderete  
cuando en el mundo porteño  
se te envidia por ser dueño  
de un soberbio palacete...  
sin contar con lo demás...

DON JOSÉ: ¡Pues, ya lo ves, no me iré!

DON JUAN: ¿Qué me dices? ¿No te irás?

DON JOSÉ: ¡No me iré!...

DON JUAN: Pero ¿por qué?

DON JOSÉ: Porque aquí soy: ¡Don José!  
y allí soy... ¡un tuerto más!...

TELON

## VIII.

# Las malas acciones<sup>(1)</sup>

### PERSONAJES

EL PADRE.

EL HIJO.

DECORACIÓN: *Un jardín. Un banco. Una mesa.*

EL HIJO (*presentándole una tabla por completo erizada de clavos desiguales*): Mira, papá, ya no queda sitio en la tabla para poner ni un solo clavo más...

EL PADRE: ¡Cómo!... ¿Ya la has llenado?

EL HIJO: Completamente... (*Pausa*). ¿No me dijiste que pusiera un clavo por cada mala acción que cometiera?

EL PADRE: Sí, pero jamás creí que mi hijo fuera un niño tan malo...

EL HIJO: ¡Perdóname, papá!

EL PADRE: ¿Perdonarte, después de semejante demostración de tu perversidad?... Porque, además, habrá que contar con las malas acciones, que te habrás cuidado de no representar aquí con su correspondiente clavo...

EL HIJO: ¡Ah, no, papá, aquí están todas!... Por lo menos, aquéllas que yo he reconocido como tales, aquéllas de las que me he sentido culpable, aquéllas que me arrepiento de haber cometido...

---

(1) De una parábola anónima.

EL PADRE: Cuando hemos procedido mal, no debe bastarnos con reconocerlo y arrepentirnos... Las personas de bien, tratan siempre de reparar los daños que causan...

EL HIJO: Yo te prometo hacerlo así, papá...

EL PADRE: Eso me complacerá mucho... (*Pausa*). Oyeme bien: Para que puedas demostrarme que cumples tu promesa, vas a hacer lo siguiente: Así como, hasta ahora, ponías un clavo por cada mala acción, en lo sucesivo, arrancarás uno por cada buena acción...

EL HIJO: ¡Verás qué pronto no quedará ni un solo clavo en esta tabla!

EL PADRE: Ya puedes arrancar uno, pues procediste con lealtad al confesarme tus faltas...

EL HIJO (*obedeciendo*): ¿Sabes que estaba bien medido?

EL PADRE: ¿Qué ves, ahora, en el lugar del clavo?

EL HIJO: El hueco que dejó...

EL PADRE: Otro, igual a éste, quedará por cada clavo que arranques, ¿no es eso?

EL HIJO: Quedarán tantos huecos como clavos hay...

EL PADRE: Pues bien, así como los clavos dejan en la madera sus imborrables huellas, así, también, las malas acciones dejan en las almas sus huellas imborrables... Las malas acciones jamás se reparan por completo...

EL HIJO: ¡Ah, papá, tampoco esta lección se ha de borrar de mi alma!

TELON

IX.

El resorte del juguete<sup>(1)</sup>

PERSONAJES

EL HIJO, *niño de 10 años.*

EL PADRE.

DECORACIÓN: *Una sala sobriamente amueblada.*

PADRE: Dime ¿y aquel caballo de madera  
que al darle cuerda en marcha se ponía?

HIJO: Por saber qué resorte lo movía  
yo lo he roto ¡y tan lindo como era!

PADRE: ¿Y has hallado el resorte?

HIJO: No lo hallo.

PADRE: Y después de trabajo tan penoso,  
¿qué ha conseguido al fin tu afán curioso?  
¡Quedar con tu ignorancia y sin caballo!  
Ha procedido, al cabo, tu inocencia  
como los hombres que en su afán profundo  
el secreto motor que anima el mundo  
quieren hallar por medio de la ciencia.

HIJO: ¡Yo no encontré el resorte del juguete  
aunque en pedazos lo rompió mi mano!...

---

(1) De una composición de Manuel de la Revilla.

PADRE: Así también el pensamiento humano  
quiebra lo que a su imperio se somete.  
Descomponiendo va, pieza por pieza,  
el mecanismo oculto de la vida,  
y sin hallar la máquina escondida  
rompe la forma; mata la belleza;  
y, cuando el hombre, de su afán vasallo,  
cumplido juzga su deseo ardiente  
se queda como tú, ¡pobre inocente!,  
con su antigua ignorancia...

HIJO (*lloriqueando*): ¡Y sin caballo!

TELON

La gran noticia<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

ESTHER, niña de 10 años.

DON BLAS.

DECORACIÓN: *Una calle.*

ESTHER: Voy a darle, señor, una tarea:  
 ¿Será tan bondadoso que me lea  
 la noticia que aquí me comunica  
 una tía que tengo en Necochea? (*Le entrega un  
 sobre*).

D. BLAS: Con muchísimo gusto, buena chica:  
 Con cuidado permíteme que obre  
 dando ayuda a mis ojos  
 con este par de buenos anteojos... (*Se los pone  
 y simula que lee dando vuelta el papel en todos  
 sentidos*). ¡Pobre muchacha, pobre!

ESTHER: ¿Qué me dice, señor, qué ha sucedido,  
 es que hay algún enfermo, algún herido,  
 o alguno que está preso?

D. BLAS: Algo peor que eso.

---

(1) De una composición de Ricardo Palma.

ESTHER: ¿Es que mi madre ha muerto?

D. BLAS:

Todavía

es peor, hija mía...

No puedes resistir esta desgracia:

¡yo, viejo y todo, me volviera loco!...

ESTHER: ¿Qué es lo que ocurre, pues, por Santa Engracia?

D. BLAS: Que tú no sabes leer... ¡ni yo tampoco!

TELON

# Un problema<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

MARCOS, *niño de 10 años.*

GREGORIO, *niño de 11 años.*

DECORACIÓN: *Un gabinete de estudio. El pupitre en primer término.*

GREGORIO (*en escena con Marcos*): ¡Estoy perdido!  
¡Estoy perdido!

MARCOS: ¡Bah! ¡Cómo te gusta exagerar!

GREGORIO: ¡Te digo que estoy perdido!

MARCOS: ¿No sabes otra cosa? « ¡Estoy perdido!... ¡Estoy perdido!... » Ayer cuando Robertito te amenazó viniste a decirme: « ¡Estoy perdido!... » Esta mañana porque se te volcó el vino sobre el mantel, saltaste: « ¡Estoy perdido!... » Y ahora vuelves a tu cantilena.

GREGORIO: ¿Quieres hacerme creer que está mal dicho? Julio Verne, que sabe un poco más que nosotros, lo ha puesto muchas veces en esta novela. (*Toma en su mano el libro*).

MARCOS: ¿Me la prestarás?

---

(1) De un cuento de Arkady Averchenko.

GREGORIO: Sí, en cuanto la termine. Pero ahora oye esto. (*Busca en el texto y lee*): « El Coronel para salvarse de la inundación y de los pieles rojas, se subió al árbol exclamando: « ¡Estoy perdido! » ¿Oyes? Y aquí (*Vuelve unas hojas y lee*): « Al abrir los ojos distinguió un tigre presto a lanzarse sobre él y pensó: « ¡Estoy perdido! » ¿Eh? ¿Qué tal? ¡Y así más de cien veces!... »

MARCOS: ¿Así que me la prestarás en cuanto la hayas leído?

GREGORIO: Te la prestaré si me ayudas a resolver este problema. (*Flamea el cuaderno sobre su cabeza*).

MARCOS: ¡De mil amores! Léelo ya.

GREGORIO (*leyendo en un cuaderno*): « Dos campesinos han salido de la localidad A en dirección a la localidad B. El primero, que salió un cuarto de hora antes, anda ocho kilómetros por hora y el segundo diez. Los metros de distancia entre la localidad A y la localidad B son tantos como la cuarta parte de los pesos que se reunirán vendiendo mil vacunos a cuarenta y ocho pesos cada uno. El primer campesino llegó a B a las once de la mañana y se desea saber a qué hora habrá llegado el segundo ». ¿Y? ¿Qué dices? ¿Estoy o no estoy perdido?

MARCOS: ¿Quieres callarte? ¡Déjame a mí! (*Lee el problema mentalmente*).

GREGORIO (*pasea un instante y luego arrebatándole el cuaderno*): ¿Qué hacemos?

MARCOS: ¡Un momento...! ¡Un momento...! Ante todo: ¿qué es esto de los campesinos primero y segundo? ¡Yo no lo entiendo...!

GREGORIO: ¡Ni yo!

MARCOS: ¿Qué te parece si les ponemos nombres? Unos nombres: Juan y Pedro, por ejemplo. Esos son los nombres que se ponen en todos los problemas...

GREGORIO: ¡Bah! ¡Son muy vulgares! Pongámosles: Guillermo y Rodolfo. Casi todos los personajes simpáticos de las novelas se llaman así.

MARCOS: ¡Vaya por Guillermo y Rodolfo! Pero, ¿tú sabes cómo son? Porque si no los vamos a confundir y saldrá mal el problema.

GREGORIO: ¡Eso es fácil! Guillermo es alto, gordo y rubio. Y Rodolfo es flacucho, moreno y chiquito...

MARCOS: Y son muy buenos amigos.

GREGORIO: No digas disparates, hombre. Si fuesen amigos habrían salido juntos de A.

MARCOS: ¿De A? ¿Y qué es eso?

GREGORIO: La ciudad de donde salieron. Supongamos que esa letra es la inicial del nombre de la ciudad y entonces la ciudad puede ser Australia.

MARCOS: Australia no es el nombre de una ciudad sino el de un país.

GREGORIO: ¿Qué importa?

MARCOS: ¿Y la B qué representa?

GREGORIO: ¡Hombre! Es la inicial de Buenos Aires. Eso cualquiera lo sabe.

MARCOS: ¡Cierto...! ¡No se me había ocurrido...!

GREGORIO: Lo que no sabemos es si Guillermo y Rodolfo llevarían escopetas...

MARCOS: ¡Ajá...! ¡Vaya un lector de novelas de aventuras que eres tú...! ¡Cómo no van a llevar escopetas

para hacer un viaje como ése! En los caminos hay bandidos que asaltan a los comerciantes para arrebatarles el oro y los billetes de Banco...

GREGORIO: ¡Tienes razón!

MARCOS: ¿Sabes lo que pienso?

GREGORIO: Dí.

MARCOS: Que ese Guillermo y ese Rodolfo son dos majaderos.

GREGORIO: ¿Majaderos? Y, ¿por qué?

MARCOS: Sólo siendo dos reverendísimos majaderos se les puede haber ocurrido venir a pie desde Australia a Buenos Aires, habiendo barcos y aeroplanos...

GREGORIO: ¿Y sabes lo que pienso yo?

MARCOS: ¿Qué?

GREGORIO: Que los verdaderos majaderos somos nosotros.

MARCOS (*irónico*): Sería mejor que hablastes en singular, amiguito.

GREGORIO (*ídem*): ¡Es verdad! ¡Aquí no hay más que un tonto! (*Y señala a Marcos sin dejarse ver por éste*).

MARCOS (*satisfecho*): Dilo claramente, hombre.

GREGORIO: No tengo inconveniente: ¡Aquí no hay más tonto que tú!

MARCOS (*sorprendido*): Y, tú, ¿tú qué eres?

GREGORIO: ¿Yo? ¡Yo... estoy perdido! ¡Porque papá me va a dar una paliza cuando vea que no he podido resolver su problema! ¡Malditas matemáticas!

TELON

# El Sargento del Cincuenta<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL GENERAL.

EL SARGENTO.

CUATRO SOLDADOS HERIDOS.

DECORACIÓN: *Un campamento militar. Es de noche.*

EL GENERAL: Avance el veterano  
Sargento del Cincuenta...

EL SARGENTO: Herido cual los cuatro  
que vienen de mí en pos,  
mi General, acudo  
premio a daros cuenta:  
La Ciudadela es nuestra...  
¡Loado sea Dios!...

EL GENERAL: Pero, tu Compañía,  
Sargento, ¿qué se ha hecho?  
¿Por qué ante mi presencia  
comparecéis así  
cinco hombres solamente,  
sangrientos y maltrechos?

EL SARGENTO: ¿La Compañía?... ¡Vedla,  
mi General, aquí!...  
Cinco sólo pudimos

---

(1) De una composición anónima.

salvar de la metralla ;  
cinco hombres mal heridos,  
cinco hombres, nada más,  
pero, aunque fué tan cruda,  
bendigo la batalla  
porque a los enemigos  
llevólos Satanás.

EL GENERAL: Yo a todos os prometo  
teneros siempre en cuenta... (*Pausa*).  
Llevándote a estos hombres  
que son dignos de ti,  
al Batallón regresa,  
Sargento del Cincuenta...

EL SARGENTO: ¿El Batallón? ¡Miradlo,  
mi General, aquí!

EL GENERAL: ¿Qué es esto mis amigos?...  
¡Estoy desconcertado!...  
¡Veo que como bravos  
os batisteis, pardiez!  
Mas, puesto que la noche  
su manto ha desplegado  
y a todos nos envuelve  
la muda lobreguez,  
Sargento del Cincuenta,  
heroico Sargento,  
como tus compañeros  
preguntarán por ti,  
ya puedes, buen amigo,  
volver al Regimiento...



### XIII.

# El niño satisfecho con su suerte<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

EL CAZADOR.

EL PASTORCILLO, *niño de 13 años.*

DECORACIÓN: *En un monte.*

EL CAZADOR: Me has salvado la vida, muchacho, pues, sin tu valiente y oportuna intervención, aquel jabalí me hubiera sorprendido indefenso... Permíteme que te demuestre mi agradecimiento llevándote conmigo a la ciudad, para criarte a mi lado. Yo soy rico y te trataré como a un hijo.

EL PASTORCILLO: Gracias, señor, por su generoso ofrecimiento, pero yo tengo padres y, aunque son muy pobres, los quiero con toda mi alma y no los dejaría, ni siquiera para heredar el trono de un rey...

EL CAZADOR: Yo no soy rey, pero poseo un palacio como los del rey. Si quieres vivir en él, conmigo, beberás en copas de cristal y comerás en vajilla de plata. Multitud de criados estarán atentos a tus caprichos, que serán satisfechos sin demora.

---

(1) De un cuento de Th. H. Barrau.

EL PASTORCILLO: Nuestra choza es muy pobre, pero abrigadita en invierno y muy fresca en verano, y yo mismo le ayudo a mi padre a reparar el barro de las paredes y la paja de la techumbre...

EL CAZADOR: Mi palacio está rodeado de un magnífico parque, donde los brillantes surtidores desatan collares de perlas sobre estanques de mármol y de bronce...

EL PASTORCILLO: Por bellos que sean esos surtidores, señor, no han de aventajar a la humilde y purísima fuente que brota cerca de nuestra choza... ¡Si supiera usted cómo me encanta verla correr entre las piedras!

EL CAZADOR: Si te resuelves a seguirme yo te enviaré a un colegio famoso, donde podrás aprender todos los secretos de las ciencias...

EL PASTORCILLO: En la escuelita de la aldea, me enseñan, todos los días, cuanto puede necesitar un pastorcillo...

EL CAZADOR: Las orquestas de la ciudad encantarán tus oídos haciéndote escuchar las obras de los músicos más geniales del mundo.

EL PASTORCILLO: A diario escucho al jilguero y al ruiseñor del monte, y no creo que haya entre los hombres músicos más exquisitos que los pájaros...

EL CAZADOR: Podrías, si la música no te interesa, asistir a las fiestas que se realizan todas las noches en espléndidos salones.

EL PASTORCILLO: Nuestras veladas también son hermosas, señor. Mi hermana canta y yo le acompaño con mi flauta, y, nuestros padres, mientras nos escuchan, sonríen satisfechos.

EL CAZADOR: ¿No hay modo, pues, de que te lleve conmigo a la ciudad?

EL PASTORCILLO: No, señor, yo no he de moverme de este monte. En él nací y en él deseo morir.

EL CAZADOR: ¿Qué podría hacer por ti, entonces? ¿De qué modo podría demostrarte mi gratitud? ¿Qué podría ofrecerte?

EL PASTORCILLO: Nada, absolutamente nada, señor. Si yo le aceptase algo, en pago del pequeño servicio que he tenido la suerte de prestarle, desobedecería a mis padres. Ellos me han enseñado a socorrer desinteresadamente a nuestros semejantes.

EL CAZADOR: Eres un buen muchacho. Comprendo tus escrúpulos y admiro la nobleza de tu corazón. (*Pausa*). Yo no he de olvidarte nunca, y quisiera que tú tampoco te olvidases del cazador a quien salvaste la vida... ¿Quieres que cambiemos nuestras caramañolas? ¡Así cada uno tendrá un recuerdo del otro!

EL PASTORCILLO: Pero es que la suya, señor, es mejor que la mía...

EL CAZADOR: ¡Bah, no hay gran diferencia entre las dos! (*Ofreciéndole la suya*). ¿Cambiamos?

EL PASTORCILLO: Cambiemos, pues... (*Le entrega la suya y contempla la que ha recibido*). ¡Qué hermosa es, señor!

EL CAZADOR: No tanto como tu corazón, hijo mío...

TELON

Un proyecto<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

MAURICIO.

LORENZO.

DECORACIÓN: *Una sala.*

MAURICIO: Para que se corrijan los beodos  
yo sé de varios eficaces modos,  
pero el mejor de cuantos imagino  
es, como le propuse ayer al rey,  
dictar al punto una severa ley,  
que diga así: « Ninguno beba vino ».

LORENZO: Aplaudirán tu ley hasta los mancos,  
aunque al cumplirla ya será distinto,  
pues te dirán que vino es sólo el tinto  
y se emborracharán con vinos blancos.

MAURICIO: Para que claramente se me entienda:  
propondré que, a la ley, se haga esta enmienda:  
« Ninguno, en adelante, cate vino  
blanco ni tinto, bajo fuerte pena ».

LORENZO: Y todos te dirán, con mucho tino,  
que la ley, en su texto, no condena  
al que beba, mezclados, tinto y blanco...

---

(1) De una composición de Ramón de Campoamor.

MAURICIO: Fácilmente saldré del nuevo atranco  
redactando la ley de esta manera:  
« Se prohíbe mezclar vino con vino ».

LORENZO: Y aun habría en el pueblo algún ladino  
que, burlando tu ley por vez tercera,  
el agua con el vino mezclaría...

MAURICIO: Entonces, yo la ley reformaría...

LORENZO (*interrumpiendo*):

No te cansas; la ley jamás enfrena  
al que su infamia con su ingenio iguala:  
que para el bueno toda ley es buena,  
y para el malo toda ley es mala...

TELON

Mamboretá<sup>(1)</sup>

## PERSONAJES

MAMBORETÁ.

UNA VOZ BRUTAL.

DECORACIÓN: *Un patio.*

MAMBORETÁ: Mamboretá me llaman  
 los chicos de Palermo...  
 Soy la risa del barrio  
 por mi rostro feucho  
 y este andar azorado  
 de animalito enfermo...  
 ¡Tengo apenas diez años  
 pero he sufrido mucho!...  
 Los domingos temprano,  
 cuando vuelvo de misa,  
 me encuentro con los chicos  
 vendedores de diarios  
 y en seguida comienzan  
 la jarana, la risa,  
 y las zafadurías  
 de los más perdularios...  
 — « ¡Mamboretá!... » — me gritan  
 y, como siempre callo:  
 — « ¡En dónde está Dios?... ¡Dónde! »

---

(1) De una composición de Evaristo Carriego.

— pregúntanme y no hallo  
modo de hacerles frente  
con palabras o gestos,  
solamente suspiro  
y, si es que alguno insiste,  
— « ¡Dónde está Dios?... » — lo miro  
mansamente, con estos  
mis ojos pensativos  
de animalito triste... (*Pausa*).  
Para martirizarme  
me sacó del asilo  
una viuda sin hijos,  
una bruja malvada...  
No tuve, desde entonces,  
un solo día tranquilo:  
¡Nadie pasa en el mundo  
vida tan arrastrada!...  
Trabajo todo el día  
desde por la mañana,  
sin embargo no faltan  
quienes me llamen floja;  
la viuda, sobre todo,  
me trata de haragana,  
y, si está con la luna,  
¡de cuanto se le antoja!...

UNA VOZ BRUTAL: ¡Mamboretá del diablo!...  
¡A ver si vienes hoy!...  
¡Inútil!... ¡Abriboca!...  
¡Oyes, Mamboretá?...  
¡Te llamo hace una hora,  
Mamboretá!...

MAMBORETÁ (*gritando*): ¡Ya voy!

UNA VOZ BRUTAL: ¡Muévete, pues, imbécil!...

MAMBORETÁ: ¡Ya va!... ¡Ya va!... ¡Ya va!...

(*Al público*): ¡La inútil, la abriboca,

la horrible, la tolola...!

De cariño no he oído

ni una palabra sola...

¡Qué bien me han puesto el nombre:

pobre Mamboretá!...

Todo el mundo me grita,

todos me manosean,

y las mismas mujeres,

a veces, me golpean: (*Llorando*).

¡Ah, cómo se conoce

que no tengo mamá!...

UNA VOZ BRUTAL: ¡Mamboretá del diablo!...

¡A ver si vienes hoy!...

¡Inútil!... ¡Abriboca!...

¡Oyes, Mamboretá?...

¡Te llamo hace una hora,

Mamboretá!...

MAMBORETÁ (*llorando*): ¡Ya voy!

UNA VOZ BRUTAL: ¡Muévete, pues, imbécil!...

MAMBORETÁ (*desapareciendo sin dejar de llorar*):

¡Ya va!... ¡Ya va!... ¡Ya va!...

TELON



I.

¡Vivan las alas!<sup>(1)</sup>

*(El niño recita ante la jaula de un tordo)*

—¿A la escuela otra vez?... ¡Y, a qué Dios mío?,  
¡si yo no soy capaz de aprender nada!  
En recreo y en clase, siempre, siempre,  
me aburro como el tordo en esa jaula...  
¿No es cierto que te aburras, pobrecito?  
Sentirás lo que yo siento en el aula  
cuando en hermosos días abribeños  
miro el campo a través de la ventana.  
Desde mi banco veo a mi potrillo,  
que, esperándome, — ¡pobre bestia mansa! —  
las riendas por el suelo, mordisquea  
alguna que otra mata...  
¿Sabes qué siento? Siento un loco impulso  
de escapar de la triste escuela, para  
montar de un salto, en pelo, a mi potrillo  
y atravesar la Pampa...  
¡Pero hay que contenerse y seguir horas

---

(1) Original.

y horas atado al banco, en donde el alma  
se me va entumeciendo poco a poco!...  
¡Ah, tú me entiendes porque tienes alas!  
¡Y, sin embargo, ignoras el martirio  
de hacer palotes toda la mañana,  
palotes y palotes en silencio!...  
¡Y aún quieren que no escupa la pizarra!  
¡Ah, mi pobre tordito! Cuando pías  
tan dulcísicamente y en la jaula  
vas de un alambre en otro y las maderas  
con tu pico martillas y repasas,  
¿sueñas con escaparte de tu encierro  
como sueño escaparme yo del aula?  
¡Qué día tan hermoso el de hoy, tordito!  
Es, por cierto, una lástima  
que hayamos de pasarlo así, encerrados,  
¡teniendo yo un potrillo y tú dos alas!  
¡No ha de ser, tordo mío!...  
Yo no voy a la escuela esta mañana;  
quiero hacer un paseo, ¡oh, qué paseo!  
sólo con mi potrillo y con mi alma...  
Y, para ser dichoso enteramente,  
voy a abrirte la puerta de la jaula. (*Lo hace, y al huir  
el pájaro*): ¡Adiós tordito! ¡Abajo los encierros!  
¡Vivan las alas!

TELON

## II.

# Mi tío<sup>(1)</sup>

¿Ustedes conocen a mi tío? ¿No? Pues es un hombre que vale la pena conocerlo.

Cuando mi tío se propone hacer un trabajo, — colgar un cuadro, por ejemplo, — dice, quitándose el saco: —« ¡Eso déjenmelo a mí! No se moleste nadie! ¡Yo lo colocaré en seguida! »

Y manda a la sirvienta a buscar unos clavos, tras ella envía a su esposa para que le indique de qué tamaño ha de comprarlos; después, pide a Guillermo que le alcance el martillo, y a Mariquita que le traiga la regla, y a Pedro que le acerque una silla. Más tarde se acuerda que va a necesitar el nivel, y el piolín, y la tijera, y la tiza y mil otras cosas más...

A todo esto, mi tío, que ya ha levantado el cuadro, chillaba una maldición, pues se le cae, y, al querer salvar el vidrio, se corta. Para atarse la mano busca el pañuelo que tenía en el bolsillo del saco, pero el saco ha desaparecido y no hay modo de dar con él. Abandonando la búsqueda de las herramientas, todos se han puesto a la caza de la desaparecida prenda y mi tío, removiéndose en la silla y manchándolo todo con su sangre, exclama: —« ¡Colección de inútiles, entre seis personas no son capaces de encontrar el saco que me he quitado hace cinco minutos! » Fuera de sí se levanta y, al ver que estaba

---

(1) De un cuento de Jerome K. Jerome.

sentado sobre su saco, grita todavía más enfurecido: « ¡Cómo para esperar la ayuda de ustedes! ¡Tenía que ser yo quien lo encontrara! »

Se le venda el dedo, se trae un nuevo vidrio, se reanuda la tarea... Toda la familia trota alrededor de mi tío, ayudándole y estorbándole a porfía... Dos le sostienen la silla, uno le alcanza los clavos, otro el martillo, éste la tiza, aquél la regla... Mi tío toma ahora un clavo, pero se le cae y todos se arrodillan para buscarlo. Mi tío zapatea en la silla preguntando « si piensan tenerlo allí de penitencia toda la tarde ».

Aparece el clavo y desaparece el martillo « ¡A dónde está? ¡Quién me lo ha arrebatado de la mano? ¡Devuélvanme el martillo! »

Felizmente lo encuentra en su propio bolsillo y, empuñándolo con mano nerviosa, va a asestar el primer martillazo, cuando advierte que se le ha perdido la marca que hiciera poco antes en la pared. A fin de hallarla, van subiéndose todos a la silla, pero, como ninguno la encuentra en el mismo sitio, mi tío les ordena que se bajen, poniéndoles nombres que no es del caso repetir porque no son los nombres propios de aquellas personas.

En vista de este nuevo fracaso, mi tío se decide a tomar nuevas medidas. Ahora es necesario hallar la mitad de tres metros ochenta y siete centímetros y medio, y sobreviene una disputa larguísima, porque todos dividen de distinta manera y arriban, en consecuencia, a distintos resultados. En la confusión, olvídanse de la medida originaria, y, mi tío, con una paciencia digna de alabanza, vuelve a hacer uso de su regla.

Así llega la noche.

Con ella la serenidad vuelve a los espíritus.

Mi tío encuentra definitivamente el sitio que cree exacto y, asiendo el martillo, aplica el primer golpe justamente sobre su dedo pulgar. En su boca estalla un cohete y otro en la boca de uno de sus hijos, pues mi tío ha soltado el martillo, no menos justamente, sobre los pies de mi primo.

Unos minutos más tarde, mi tío torna a su labor, y aplica un segundo martillazo con tanta energía, que el martillo y su brazo pasan al otro lado de la pared.

No querría que ustedes me tacharan de exagerado, pero, poco más o menos a eso de la media noche, el cuadro queda colgado, aunque, eso sí, no en la pared en que se pensó ponerlo, sino en la opuesta.

Y, aunque es verdad que ambas paredes están como acribilladas a balazos, y los familiares y sirvientes de mi tío no pueden ya tenerse de pie, aun exclama él con evidente orgullo: —« Otro que no fuera tan dispuesto y trabajador como yo, hubiera llamado a un hombre para hacer esta insignificancia »...

¿No creen ustedes que vale la pena conocer a un hombre tan extraordinario como mi tío?

TELON

### III.

## Mis ojitos<sup>(1)</sup>

¡Mamita, mis ojos son unos pícaros! Anoche me moría de sueño y ellos no querían dormirse. Los apreté con los dedos para que estuviesen más oscuros: Y entonces encendieron unas estrellitas y siguieron jugando como dos lauchas en sus cuevas o dos gorriones en sus nidos.

¿Jugarán a las escondidas?

Los ojitos, mamita, deberían sacarse de noche, porque incomodan, igual que las peinetas y las alhajas. Al acostarme los guardaría con mi anillo, mi pulsera y mi collar, porque usted me ha dicho que mis ojos son dos joyitas.

Y a la mañana, ¡qué risa!, para adivinar cuál es el de la derecha y cuál el de la izquierda... Usted sabría, porque también mis zapatitos son iguales y conoce el de este pie y el de este otro.

Y si no se encontrara la llave del joyero, como aquella vez, tendría que andar a tientas como en ese juego de la gallina ciega o me pondría los suyos que son negros, negros como el sueño.

¿Usted ve clarito como yo que los tengo celestes? Verá como a través de vidrio ahumado ¿no?...

Los ojos tienen adentro unos pocitos llenos de agua y cuando lloramos se vacían.

—Mamita, ¿y cómo volverán a llenarse los pocitos?

TELON

---

(1) Original.

## IV.

# Los chicos de mi escuelita<sup>(1)</sup>

Son los muchachos de mi escuelita  
que me nombraron su Capitán:  
son juguetones, son vivarachos,  
y a la vez todos buenos muchachos,  
risa viviente por donde van,  
son los muchachos de mi escuelita  
que me nombraron su Capitán.  
Negro, Cachito, Coco, Perico,  
son dulces motes que ellos se dan;  
en los recreos traban combate  
y al desafío como al rescate  
dignos rivales siempre serán;  
Negro, Cachito, Coco, Perico,  
son dulces motes que ellos se dan.  
Son los muchachos de mi escuelita  
que me nombraron su Capitán,  
saben dar saltos maravillosos  
y despeinados y sudorosos  
sueitas corbatas al viento dan;  
¡son los muchachos de mi escuelita  
que me nombraron su Capitán!

TELON

---

(1) Imitación de Edmundo Rostand.



I.

## Para la Fiesta del Animal<sup>(1)</sup>

Niños:

El día 29 de abril se destina enteramente en el país argentino a celebrar la Fiesta del Animal. En todas las escuelas, como en ésta, las clases del día se refieren a los animales. ¿Es mucho que les dediquemos un día al año? ¿No nos dedican los animales todos los días de su vida?

El animal merece algo más que nuestra protección, algo más que nuestra piedad; merece nuestro cariño y nuestra gratitud. Tenemos que confesar que los animales son nuestros protectores; ellos nos dan de comer y levantan nuestras casas. Son nuestros servidores. Todo se lo debemos a ellos. ¿Qué sucedería en el mundo si los animales no quisiesen trabajar más? ¿Podrían venir a la escuela los niños que viven a larga distancia? ¿Podríamos arar las chacras tan económicamente? Si todos los animales se muriesen, ¿viviríamos comiendo vegetales tan sólo? Si las ovejas y cabras desapareciesen, ¿estaríamos tan abrigados en invierno? Si los perros escapasen de nuestras casas, ¿dormiríamos tan tranquilos?

---

(1) Original.

Todo se lo debemos a los animales: trabajan para nosotros, para los hombres. Nosotros robamos la leche que la vaca hubiera destinado a su bebé; separamos al potrillo de su mamá para venderlo; matamos al gracioso chivito y al lechón atorrante para convidar a los amigos; encadenamos al perro para que se enfurezca; le cortamos la cola al caballo para que parezca más bonito; enjaulamos al pájaro para gozar de su música: Y la vaca se acerca sumisa al que va a ordeñarla y el potrillo relincha al que piensa venderlo y el chivito salta en torno del que va a matarlo y el perro acaricia al que lo ata y el caballo transporta al que lo tortura y el pájaro canta para su carcelero.

¿Quién es, entonces, el protector y quién el protegido?

El niño cruel que con su honda hiere y mata a los pájaros, ¿se arrepentirá oyendo estas palabras? El descuidado que se olvida de dar de beber a su pobre caballo, ¿se arrepentirá también?

Así lo espero.

He dicho.

# Invitación al silencio<sup>(1)</sup>

Niños:

El silencio debiera reinar absoluto en las ceremonias escolares, porque nada hay tan solemne como el silencio: él expresa con lengua sublime, inigualable fuerza, insuperable vuelo, cuanto, por hondo, por humano y por puro, no podrán traducir las palabras jamás. Cuando el sentimiento nos tritura en su garra, comprendemos cuánto hay de vacío en la palabra. Cuando la sorpresa nos encoje bajo su fría ducha, comprendemos también la inutilidad de la palabra. Y el sentimiento y la sorpresa, marcan siempre los momentos culminantes de la vida.

¡Cuánta sugestión hay en el silencio! Vuestra muda expectativa de ahora, me retrotrae al día primero de la patria. Era el 25 de Mayo de 1810. El Cabildo, reunido para formar la nueva Junta, pues ya había renunciado la nombrada a raíz del Cabildo Abierto del 22, siente que, a través de las cerradas maderas, se infiltra en el recinto histórico el oleaje amenazador del temible silencio que sube de la plaza Mayor, de la plaza que por largos años fué un tranquilo patio vecinal y que, hoy, se ahonda y se agranda y negrea como un abismo, como el abismo donde va a sepultarse y a desaparecer para siempre el poderío español. La autoridad del Virrey Cisneros ha caducado, los jefes militares confiesan su impotencia y

---

(1) Original.

el control de las fuerzas pasa a manos de los caudillos patriotas cuyas figuras cobran en pocos momentos relieves inmortales.

Mientras el Cabildo intenta oponerse todavía a la voluntad del pueblo, los criollos esperan confiados aunque dispuestos a rubricar con sangre sus derechos: Algún grito impaciente se ahoga en el contenido silencio que, al acallar el grito, parece aumentar el ámbito. Pero, como las horas pasan sin que la deliberación del Cabildo dé su fruto, las almas rompen el dique del silencio y en clamoroso desorden, los criollos, capitaneados por French y Beruti, invaden las galerías altas para imponer el primer gobierno patrio. Y, al proclamarse desde los balcones, la constitución de la Junta Gubernativa del Río de la Plata, oyóse « un ruido de rotas cadenas » que había de repercutir por la consumación de los siglos desde un polo hasta el otro.

Los argentinos de todos los tiempos, como hoy nosotros, interrumpirán su labor cotidiana, para honrar a la Patria en días como éste y, a través de su emocionado silencio, les será dable escuchar ese rumor glorioso de cadenas que se rompen.

Sea, pues, el silencio, nuestro homenaje a la Patria y a sus leales servidores.

Pensad que el silencio flotaba llenándolo, en aquel rancho humilde que aun se conserva en Tucumán, el día en que se declaró la Independencia; que el silencio cundía sobre el mar, cuando en hora aciaga abrió el sudario de sus aguas para acoger el cadáver de Moreno, el demócrata sin tacha; que el silencio sobrevino en las barrancas de Rosario, cuando nuestra bandera batió por pri-

mera vez el ala bicolor con que la Patria se remontó a la gloria; que el silencio envolvía las oquedades milenarias, cuando los Andes se estremecieron bajo la planta de los libertadores de Chile y del Perú; que San Martín se rodeó de silencio en su voluntario destierro; que el silencio vela sobre las reliquias históricas en los museos y sobre los despojos de los bravos en los santuarios; que en silencio escribieron sus libros Sarmiento y Ameghino; que en silencio, en fin, vivieron y murieron nuestros grandes.

Aprendamos de ellos el culto del silencio. Seamos, como ellos, hijos de nuestras obras, para que los argentinos de mañana se enorgullezcan de nosotros como nosotros nos enorgullecemos de los argentinos de ayer.

Niños:

No sólo en el pasado encontramos ejemplos que imitar. Mirad en torno vuestro y hallaréis otros héroes menos brillantes que aquellos cuyos nombres nos enseña la historia, pero no menos dignos de vuestra admiración. Me refiero a los que, con su trabajo honesto, libran la incabable batalla del progreso: al labriego que calla para oír el gemido de la tierra que desmenuzan los discos del arado; al herrero que apretando los labios escucha el claro diálogo del martillo y del yunque; al maquinista silencioso que lanza su locomotora a gran velocidad riel adelante; a todos, pues, los que con su trabajo honran a la Patria. Porque el que la honra la sabrá defender si es necesario.

¿Cómo le demostraréis vosotros el amor que os inspi-

ra? ¡En silencio! ¡Como el arador, como el herrero, como el maquinista! ¡Como San Martín! ¡Como Belgrano! ¡Como Ameghino!

Y, ahora, elevad vuestras almas en alas del silencio, en las puras alas del silencio; elevad vuestras almas hasta la inmaculada seda del cielo que, como una gran bandera, cobija todo el país argentino, y pedid, conmigo, que su bendición descienda sobre la Patria.

He dicho.

### III.

# La Patria<sup>(1)</sup>

Niños :

El que de pequeño respeta a su Patria sabrá defenderla cuando sea mayor. Si cada uno de vosotros se recoge por un instante en el seno de sus más íntimos afectos y recuerda la mirada complacida del padre, el beso amoroso de la madre, el cariño del hermano y la cordialidad del amigo, las gratas horas de la escuela y las dulces veladas del hogar, la hermosura de los campos, y el murmullo de los ríos, la soberbia de las montañas y la pureza de los cielos, verá que todas esas felicidades que nos rodean constituyen la Patria. Todo se lo debemos a la Patria : ella nos da la cuna y la tumba ; ella produce el cereal, la carne y la leche con que nos sustentamos ; ella calienta la lana y blanquea el algodón con que nos vestimos ; ella atiende a todas las necesidades nuestras y en pago de tanto bien sólo nos pide : Amor. ¡ Amemos, pues, a la pródiga tierra en que nacimos !

---

(1) Original.

#### IV.

## Oración patriótica<sup>(1)</sup>

Niños:

Anticipándome en veinticuatro horas a la realización del acto con que nuestra escuela conmemora este nuevo aniversario de la Revolución de Mayo, compongo esta breve oración en loor de la Patria.

La escribo en el apacible rincón en donde están mis libros, y, al mirarlos así, apretaditos, se me ocurre que se cuchichean importantes secretos. Para enterarme de alguno, abro ese libro magnífico, hermoso, fuera de toda ponderación, que, con el título de «Canto a la Argentina», escribió Rubén Darío, la gloria más pura de las letras americanas.

Leo la primera estrofa, aquella tan inspirada, que abre sus dos cuartetas como una puerta de bronce:

« ¡Argentina! ¡Argentina!  
¡Argentina! El sonoro  
viento arrebató la gran voz de oro.  
Ase la fuerte diestra la bocina,  
y el pulmón fuerte, bajo los cristales  
del azul, que han vibrado,  
lanza el grito: Oíd mortales,  
oíd el grito sagrado ».

Y, al conjuro de esta soberbia invocación, mi fantasía, que, como las hadas, todo lo puede, me pinta el cuadro

---

(1) Original.

que, en veinticuatro horas más, ha de tener por sobrio y claro marco, las cuatro paredes del patio de nuestra escuela.

Al golpe de la varita mágica de la fantasía, veo cómo, poco a poco, el patio empieza a poblarse de criaturas, esto es, a embellecerse de sonrisas y de escarapelas, de ruido y de movimiento.

Luego, sobrevienen el orden, la quietud y el silencio.

Por fin, como el rebullir de los pichones en el nido, o el suspirar de la brisa en la seda del trival, las puras voces rompen ese silencio.

¡Es el Himno! Ese himno que hace exclamar al poeta en otra estrofa de su « Canto a la Argentina »:

« ¡Que vuestro himno soberbio vibre,  
hombres libres en tierra libre! »

Con esta armonía, que me llega al alma, se me representa la incontable multitud de escolares argentinos que, a la misma hora, entonan el Himno en toda la extensión del país. Y veo fluir las voces como otras tantas olitas que corren a fundirse en un mar musical.

Y me digo que, si este coro inocente es el saludo de las almas a la Patria, el aleteo de las escarapelas bicolores es el saludo de los cielos a su hija predilecta.

Niños:

Nuestra Patria es, en verdad, la hija predilecta de los cielos; ellos le dieron su seda y su sol para que los luciese en su bandera; démosle también nosotros lo mejor de nuestras almas y consagrémosle nuestras vidas.

He dicho.

# Palabras de despedida<sup>(1)</sup>

Niños:

Nuestra escuela es un barco que, después de una larga, lenta, dura travesía de nueve meses, los del curso escolar, llega hoy con su capitán, sus tripulantes y sus pasajeros, hasta el encantado país de las vacaciones.

El capitán, los tripulantes y los pasajeros, es decir, el director, los maestros y los alumnos, pasaremos tres meses en este delicioso país, tres meses de reposo nosotros y tres de holgorio vosotros, para volver en marzo a ocupar, con renovados ánimos, nuestros respectivos puestos de labor.

Mas no volveremos todos, pues algunos de nuestros pasajeros habránse quedado definitivamente en tierra, o se embarcarán en naves mayores que la nuestra: esos pasajeros, que ya no han de estar con nosotros el año próximo, son los niños que acaban de aprobar el sexto grado...

Ellos no han de volver nunca más a nuestro barco; a lo sumo, nos harán amistosas señales, desde las fábricas y los talleres de la costa, los que empiecen a trabajar, y, los que sigan estudiando, desde a bordo de esas grandes naves que se llaman: Escuela de comercio, Escuela Naval, Escuela Industrial, Escuela Militar, Escuela Normal y Colegios Nacionales...

Por eso, hoy, al bajar a tierra, al pisar este maravilloso país de las vacaciones, donde nos toca separarnos de ellos,

---

(1) Original.

creo que estos muchachos, discípulos nuestros y compañeros vuestros, han de sentir alguna pena al considerar que están a punto de abandonar el viejo barco en que muchos de ellos pasaron los seis grados de la instrucción primaria, y al que muchos de ellos entraron un día traídos de la mano por sus madres...

Sin embargo, por grande que sea su emoción en estos instantes, no ha de aventajar, seguramente, a la que experimentamos nosotros, los maestros que los hemos visto crecer y perfeccionarse día tras día, y año tras año...

Al mirarlos reunidos por última vez, sentimos una zozobra parecida a la que nos produce la rotura de un collar de perlas. ¿Cuántas de ellas se perderán?, ¿cuántas disminuirán su brillo?, ¿cuántas serán luego apreciadas en su justo valor? — nos preguntamos mientras las perlas rebotan por el suelo. Como las perlas constituyen un collar, los alumnos de sexto grado constituyen un sistema, una armonía, un conjunto, donde cada uno tiene su sitio y su concepto propios, y, he aquí llegado el momento de que se corte el hilo que mantenía reunidas las perlas, el momento de que todas estas almas vayan a luchar y a abrirse paso por el mundo. Es por eso que, los maestros, nos preguntamos ahora: ¿Cuántas de estas almas serán luego apreciadas justamente?, ¿cuántas verán sus méritos empañados?, ¿cuántas lograrán desarrollar sus aptitudes?...

Niños:

La escuela os saluda hasta marzo, a los que proseguiréis en ella vuestros estudios, y, a los que ya los habéis terminado os dice, solamente: Hijos, id con Dios.



---

# I N D I C E

---

|                 | Pág. |
|-----------------|------|
| IMPRESIÓN ..... | 7    |

## COMEDIAS

|   |    |
|---|----|
| I.— Corazón .....                         | 11 |
| II.— La botella que todo lo consume ..... | 25 |
| III.— El ingenio de Juan Carlos ** .....  | 29 |
| IV.— Signos de puntuación ** .....        | 32 |
| V.— Solidaridad ** .....                  | 37 |
| VI.— La Hache * .....                     | 41 |
| VII.— El Príncipe Feliz .....             | 45 |
| VIII.— La lección del Pibe * .....        | 59 |
| IX.— La familia .....                     | 62 |
| X.— Los infelices * .....                 | 67 |
| XI.— Cuestión aritmética ** .....         | 72 |
| XII.— El buen caballero ** .....          | 76 |

---

\* No apareció en la 1ª Edic.

\*\* No apareció en las ediciones anteriores.

|                                    | Pág. |
|------------------------------------|------|
| XIII.— Promesa cumplida **         | 80   |
| XIV.— Los tres viajeros **         | 83   |
| XV.— Margot *                      | 87   |
| XVI.— El Zorro sin cola *          | 90   |
| XVII.— Los diamantes **            | 97   |
| XVIII.— Andresito                  | 100  |
| XIX.— Los trabajadores *           | 107  |
| XX.— Un ladrón *                   | 112  |
| XXI.— Velorio del Viejo Vizcacha * | 117  |

## DIALOGOS

|  |     |
|--|-----|
| I.— Por teléfono *                         | 129 |
| II.— El Granadero de San Martín            | 133 |
| III.— Padre e hijo **                      | 135 |
| IV.— Una joya única                        | 137 |
| V.— Sueños de niños                        | 140 |
| VI.— Economía **                           | 141 |
| VII.— Un tuerto más                        | 143 |
| VIII.— Las malas acciones **               | 145 |
| IX.— El resorte del juguete                | 147 |
| X.— La gran noticia                        | 149 |
| XI.— Un problema *                         | 151 |
| XII.— El Sargento del Cincuenta *          | 155 |
| XIII.— El niño satisfecho con su suerte ** | 158 |
| XIV.— Un proyecto **                       | 161 |
| XV.— Mamboretá *                           | 163 |

## MONOLOGOS

|  | Pág. |
|--|------|
| I. — ¡Vivan las alas! * .....          | 167  |
| II. — Mi tío ** .....                  | 169  |
| III. — Mis ojitos .....                | 172  |
| IV. — Los chicos de mi escuelita ..... | 173  |

## DISCURSOS

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| I. — Para la Fiesta del Animal ..... | 175 |
| II. — Invitación al silencio * ..... | 177 |
| III. — La Patria .....               | 181 |
| IV. — Oración patriótica ** .....    | 182 |
| V. — Palabras de despedida ** .....  | 184 |

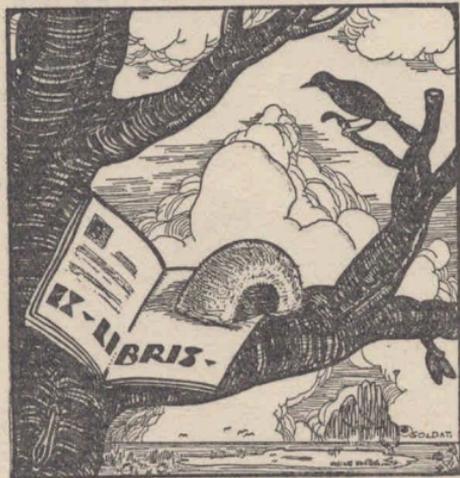


371.239

BER

SE ACABO DE IMPRIMIR EL DIA DIEZ DE  
ENERO DE MIL NOVECIENTOS TREINTA Y  
UNO, EN EL ATELIER DE ARTES GRAFICAS  
«FUTURA» QUE DIRIGE CHINO FOGLI.  
ILUSTRO LA CARATULA OSCAR SOLDATI.

**CONSTRUIR CANTANDO**



**GERMAN BERDIALES.**

Dibujo de Oscar Soldati.

